

CARTELES

ALFREDO T. QUILEZ
DIRECTOR

Zancho



10¢

ORA DEL BAÑO (1840)

Alfredo
HABANA, 1933

VOL. XIX No 24.
LA HABANA,
JUNIO - 11 - 1933

Gran Concurso Nacional de Belleza

GRACE LINE-CARTELES

Abierto a todas nuestras mujeres que reúnan los requisitos establecidos en las bases que hemos venido publicando en anteriores ediciones.

Las Seis Mujeres Más Bellas de Cuba obtendrán valiosos premios, además de la consagración—honrosa en este país de mujeres bellas— de ser designadas, una, la Reina de Belleza de Cuba, las cinco restantes Damas de su Corte de Honor.

COMO PRIMER PREMIO para la Reina de Belleza se ha señalado un Maravilloso Viaje, que se ha venido reseñando gráfica y textualmente en anteriores números. Las empresas organizadoras de este gran concurso, Grace Line y CARTELES, han decidido invertir el itinerario de dicho viaje en atención al gradual interés del mismo, y en beneficio de la Señorita Cuba, de modo que partiendo de La Habana en uno de los magníficos barcos "Santa", de la Grace Line, se dirigirá a Los Angeles por la vía del Pacífico, con el siguiente itinerario: Puerto Colombia, Cartagena, en Colombia; Cristóbal, Balboa, en la Zona del Canal de Panamá; La Libertad, en El Salvador; San José, en Guatemala; Mazatlán, en México, y Los Angeles, en California. En Los Angeles desembarcará la Reina con su acompañante para la visita a Hollywood, de donde continuará viaje por tren a San Francisco. Y entonces, por los mismos sistemas ferroviarios y con las mismas etapas que ya han sido reseñadas,

realizará el viaje trascontinental a New York, la Ciudad Imperial, donde culminará el recorrido entre grandiosos agasajos y fiestas.

Como Segundo Premio, que corresponderá a la Primera Dama, se ha señalado otro Hermoso Viaje, cuyas etapas y significación describiremos próximamente. Los premios para las cuatro damas restantes se irán publicando oportunamente. Además se otorgarán otros, donados por distintos comercios, empresas y particulares, en proporción digna de la importancia de esta justa.

Ya los organizadores han escogido para adquirir las habilitaciones de las reinas la tienda por excelencia, cuyo nombre es símbolo de arte y buen gusto: "El Encanto". Y para adquirir un magnífico juego de tocador de plata y marfil, valuado en \$400 fué seleccionada la gran joyería "Le Palais Royal", de Pi y Margall 51.

**USTED PUEDE TRIUNFAR EN ESTE GRAN CONCURSO.
MANDE SUS FOTOGRAFIAS HOY MISMO.
LLENE Y ENVIE ADJUNTO LA PLANILLA DE INSCRIPCION.**

- 1.—Cada candidata debe hacerse tres retratos. Dos de ellos de medio cuerpo o busto, uno de frente y otro de perfil, y el tercero de cuerpo entero, procurando que el traje se ajuste bien al cuerpo, delineando con la mayor exactitud la silueta de la figura.
- 2.—Si la concursante tuviera alguna fotografía en traje de baño o se la hiciera al efecto, podrá enviarla, facilitando así al Jurado la selección más justa, en la inteligencia de que sólo se utilizará para los efectos del examen, no publicándose en ningún caso, a menos que la propia concursante lo solicite.
- 3.—Las fotografías no podrán ser retocadas en ningún caso, para corregir defectos físicos, ni para desvirtuar la línea o el contorno de las figuras, ni para acentuar o atenuar ningún rasgo característico de las facciones. Los retoques serán simplemente para subsanar defectos del negativo.
- 4.—Las fotografías deben ser claras, detalladas, en papel contraste (blanco y negro) esmaltado y sin desfoques que hagan difícil el examen y el aprecio de los rasgos esenciales.

Para acompañar las fotografías, las concursantes deberán llenar y remitir el siguiente impreso:

PLANILLA DE INSCRIPCION

Nombre y apellidos
Lugar de nacimiento
Provincia
Edad
Nombre y ocupación de sus padres
.....
Trabajo a que se dedica
Estatura
Peso
Color del cabello
Color de los ojos
Medidas (en centímetros o pulgadas):
Busto..... Cintura..... Caderas.....

Será requisito indispensable tener una dentadura blanca y perfecta.

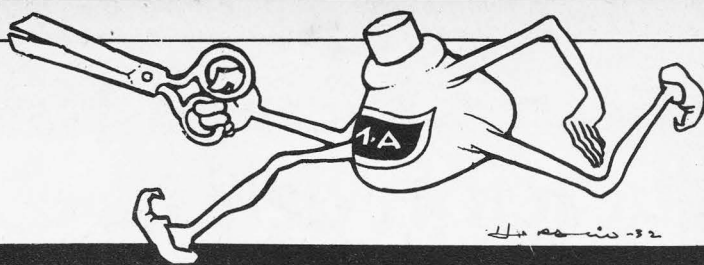
REFERENCIAS: Darse el nombre, dirección y ocupación de dos personas conocidas por su prestigio y solvencia moral en la localidad donde radique la concursante, y que ofrezcan referencias concretas sobre la misma.

CARTELES. Concurso de Belleza

Infanta y Peñalver.

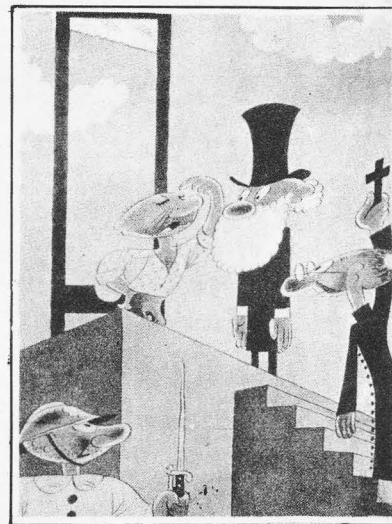
La Habana, Cuba.

GOMA y TIJERAS



—Pero ¿te divierte tanto golpear la pared?
—¡Ya lo creo! Hace un cuarto de hora que los
espiritistas de al lado creen estar hablando con
Napoleón.

(De "Ric et Rac").



El verdugo.—
¿Cuál es su última
voluntad?
El reo.—Que me
den una aspirina.
Me duele mucho
la cabeza.
(De "Estampa").

El actor en la escena.—Amor mio,
¡por fin estamos solos!
(De "Der Wahre Jacob").



El jefe de Policía.—¿Se comportó
violentamente con ustedes?
Uno de los agentes.—Figúrese, jefe;
nos echó su mujer.
(De "Candide").



—Voy al entie-
rro del amigo Du-
rand.
—¿Volverá tarde
el señor?
—Según. Si re-
sulta entretenido,
me quedará hasta
el final.
(De "Le Rire").

Cuento

Un tímido periodista provin-
ciano recién llegado a Madrid
fue a hacer una entrevista a
don Miguel de Unamuno. La
entrevista fue muy violenta,
pues el infeliz reportero, teme-
roso y desconcertado, no acer-
taba a expresarse bien, dicién-
dole don Miguel unas cuantas
ideas, que el periodista atrapó
como pudo y apuntó en su li-
bro de notas.

Poco tiempo después recibió
Unamuno el trabajo ya publi-
cado. El autor del reportaje,
para justificar la falta de coor-
dinación y la pobreza de aquél,
explicaba noblemente su des-
concerto ante el entrevistado
de esta manera: "Me acerco a
don Miguel y siento que un
pícor extraño recorre mi cuer-
po...". "al estrechar su mano
noto que un cosquilleo especial
estremece mi espalda..." Y así
varias veces.

Cuando volvió a presentarse
ante el eminente catedrático, a
quien encontró rodeado de ami-
gos, le saludó:

—¿Qué tal, don Miguel?
—Pues ya lo ve usted.—con-
testó Unamuno,—sarnoso...



La excursionista.—¡Ah!, señor Smith, una hoja de té en
su taza... Eso es señal inequívoca de que alguien vendrá
a vernos...

(De "London Opinion").



El excursionista miope.—No es necesario que estudies el ma-
pa, Mabel. Ahí viene alguien. Nos informará de cuál es el ca-
mino más corto a la estación.

(De "London Opinion").

Educación del Oído / Educación Musical

YA en el artículo anterior hablé de la lección del silencio, de María Montessori, como preliminar necesario a los ejercicios de discernimiento de los sonidos.

Estos ejercicios tienen la finalidad de educar el oído del niño para que logre percibir los ruidos más ligeros. Constituye esta parte de la educación sensorial una educación del sentimiento estético, y tiene gran influencia sobre la disciplina.

Por medio de la lección del silencio (véase el número anterior) se enseña al niño a *no moverse*; a inhibirse de aquellos impulsos motores producidos por cualquier causa, hasta llegar a eliminar en lo posible todos los sonidos y ruidos del ambiente. Y dice Montessori: "Cuando los niños llegan a hacer bien el silencio, su oído ha adquirido una gran finura de percepción de sonidos. Los sonidos estrepitosos van gradualmente disgustándose después de conocer el placer del silencio y el mundo de los sonidos delicados. Desde entonces los niños van gradualmente perfeccionándose por sí solos. Andan despacio, tienen cuidado de no golpear los muebles, de mover las sillas sin ruido, y de colocar con cuidado las cosas sobre la mesa. El resultado de todo esto se ve en la gracia de los movimientos, que es especialmente encantadora en el total ambiente que se forma. No es una gracia aprendida externamente para mostrar belleza a las miradas del mundo, sino la que nace del placer que ha sentido el espíritu en la inmovilidad y el silencio. El alma del niño desea libertarse a sí misma de la molestia de sonidos demasiado atronadores, de obstáculos de la paz, durante su trabajo".

Para el discernimiento de los sonidos,—educación del oído—usa la Dra. Montessori, entre otros materiales unas cajas cilíndricas, de cartón, que contienen arenas, más o menos finas, piedrecitas, bolitas de cristal, etc., que producen, naturalmente, al agitarlas ruidos más suaves o más fuertes.

Se dan al niño primero los dos cilindros que producen los ruidos más extremos, el más suave y el más fuerte, y después los medios. Siempre debe acompañarse de la consiguiente interpretación del lenguaje—ruido fuerte, ruido suave—y después se le deja que se ejercite en colocar los cilindros en fila por orden de intensidades, haciéndoles sonar alternativamente, pero siempre comparando de dos en dos. El material este consta de dos series de cilindros: la primera es de tres pares de intensidades iguales de dos en dos; la segunda de seis intensidades distintas. En esto se aprende apreciación de *intensidades*; pero hay que aprender además, *tonos* o *alturas*, luego la tercera característica del sonido, *timbre*, surge ella sola de la educación de las otras dos cualidades.

Asimismo se le hace comparar en medio del silencio un sonido con un ruido.

Para el comienzo de la educación del sentido musical, usa la

escuela Montessori una serie de campanillas que ha incorporado a su material didáctico.

Consiste en una doble serie de campanillas que forman una octava con tonos y semitonos. Estas campanillas están colocadas sobre una pequeña base de madera rectangular, y son todas en apariencia iguales, pero cuando se golpean con un pequeño mazo de madera, dan sonidos correspondientes a las notas *do re mi fa sol la si do re fa sol la*.

Las series de campanillas están colocadas, por orden de sonidos, sobre una larga tabla, en donde se han pintado espacios rectangulares blancos y negros y del mismo tamaño que las bases que soportan las campanillas. Como en las teclas del piano, los espacios blancos corresponden a los tonos, y los negros a los semitonos.

Quando se empieza sólo han de colocarse las maderas que corresponden a los tonos; éstas se ponen sobre los espacios blancos en el orden de las notas musicales *do re mi fa sol la si do*.

Para hacer el primer ejercicio el niño golpea con el pequeño mazo, la primera nota de las series que es el *do*. Entonces, entre la segunda serie de campanillas, que están mezcladas sobre la mesa, pero sin los semitonos, golpea una tras otra hasta encontrar un sonido idéntico al que ha golpeado (*do*). Una vez que ha llegado a encontrar este sonido correspondiente, pone la campanilla junto a la primera, sobre la tabla. Entonces golpea la segunda, *re*, una o dos veces, y entre el grupo de campanillas mezcladas, experimenta otra vez los sonidos hasta reconocer el *re*, que se coloca junto a dicha segunda nota, y con el primer par, formando dos series paralelas. Así continúa del mismo modo hasta el fin, buscando la identidad de sonidos, y formando pares, como en el caso de los cilindros de sonidos, de los colores, etc.

Luego, aprende el orden de sonidos de la escala musical, golpeando, en sucesión rápida, las campanillas colocadas en orden,

y también acompañando su acción con el nombre: *do re mi fa sol la si do*. Cuando es capaz de reconocer y recordar las series de sonidos, el niño toma las ocho campanillas, y después de mezclarlas, busca, al golpearlas con el mazo, hasta que encuentra el *do*, después el *re*, etc. Cada vez que toma una nueva nota, golpea desde la primera todas las campanillas, hasta reconocerlas y co-



Cajas de cartón conteniendo arenas y piedrecitas para el discernimiento de los sonidos.

localrarlas en orden: *do re; do re mi; do re mi fa; do re mi fa sol*. De este modo llega al final: a colocar todas las campanillas en el orden de la escala musical, guiado sólo por su oído; y habiéndolo logrado, golpea todas las notas una tras otra, subiendo y bajando la escala. Este ejercicio es fascinador para los niños de cinco años en adelante.

Pero dice la Dra. Montessori que aun cuando los objetos descritos constituyen el material didáctico para la iniciación de una metódica educación del sentido auditivo, ella no quisiera que se limitara a un proceso educativo, ya que es tan importante y tan complejo en la práctica, como lo revelan los métodos establecidos para el tratamiento del oído, o la moderna fisiología de la educación musical. Ella usa también para esta educación tubos de metal resonador, pequeñas barras de madera que emiten notas musica-

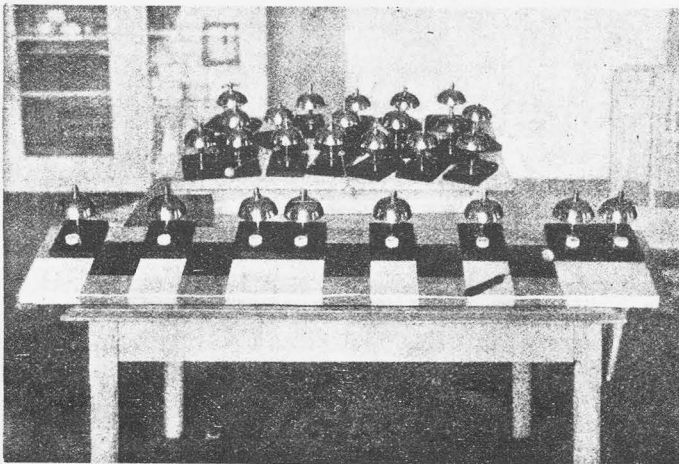
les, y pequeñas arpas, en las cuales los niños se esfuerzan en reconocer los tonos que han aprendido ya con el ejercicio de las campanillas. También se puede usar el piano con la misma finalidad. Y así, de este modo, la diferencia de timbre comienza a percibirse junto a las diferencias de tono. Al mismo tiempo, las marchas tocadas al piano para los ejercicios rítmicos y los sencillos cantos de los mismos niños, ofrecen extensos medios para el desarrollo del sentido musical.

Opina Montessori que la educación musical de los niños debería hacerse con un especial cuidado. Ella dice que en general los niños oyen la buena música como la oyen los animales; sin percibir la complejidad de los sonidos. En la calle forman corro gritando alrededor de los organillos como si la música que producen fuese tan sólo un ruido.

Los instrumentos sencillos, primitivos, como la zampoña o los instrumentos de cuerda, son los más adecuados para los niños; los dulcifican y penetran su alma. Al contrario de los instrumentos de viento, que sirven para excitar los movimientos rítmicos y para provocar una gimnasia espontánea muy educativa: la danza; pero la danza libre y alegre, como la preconizada por la inmortal Isadora Duncan, no el baile de salón.

La directora de la *Casa del Bambino* de Milán, la Sra. Macheroni, notable discípula de la Dra. Montessori, y experta maestra de música, por encargo de la Dra. ha hecho muchos estudios sobre la capacidad musical de los niños pequeños. Ha hecho muchos ensayos con el piano observando cómo los niños no son sensibles al *tono* musical sino tan sólo al *ritmo*. Ha organizado pequeñas danzas sencillas con la intención de estudiar la influencia del ritmo sobre la coordinación de los movimientos musculares. Y su sorpresa fué muy grande cuando observó el *efecto educativo disciplinario* de la música. Sus alumnos, crecidos en su mayoría sin disciplina en los patios y en las calles, tenían la costumbre de saltar desenfadadamente. Consecuente con el principio de libertad, y considerando que saltar no es cosa mala, nunca lo había corregido. Pero notó, multiplicando los ejercicios de las danzas, que los niños paulatinamente fueron dejando de saltar y por último, no saltaban más. Entonces ella les pidió una explicación de este cambio de conducta; los pequeños la miraban sin responder, los mayores le dieron varias respuestas que venían a significar lo mismo: saltar no está bien, saltar es feo, etc. Estas experiencias, como otras, revelan la *educatividad del sentido muscular* del niño y su extrema delicadeza.

Ya saben las mamás cómo iniciar a sus pequeños en la felicidad de la educación auditiva y musical, que tanto ayudará a su pleno crecimiento espiritual, y desarrollo físico.



Campanillas para la iniciación de la educación del sentido musical en los niños.

Feminidades



Motivo de verano

Nuestro clima riguroso durante la estación que comenzamos, convida a cons-truirmos sitios refrescantes en que aliviar la sofocación.

Si vivimos en barrios fuera del bullicio o si tenemos la dicha de un rincón campestre, todo se nos ofrece suave. Lo duro radica el habitamos en casas de la ciudad donde el espacio es oro y el aire muere entre tanta presión. ¿Por qué no hallar una solución a este problema vital para nosotros? Es preciso sacudir la imaginación y llevar a la práctica ideas personales que convertidas por la fuerza de lo útil, se hagan fácilmente cocumbre general.

¿Hemos creído imposible hacer de nuestras azoteas, portales o terrazas así como de los pequeños patios interiores, jardines alegres y refrescantes? Tan dados como somos a la copia, pensemos que en tierras de frío, lógicamente menos necesidades que la nuestra, se construyen estos jardines improvisados durante la época veraniega. Es esta por consecuencia una imitación que no merece crítica, ya que tan bien se acopla a nuestras necesidades.

Si poseemos un patio interior frío y denudado, saquemos partido de su buen espacio. Hacia una esquina, formemos de madera o cristal un octogonal invernadero donde florezcan flores delicadas en todas las estaciones. En el fondo muerto de una pared levantemos una linda fuente-cilla donde vivan y se multipliquen diminutos pececillos. Alrededor y escalando el fondo, tendremos flores de agua y plantas trepadoras que brinden flores de tonos vivos. El piso en toda su extensión será de losetas rústicas y en colorido simpático, verde, rojo, amarillo, azul.

En la selección de muebles no equivocaremos la idea fácil y armónica. Una mesa redonda provista de un inmenso paraguas en tela raya, algo que dé buena sombra y que nos permita comer allí sin ningún estorbo. Las sillas de esta mesa en material propio para soportar la lluvia.

En las comidas así realizadas, manteles estampados a cuadros, rayas o flores de efecto alegre y basto. El servicio, desde luego, en igual tendencia. Como algo que nos guie, pongamos sobre un fondo blanco servicio en loza azul gris pálido con dos rayas en azul oscuro o mantel azul foncé y complementos en loza amarilla animada de una guirnalda silvestre. Cristales y toques variados también en azul.

Nada más propio en estos sitios veraniegos que grandes sillas de extensión, cómodas e indicadas tanto en el baño de sol como en la brisa de la noche. Si queremos hacer disfrutar de nuestro lindo rincón, improvisemos en ellos comidas informales y multipliquemos entonces las pequeñas mesas, siempre vestidas sin ningún carácter.

En estos "parties" de confianza utilizaremos la mesa comedor para colocar en ella todo el menú. Los invitados escogerán ellos mismos lo deseado y lo consumirán en las mesas del patio, azotea o terraza.

Si queremos gozar bien de lleno el placer de estos lugares íntimos, nada más práctico que un gran toldo fácil de plegar, que brinde hermosa y desecada sombra.

La pena tiene su pudor; respetémoslo.
C. ARENAL.

Creaciones de viaje

Algodón, mucho algodón es lo que llevaremos para viajar. Junto a esto con buena armonía la lana y la seda.

Paquin y Rodier brindan preciosas ideas. Ofrezco algunas sugerencias que puedan ayudarnos.

Paquin tiene un modelo de chaqueta dos tercias sobre saya lisa. El toque del cinturón en piel de cerdo y los botones que cierran el busto y decoran los puños son cuadrados y en metal. La blusa es de organdi blanco y el tono principal en beige. Esta idea se ha lanzado bajo el nombre excitante de "Rumba".

Lana, madera y cuero son los elementos esenciales de un equipo de viaje. Patou los reúne en su creación "St. Cloud". La chaqueta es de lana tricot carmelita, botones para cerrarla en madera roja y negra, cinturón de becerro rojo. La saya de lana "pled de poule" carmelita y blanco; el sombrero en lana de apariencia de paja y "gros grain" Bolso de piel como la cintura.

Si vamos a países de sol no requeriremos tejidos pesados. Los abrigos serán ligeros, las blusas estarán bien en "marrocaín", las sayas van en lana.

El verde claro y azul es un tema bien nuevo. Louiseboulanger hace con todo esto un conjunto bien moderno. Azul con corbatín en tejido de raya azul oscuro y blanco, saya recta en azul, abrigo ligero y de corte recto en verde primaveral. Sombrero en el nuevo estilo Panamá de Rose Descart, blanco con ancho fajín del tono azul.



Viajando

VA a comenzar el periodo delicioso de viajar, envuelto de esa sensación agitada que nos posee cuando estamos en visperas de buenas cosas.

Si vamos por placer, todo se reviste de una satisfacción especial. Lo que esperamos gozar, lo que realizamos de hecho durante el trayecto y lo que saboreamos de vuelta en el ensueño del recuerdo, forma quizás en la ruda batalla del vivir el paréntesis más animador y el refuerzo más saludable.

Lástima—bien de lamentar,—que la dicha del viajero esté tantas veces maltratada por el pobre deseo de ostentación. No procederíamos con sinceridad si no confesaríamos que en un porcentaje abrumador se piensan y realizan solamente porque deseamos llevar este buen "cartel", porque es preciso añadirlo a nuestro renglón de persona "bien". Qué poco conoceríamos del mundo y qué solos permanecerían los infinitos caminos si no gozáramos mucho más en "lucir" lo que hemos visto, que en ver y conocer por íntimo anhelo, por nutrirnos a solas de tanta belleza.

Se cambia de este modo el justo sentido de viajar, ya que revestido todo de un barniz de vanidad comenzamos por incluírnos en la lista de los viajeros poderosos, aunque para ello se sacrifiquen posteriormente los verdaderos encantos de la excursión.—Hay que viajar a lo príncipe,—dicen muchos, aunque poco vemos después.—Hay que acomodarse en suntuosos hoteles, prescindiendo del movimiento.—Hay que gastar en ligerezas, porque satisface más que lo profundo. Bajo esta errónea visión no queda en el espíritu más que el solo sabor de un lujo, cuántas veces improvisado, ya que para llegar a ello se echa a menudo por tierra la firmeza real de nuestra vida corriente.

¿Qué placer tan encantador viajar en silencio, embriagados y recogidos de todo lo bueno que se va ofreciendo! Ir de un lado a otro como más nos plazca, no como más resuene, en la rapidez de un tren, en la calma de un buen barco, en la emoción de un avión, en coches de mil categorías, en caballerías típicas, en automóvil o en autobús. Todo es igual para la realidad del placer. Quizás si goce-mos más sobre el lomo de un borriquillo entre lo agreste de un paisaje, que en la loca carrera de una máquina prodigiosa. Es que el gusto penetra mejor cuando los nervios palpitan suavemente.

Llegar descansados para instalarnos como debemos, no como conviene, y desde la calma de un buen rincón planear y realizar lo que más tarde perdure como verdad de un buen recuerdo.

Si vamos por poco tiempo, no toquemos todos los puntos con locura de ver aunque nada se grabe. Es el horror risible del que conoce museos, castillos, abadías, bibliotecas, todo en el espacio de un santiamén. Qué inutilidad de visitas, qué confusión de emociones que se quedan en la superficie y que se borran rápidamente tan pronto penetramos en algo nuevo. Cuando la excursión es rápida, seleccionemos con mayor empeño. De un museo, la sala que encierre cosas preferidas; de los castillos, aquel que tenga mejor valor o mayor historia; de los sitios, aquellos que merezcan verse, nunca por la atracción de un nombre mundano. Traeremos, entonces, en lo callado del espíritu, una eterna canción de remembranzas.

En la calma mística de aquel viejo convento, cuando pisamos la cima de aquella montaña imponente, cuando desde un rincón de cubierta soñamos despiertos, vislumbrando la costa, cuando logramos enfrentarnos a una pintura insuperable, cuando plácidamente nos mecimos en las aguas de aquel lago; todo este cúmulo de sensaciones serán más tarde, en la monótona continuidad de los días, páginas que recorreremos con verdadero deleite.

Vayamos por el mundo sin valijas que estorben, ligeros de materialismo pero hambrientos de conocimientos, sedientos de belleza. No te pongas estorbos de cosas vanas, y cuando la suerte te deje viajar, abre el espíritu y pliega en el alma ese regalo de gratas impresiones que tan plácidamente subsistirá con nosotros.

Sólo cuando se ha visto más con los ojos del espíritu que con los prosaicos de la vanidad, podemos decir a satisfacción: "He viajado bien".

LEONOR BARRAQUÉ.

Schlaparelli viste otro modelo en jersey color paja, "echarpe" de organdi amarillo paja y gris acero. Cinturón de becerro también acero, lo mismo que el pequeñísimo gorro de algodón. El abrigo que no rompe el colorido se interpreta en "tweed" de poco peso.

PRESENTACION DE UNA MERIENDA EN EL CAMPO A BASE DE CERVEZA

Los asientos serán pequeños barriles rústicos con cojines de cuero rojo o si los deseamos más económicos en tela de todo a grandes rayas. La mesa tendrá también como base uno de estos mismos barriles. Cacharros de barro serán colgados alrededor de un barril y mostrarán en su decorado escudos de las más famosas ciudades cerveceras o bien escenas que no rompan el carácter. El mantel será de grueso hilo también a rayas, y se servirán quesos de variedades tales como heladas saladas que estarán depositadas en un recipiente de como, así como "delicates" en un depósito de madera.

Los "steins" (vasos clásicos) serán en cristal sobre platos de madera.

MENUS PROPIOS DE JUNIO

Para el almuerzo: jamón con pepinos frescos; filete de lenguado; plerina de carnero frita; ensalada de lechuga; melocotones a la reina.

Para la comida: crema de berro; saltea-

do de camarón; pollo frito; petit pois a la francesa; ensalada de legumbres; merengue a la crema.

MELOCOTONES A LA REINA

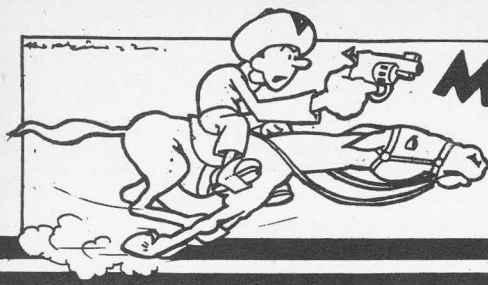
Escójanse bonitos melocotones y bien maduros; divídase cada uno en dos partes, pélese con cuidado, salpiquense con azúcar y riensene con algunas cucharadas de Kirsch Nuyens.

Ante todo se habrá preparado un plato para "souffle" con bastante mantequilla. Se disponen en el fondo rebanadas de pan de molde de un centímetro de espesor; sobre este canapé, colócanse simétricamente los melocotones, la parte hueca hacia arriba y en el interior de cada fruta se echa una bolita de mantequilla. Se agrega azúcar vainillado y se cocina al horno con fuego lento; vigílese bien el cocinado.

Se puede presentar este plato con un salpicón compuesto de 20 centilitros de agua, 30 gramos de azúcar en polvo, 4 cucharadas de mermelada de albaricoque; disuélvase todo; hiérvese, retirese de la candela y perfúmesse con una copita de viejo Kirsch Nuyens, presentando esta salsa por separado.

Resignarse es dulcificar el dolor respetándolo como compañero; llevarlo con valor es combatir el dolor y vencerlo como enemigo.

FERNAN CABALLERO.



MATANDO el TIEMPO

A cargo de Luis Sáenz



SOLUCIONES

A los pasatiempos del número anterior.

- 1-DIT.
- 2-Castilla la Vieja.
- 3-Dinastía.
- 4-Problema.
- 5-Del 16 al 20.

A los crucigramas:



CURIOSIDADES

LA PERSISTENCIA DE LAS IMAGENES EN LA RETINA. EN EL CINE.

La luz, en el cinematógrafo, no es continua: la persistencia de imágenes en la retina nos hace ver, por un lado, como un movimiento gradual, lo que no es más que sucesión brusca de imágenes fijas. Y por otro lado, nos produce la sensación de una media luz continua, en el ambiente, cuando en realidad hay una sucesión de ráfagas de intensa luz, separadas por intervalos de obscuridad completa.

Si dejando por un momento de ocuparnos en las vistas de la película proyectada, miramos un objeto próximo a nosotros, lo veremos mal alumbrado de un modo continuo, por no borrarse su imagen de nuestra retina en los pequeñísimos intervalos de obscuridad. Pero si el objeto que miramos (el puño del bastón, el reloj, nuestros dedos, etc.), se mueven con cierta velocidad, veremos diversas imágenes del mismo, o de sus bordes brillantes, separadas por espacios oscuros. Cada ráfaga de luz halla al objeto en distinta posición, y las sucesivas imágenes ya no se superponen en la retina. Lo mismo sucede si estando el objeto fijo pasamos por él rápidamente la vista.

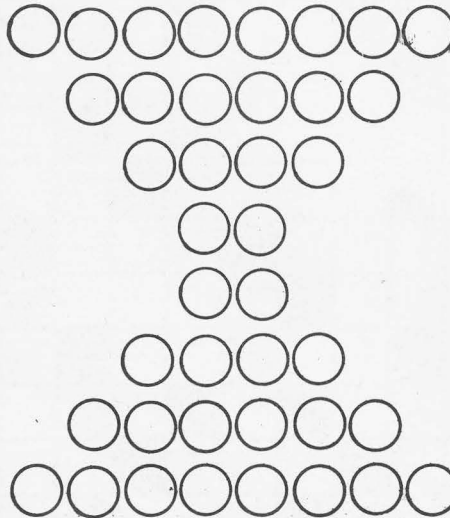
Trátase del mismo fenómeno originado por la luz de los arcos eléctricos de corriente alterna.

3-CHARADA GRAFICA



4-ACCION.

2. LOGOGRIFO



Imaginaos

Fiestas

Flor

Naípe

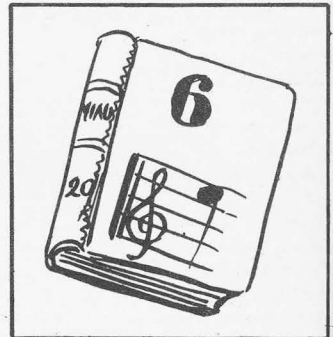
Adverbio

Dirección

Aspera

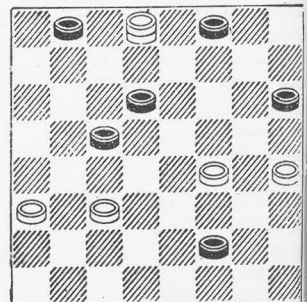
VOTO

Colocar letras en las casillas de manera que horizontalmente se lea en cada línea el significado que se expresa a la derecha. Con esas letras combinadas encontrar el TODO, sabiendo que todos los significados anteriores están formados con las letras de la palabra inferior a TODO, sin que en ninguno de ellos se encuentre una letra mayor número de veces que el que se encuentra en este.



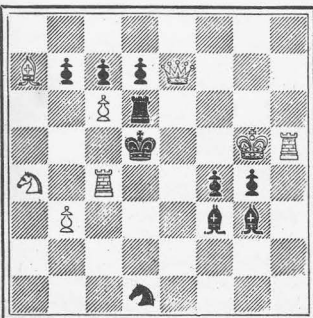
Colocando como primera la última sílaba del precedente significado se encontrará la solución.

5-PROBLEMA DE DAMAS.



NEGRAS JUEGAN Y GANAN.

1-PROBLEMA DE AJEDREZ.

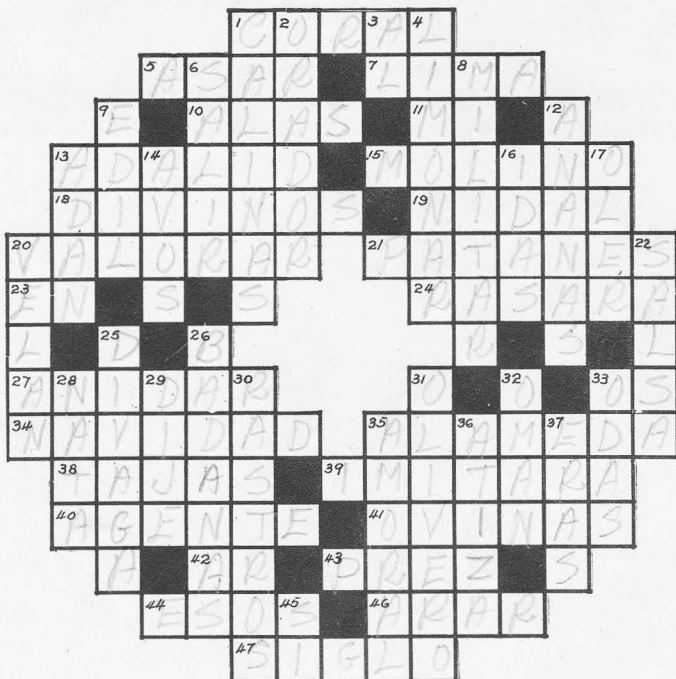


BLANCAS MATAN EN 2

CRUCIGRAMA

Verticales:

- 1—Neblinas.
- 2—El que pronuncia un discurso.
- 3—Contracción.
- 4—Sitio plantado de limoneros.
- 6—Ir de adentro a afuera.
- 8—Forma parte del ejército.
- 9—Concejál.
- 12—La piña.
- 13—El primer hombre.
- 14—Sufijo de los quebrados. (Pl.)
- 16—Distraídas, lelas.
- 17—Olfatear.
- 20—Vigilan.
- 22—Líquido para aderezar.
- 25—Habla sin concierto.
- 26—Piel curtida de carnero. (Pl.)
- 28—Costra de algunos líquidos.
- 29—Alhaja pequeña.
- 30—Mercado de cosas viejas.
- 31—Sitio donde se recoge la oliva.
- 32—Golfo del Océano Indico.
- 33—Poema lírico. (Pl.)
- 35—Sin moral.
- 36—Interjección.
- 37—Del verbo ser.
- 45—Nota musical.



Horizontales:

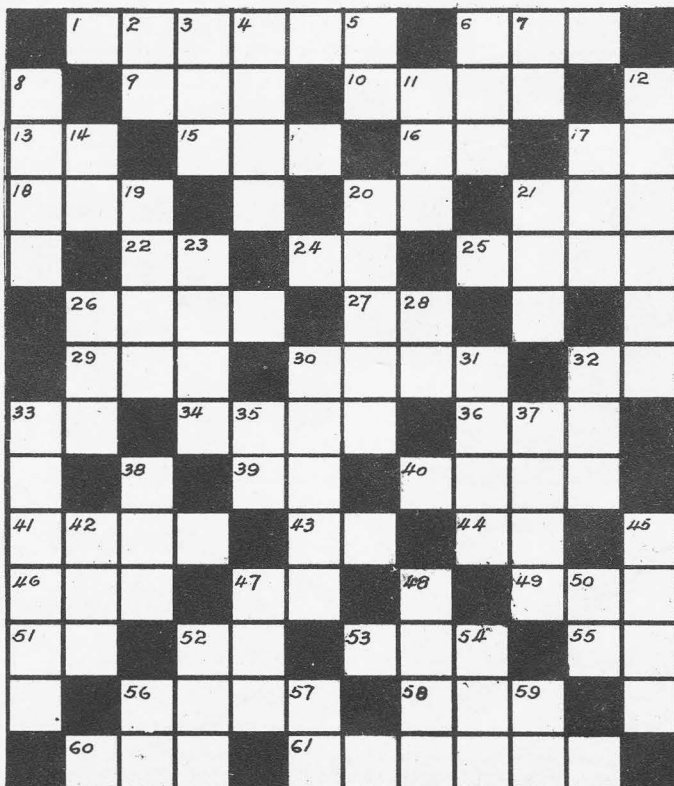
- 1—Relativo al coro.
- 5—Poner al fuego directo.
- 7—Capital del Perú.
- 10—En las aves.
- 11—Pronombre posesivo.
- 13—Caudillo guerrero.
- 15—Máquina de moler.
- 18—Pertenecente a Dios. (Pl.)
- 19—Lugar donde pone la gallina.
- 20—Valuar.
- 21—Campeño rústico. (Pl.)
- 23—Preposición.
- 24—Igualara con el rasero.
- 27—Hacer nido las aves.
- 33—Pronombre.
- 34—Natividad de Jesús.
- 35—Paseo sembrado de álamos.
- 38—Divides, cortas.
- 39—Remedara.
- 40—Todo lo que obra.
- 41—Relativo a las ovejas.
- 42—Terminación verbal.
- 43—Honor, gloria, estima.
- 44—Pronombre demostrativo.
- 46—Labrar.
- 47—Período de tiempo.



CRUCIGRAMA SILABICO

Verticales:

- 2—Carga de un arma de fuego.
- 3—Que tiene rizos.
- 4—Acto de coronar.
- 5—Hurto.
- 6—Numerario.
- 7—Torre con fañal para gular a los na vegantes.
- 8—Discurso.
- 11—Composición musical corta.
- 12—Con orden.
- 14—De muchos conocimientos.
- 17—Maliciosa, astuta.
- 19—Autoridad suprema.
- 20—Pulido con esmeril.
- 21—De Atenas.
- 23—Lugares solitarios
- 26—Moño de algunas aves.
- 28—Bebe.
- 30—Añadidura.
- 31—Resbaladiza.
- 32—Dividiera.
- 33—Con estupidez.
- 35—Mancha de la piel.
- 37—Que cultiva la literatura.
- 38—Dejamos, abandonamos.
- 42—Antifaz.
- 45—Esqueleto.
- 47—Estación del año.
- 48—Rotura estreptitosa.
- 50—Otro nombre del orangután.
- 52—Afección a la nariz.
- 54—Que causa risa.
- 56—Reza.
- 57—Fruto de la palmera.
- 59—Sienten temor

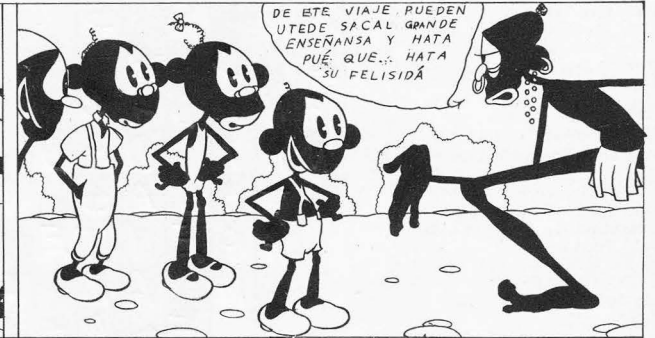


Horizontales:

- 1—Arbol de fruto muy estimado.
- 6—Desacreditar.
- 9—Nombre de varón.
- 10—El que hace botones.
- 13—Flor.
- 15—Diera.
- 16—De precio excesivo.
- 17—Solicita.
- 18—Con rabia.
- 20—Pronombre demostrativo.
- 21—Madera dura.
- 22—Osculo.
- 24—Vianda.
- 25—Alargada.
- 26—El que trabaja en corales.
- 27—Ceremonial religioso.
- 29—Castigada.
- 30—Presilla y botón de las capas. (Pl.)
- 32—Interjección.
- 33—Punto cardinal.
- 34—Arrojado.
- 36—Valija (antiguamente).
- 39—Prueba.
- 40—Riña, disputa.
- 41—Guisado de carne picada.
- 43—Inteligencia.
- 44—Nombre femenino.
- 46—Donaremos.
- 47—Negativa a una ley.
- 49—Paloma silvestre de Cuba.
- 51—Hierbabuena.
- 52—Nombre femenino.
- 53—Residuo de las mieses.
- 55—Ingieren alimento.
- 56—Río de Venezuela.
- 58—Tela de pelo de cabra.
- 60—Armadura.
- 61—Con codicia.



Bola de Nieve, MANGO MACHO y Cascarita Por HORACIO





—Se ha demostrado que el "Cyrano", de Rostand, no es un cadete de Gascuña, sino un parisiense hijo de un acaudalado comerciante. El apellido de Bergerac se lo agregó el autor, tomándolo de una pequeña heredad familiar que poseían sus parientes en los alrededores de Chevreuse. Por lo demás, Cyrano era también literato y dejó algunas novelas de bastante importancia.

—Luis XIV exigía que sus soldados tuvieran, por lo menos, un metro setenta centímetros de estatura. Luis XV se conformó con que tuvieran arriba de 1.65. Cuando las famosas conscripciones de muchachos de 14 años, Napoleón aceptó hasta los de 1.52 centímetros. En la conflagración europea, en Francia, fueron utilizados hombres de infima estatura, fijándose tan sólo en que midieran algo más que una granada de mano.

—El oropé, planta oriunda del Brasil, posee la curiosa propiedad de emitir rayos luminosos. En muchas regiones de las selvas brasileñas, los indígenas aprovechan la iluminación económica del oropé para trabajar durante las noches de verano.

—La media luna, símbolo del imperio otomano, fué adoptada en 1929, por el sultán Osman, fundador del mismo.

—De cada cien personas que pierden la razón, treinta vuelven a recobrarla.

—En México se cria un pájaro llamado "martín de las abejas", el cual tiene la facultad de erizar las plumas de la cabeza de tal manera, que parece exactamente una flor, tanto, que muchas veces se enaňan las abejas y al ir a libarla caen en poder del pájaro, que se las engulle.

—Hay muchos animales en varias partes del mundo que, según todas las observaciones hechas, pueden pasar toda la vida, sin probar el agua. Entre estos se cuentan ciertas gacelas de Oriente, así como un considerable número de lagartos y serpientes.

—Una de las supersticiones más arraigadas en el pueblo chino consiste en creer que si un gato camina por sobre un cadáver éste se verue instantáneamente y cualquier persona que pase en aquel momento por tal lugar, corre el peligro de ser apresada por el difunto o morir de repente.

—Aun a riesgo de que las mujeres quieran irse para Madagascar, damos el siguiente dato: en dicha península no se emplea más que seda en la confección de vestidos, porque esta tela es mucho más abundante y barata que la de algodón.

—El primer reloj de que hace mención la historia es la "clepsidra simple": un vaso lleno de agua, horadado por un pequeño agujero en su parte inferior.

—En Suecia existe una ley que prohíbe que en las tabernas se compren bebidas sin adquirir al mismo tiempo algún comestible para hacerle compañía.

—En Siberia, cuando los caballos están sudorosos por una carrera muy larga, les echan baldes de agua sobre el lomo. El agua se hiela inmediatamente y esta capa de hielo opera a modo de frazada, conservando el calor del animal.

—En Ashington, condado de Northumberland, Inglaterra, se ha constituido el Club de los Desencantados, formado por treinta jóvenes que han jurado no casarse nunca. Interrogado uno de los socios sobre una posible claudicación, afirmó que las bellas de Ashington ya verían que los hombres pueden prescindir de mujeres cuando la mujer es frívola y coqueta.

—Cáucaso es una de las pocas partes del mundo donde es peligroso ser cartero. Ello se debe a la frecuencia con que deben vérsela con bandidos y a la necesidad de escalar altísimas montañas, ya bajo la nieve o bajo un sol insupportable.

—Cuando dos novios birmanes se separan, se lleva cada uno un trozo de tela de sus vestidos, y para consolarse lo huelen durante la ausencia. Es para ellos el equivalente de nuestros retratos, sólo que en vez de satisfacer el sentido de la vista satisfacen el del olfato.

—El proyectado puente sumergido entre Francia e Inglaterra tendría 38 kilómetros de largo, por no ser completamente recto a fin de aprovechar ciertos macizos y elevaciones del fondo del mar. Estaría sostenido por 55 pilares, variantes de 7 a 40 metros de altura, con tramos de 100 a 500 metros de largo. El puente-túnel estaría sumergido 60 metros bajo el nivel del agua.

—A 20 millas de Lisboa, en Cintra, Portugal, existe un cañón automático que es disparado por el sol. El cañón aludido da la hora oficial a las poblaciones cercanas desde una altura de 600 metros. Por medio de unos lentes convexos, fiscalizados por un reloj solar, los rayos de sol se encuentran todos los días a las doce en el percutor del cañón, el cual se dispara así automáticamente.

—Además de otras muchas, las construcciones de acero tienen la ventaja de ahorrar la mitad del peso con respecto al hierro.



UNA SUSCRIPCIÓN ANUAL A SOCIAL

es un regalo a su prometida o a su esposa, que se renueva por 12 meses y cada mes motiva una satisfacción y un recuerdo afectuoso para usted.

DOS PESOS
TODO UN AÑO

Av. Menocal y Peñalver Telf. U-4792

LA HABANA, CUBA

¿Cuál Será, en el Futuro, la Orientación Política de Cuba?

**¿Será Necesaria una Nueva Reforma de Nuestra Carta Constitucional?
Deberá ser Substituido el Actual Régimen Democrático Representativo
por el Régimen Parlamentario que Responsabiliza a los Gobernantes?**

*Todas estas materias y otras igualmente trascendentales para
la República, serán debatidas en público desde la tribuna de*

CARTELES

¿Cree usted que deben formar parte del Gobierno, e intervenir en el manejo de la cosa pública, no sólo los candidatos de los distintos partidos que hayan triunfado en las urnas, sino, también, elementos representativos de las fuerzas vivas del país, como industriales, comerciantes, agricultores, obreros, profesores y alumnos de la Universidad, sociedades e instituciones culturales y científicas, prensa, hacendados y colonos, etc., etc.

**¿SERÁ O NO CONVENIENTE, COMO VEHÍCULO PARA LA
DEPURACIÓN CÍVICA Y POLÍTICA DEL AMBIENTE Y PARA
NUESTRA SUPERACIÓN CIUDADANA, RESTRINGIR O NE-
GAR EL SUFRAGIO A LOS QUE NO SEPAN LEER Y ESCRIBIR?**

En ese caso

¿deberá hacerse obligatoria la enseñanza de los analfabetos radicados en Cuba, cualesquiera que sean su edad, su ocupación o su nacionalidad?

EL SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO

¿deberá o no ser implantado para convertir cada cuartel en un laboratorio de enseñanza que produzca ciudadanos conscientes de su deber y responsabilidad para con la patria y la sociedad y que instruya a la juventud en el dominio de las artes y las ciencias manuales y técnicas, proporcionándole así un medio seguro de sustento?

*Todo esto y otros tópicos de igual trascendencia
los pondrá a debate la revista CARTELES en una*

ENCUESTA

que abre entre nuestros elementos intelectuales más capacitados y de mayor solvencia cultural. De este modo pretendemos orientar a la opinión pública, proyectando la luz de una crítica serena sobre los más hondos y complejos problemas cubanos. Lea lo que opinan nuestros mentores, nuestros hombres de ciencia, nuestra gloriosa juventud, nuestras aptas mujeres acerca de los temas que hoy absorben el interés de la masa colectiva cubana.

Las primeras contestaciones a esta ENCUESTA aparecerán próximamente en CARTELES. No pierda una sola de estas exploraciones que en las penumbras del presente van a realizar, con la mente alerta y la conciencia en alto, los valores más representativos de Cuba.

CARTELES

fundado en 1919

DIRECTOR:
ALFREDO T. QUIÉZ

ADMINISTRADOR:
MANUEL DE LA TORRIENTE

Miembro del Audit Bureau of Circulations

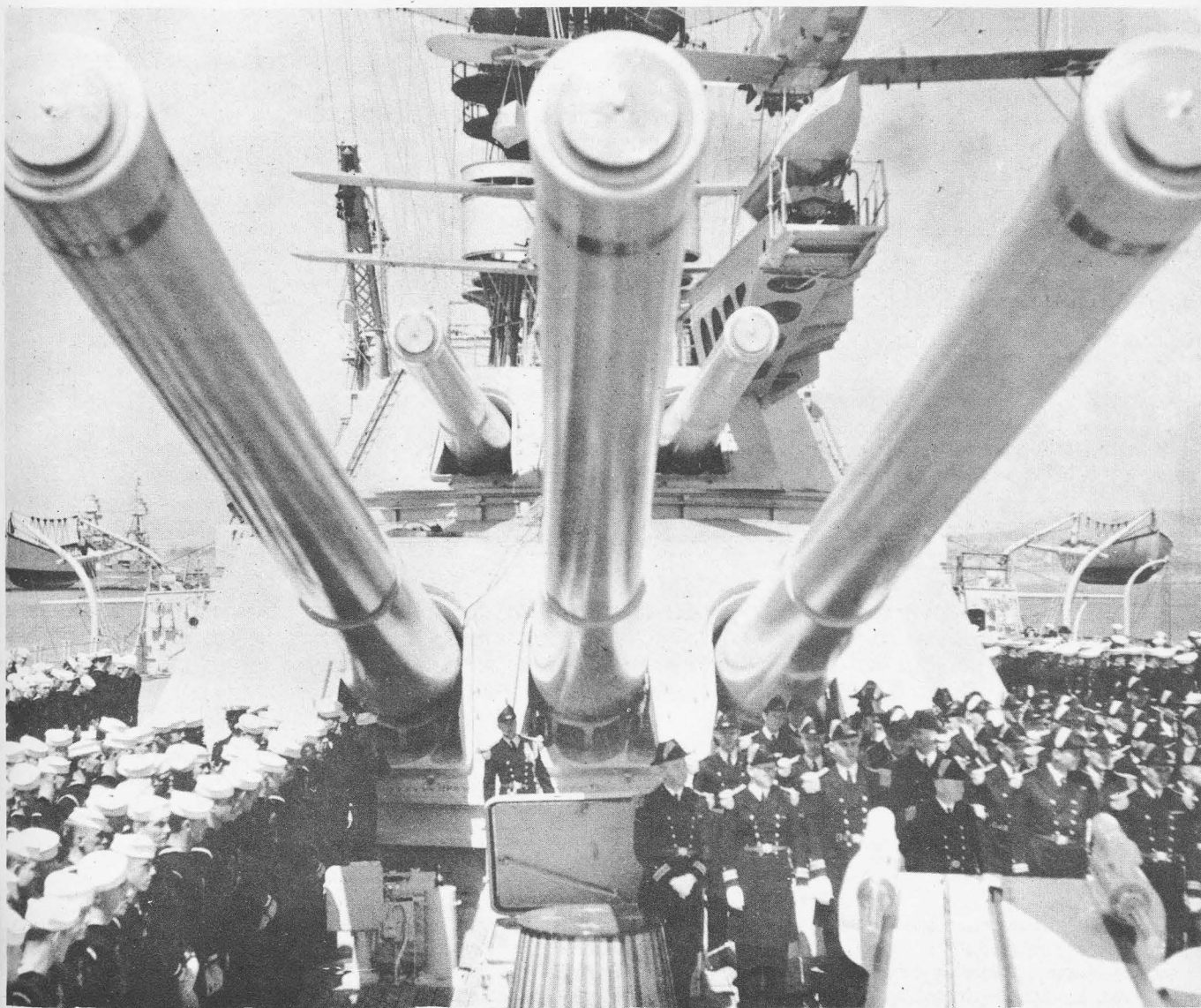
Publicado en la ciudad de La Habana, por el "Sindicato de Artes Gráficas", Ave. Menocal y Peñalver.—Cable y telégrafo: "Carteles".—Teléfonos: Dirección, U-1651; Administración, U-2732; Redacción, U-5621; Anuncios, U-3121. Representantes exclusivos, para anuncios, en el extranjero: Joshua B. Powers, Inc., 220 East 42nd St., New York; 616 Ave. Sáenz Peña, Buenos Aires; 22 Rue Royale, Paris; 14 Cockspur St., Londres; 39 Unter den Linden, Berlin.—Número suelto, \$0.10; número atrasado, \$0.20.—Precios de suscripción: para Cuba, un año, \$5.00; seis meses, \$2.75. Para el extranjero (países adheridos al Convenio Postal): un año, \$6.00; seis meses, \$3.25.—Acogido a la franquicia postal y registrado como correspondencia de segunda clase en las oficinas de Correos de La Habana.—No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia sobre material no solicitado.

VOL. XIX.

LA HABANA, JUNIO 11 - 1933

No. 24

Argumentos de Paz



Una original e impresionante visión de los tres cañones gigantes del "California", de los Estados Unidos. La foto fué tomada durante la ceremonia de "cambio de mando", celebrada recientemente a bordo, y mediante la cual fué relevado el almirante Luke McNamee por el vicealmirante W. H. Standley.
(Foto Int. News).



T

ELEVISIÓN

ÓN
por G.
MYGATT

Ilustrado por
R. F. JAMES

Versión de
ARTURO RAMÍREZ

CRISTÓBAL HARLAN se alzó del asiento con nerviosa expectación cuando escuchó los pasos del doctor en la escalera. Vió que el médico sonreía.

—Tiene usted una hija — dijo afablemente.

—¿Una niña? ¿Nació ya? Siempre pensé que...

—Siete libras y media—añadió el médico.—La madre está muy bien. Está saliendo ahora de la anestesia... Puede usted oír los gritos de la niña, si detiene esa dichosa máquina.

Cristóbal Harlan desconectó el radio.

—Era una conferencia sobre televisión—murmuró con tono de encarecimiento.—Muy interesante. El conferenciante afirmaba que dentro de diez años... ¿Eso es el niño? ¿De verdad? ¿Puedo verlo?

—Verla—corrigió el doctor.

—El masculino suena mejor —dijo el padre, riendo atolondrado.—Bueno, bueno... Ya que es hembra, se llamará Shelby.

—Sobre eso no hay dudas—comentó, un poco irónico, el doctor. De pronto, su mirada cayó sobre la esfera del reloj.—Y, entre paréntesis, ¿está bien ese reloj?

—Supongo que sí.

—Esto es importante; es casi la media noche. Unos pocos minutos más y cambiaría su cumpleaños. Conecte el radio un momento, para asegurarnos.

Después de unos minutos de música, una voz dejó oír:

—Las doce, exactamente, hora oficial.

—¡Vaya!—exclamó el médico.—Reconozco que esa endiablada máquina tiene algunos usos útiles... Bien; estamos ahora seguros de que su hija ha nacido el 19 de septiembre de 1932... Puede subir

ya. Y para su propia tranquilidad, olvide eso de la televisión; es una cosa sencillamente ridícula.

*

Shelby se sintió impaciente, y no había sensación que la desagradara más que esa. Además, sabía que era antihigiénico el desasosiego. Pero no podía evitarlo. Era insoportable que el día que marcaba su vigésimo cumpleaños transcurriera igual que cualquiera de los de la larga procesión de todo el año. Por supuesto que era una tontería — en la que sólo creían la gente chapada a la antigua, como su abuelo — imaginar un cumpleaños como algo de especial significación; pero, sin embargo, alguna pequeña conmemoración no estaría del todo mal. Shelby estaba segura de que si su madre viviera, no habría sin duda transcurrido el día aquel sin que ella hubiera organizado algún

género de fiesta, secretamente, desde luego. Su pobre padre jamás tenía en cuenta los aniversarios, si no se le recordaban.

Para Shelby aquella fecha, 19 de septiembre de 1952, significaba algo así como el beso de despedida a su adolescencia. Para Cristóbal Harlan significaba sólo un día más de estar seguro que la división noreste de la subcorporación de empaquetaduras estaba produciendo su parte proporcional de empaquetaduras completa.

Shelby pensó de pronto si todos los hombres existentes serían como su padre y Ricardo. No pudo contestarse definitivamente porque tenía poco conocimiento de la cuestión debido a que apenas conocía el elemento masculino de la comunidad. No había tiempo para nada. La civilización—era frase común—se movía vertiginosamente.

Los hombres tenían que ser eficientes, y los que no lo eran se veían materialmente descartados de la vida de la comunidad. Los eficientes estaban siempre ocupados en cosas útiles, sin tiempo para ningún ocio. ¿Se acordaría Ri-

cardo de dedicarle siquiera unos minutos de charla? Mientras pensaba en todo aquello, se decía que lo único que podía hacer era tener paciencia y aguardar con resignación la hora de ejercicio obligatorio. Después de todo, aquella hora de ejercicio constituía acaso el único solaz. Ver mover piernas y brazos a la gorda señora Hewks era bien divertido. Para poder gozar de aquel débil esparcimiento había de esperar aún cuarenta minutos.

Shelby paseó una aburrida mirada por la estancia y se alzó del sillón en el que había permanecido ociosamente contemplando las pruebas de un nuevo girocochete lunar en el Lago Salado, y soltó el control. Las pruebas de girocochetes eran cosa usual: un grupo de hombres vistiendo sucios overalls; un discurso de algún señor de voz detestable; luego una pausa seguida de una formidable explosión y una nube de polvo impenetrable. Quedó encerrada en la quietud de la estancia sin ventanas, aislada del mundo.

Permaneció de pie un momento, pensativa y sin saber qué hacer. Luego se dejó caer en el diván lamente, e hizo girar con displicencia el dial de la luz hasta que obtuvo una suave iluminación azul, casi tocando el verde pálido. El Comité de Salud especificaba que para el descanso sin dormir era preferible el azul, matizado de violeta; pero Shelby privadamente había decidido usar para tal caso el azul verdoso. El Comité de Salud estaba integrado por viejos. Y entonces estaba dedicado a impropia labor; la de aislar lo que ellos llamaban la bacteria "X". Padece los efectos de una epidemia cuyo agente patógeno se desconocía. El Comité de Salud mostraba casos de la terrible enfermedad cada día, después de la hora de ejercicios; era ese uno de sus medios preferidos de espantar a las gentes. La enfermedad se presentaba a los técnicos como una nueva forma de parálisis, y se extendía ya sobre todo el mundo civilizado. El ataque de la bacteria "X" se concentraba sobre brazos y piernas. Como medida defensiva, el Comité de Salud mantenía a los ciudadanos encerrados en sus habitaciones.

Shelby pensó en Ricardo. El retrato que su mente tenía de él era la imagen de un joven delgado y alto, vestido con una túnica roja oscura que le llegaba hasta las rodillas, y que era el uniforme de médico; un joven de cabellos rubios muy recortados, de ojos grises y sombríos, de boca firmemente dibujada, que se estiraba con mayor facilidad para sonreír de satisfacción en sí mismo que para reír de alegría. Algunas veces ella se preguntaba si Ricardo la quería de veras. Al principio de sus relaciones él se lo afirmaba a menudo; pero luego ella debía pedirle las bonitas palabras. Acaso ello fuera porque él había sido educado como médico, y los doctores—según los vagos informes que sobre el asunto ella tenía—eran entrenados para ser convertidos en entes impersonales y poco emotivos. Además, según el Comité de Salud, el amor había de ser una cosa inteligente y mesuradamente sentida y hecha.

Shelby concluyó que debía comunicarse con su novio.

Saltó del diván y se acomodó en el sillón. Antes de intentar la comunicación arregló cuidadosamente los faldones de su túnica y extrayendo de un bolsillo un espejo comprobó si la expresión de su rostro era agradable. Pensó inconscientemente en su abuelo, na-

cido en 1870, que entonces contaba 82 años y chocheaba un poco. El anciano había conocido y apreciado los adelantos de la civilización contemporánea y asistido al formidable triunfo de la televisión y del radio, después de 1932.

—Inventarán e inventarán—había dicho una vez—pero apostaría a que las mujeres siguen siendo las mismas de siempre. Desde el asiento, y moviendo un botón, podrá ver lo que pasa a mil millas. No me asombraré. Pero cuando nazca una mujer para la que lo primero no sea su propia apariencia, ¡ah! entonces...

Shelby retornó el espejo a su bolsillo. Entonces apretó un botón de cristal incoloro instalado en el brazo derecho del asiento. La pera cristalina tomó primero un ligero color verde, luego se tornó amarillo, luego naranja y por fin rojo. El rojo indicaba que las ondas Lewis comenzaban a circular libremente. A los lados del botón existía una hilera de letras metálicas en relieve—diez letras, de la A a la J—y debajo de ellas una hilera de números, del 0 al 9. Debajo de los números corría otra hilera de letras, de la K a la T. Los dedos de Shelby se movieron rápidamente. Señaló la marca de Ricardo: B. G.-10476-O.P.-4.

La pared que quedaba frente a la joven comenzó a aclararse vagamente, como la pantalla de un antiguo cine. De pronto pareció que la pared se abría tal una gran ventana sobre otro cuarto. Allí, en medio de ese otro cuarto, estaba Ricardo, vistiendo una bata blanca de algodón, mirando hacia Shelby con atención.

—Estoy terriblemente ocupado—dijo el médico, indicando con un gesto de la mano una larga y brillante mesa sobre la que estaba inclinado. Un hombre vistiendo una túnica roja depositó sobre la mesa un tubo de ensayo, y se alejó en seguida.

—Siento molestarme—dijo la muchacha.—He olvidado que podías estar ocupado.

—No debes olvidarlo. Te dije que me comunicaría contigo si tenía tiempo—hablaba severamente.—Debias estar preparada para el ejercicio. ¿No sabes que será la hora dentro de... siete minutos?

—¿No vas a desearme un feliz cumpleaños, Ricardo?—interrogó ella sonriendo.

—¡Oh, por supuesto! Lo había olvidado. ¡Felicidades, Shelby!

—Eso suena bien—remarcó ella, sonriendo otra vez.—¿Por qué no me dices otras cosas?

—En estos días no se sabe quién puede estar en la onda...

—¿Quién? ¿Te refieres al Comité de Salud?

Ricardo se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio.

—Ellos nos vigilan. Lo hacen con todo el mundo, pero especialmente con los médicos. No quieren que derrochemos el tiempo en cosas que no sean la investigación de la bacteria "X". ¿Sabes, Shelby, que dos mil personas fueron atacadas por la misteriosa enfermedad en el Estado de New York, solamente?—miraba entonces a la joven con solemnidad. Repitió: —¡Dos mil personas!

—Serán más rígidos ahora en mantenernos encerrados—comentó con amargura ella.

—¡Sh! ¡Cuidado con lo que hablas, Shelby!—Se acercó; es decir, pareció acercarse para hablar en secreto por "tele-fono-visor".

—Hay que obedecer ciegamente al Comité de Salud. Yo soy nada más que un subinspector, pero sé que ellos trabajan noche y día. Tan pronto como podamos aislar la bacteria "X"...

Se escuchó un toque de campana.

—Es la campanada de los tres minutos—dijo Ricardo seriamente, en aquel tono de secreto, a pesar de encontrarse a cuarenta y dos kilómetros de su interlocutora.—Prepárate para el ejercicio so pena de ser castigada. Ya sabes lo que le pasó a Alicia Vardon...

—¿Ricardo!

—¿Qué?

—Tú no me quieres...

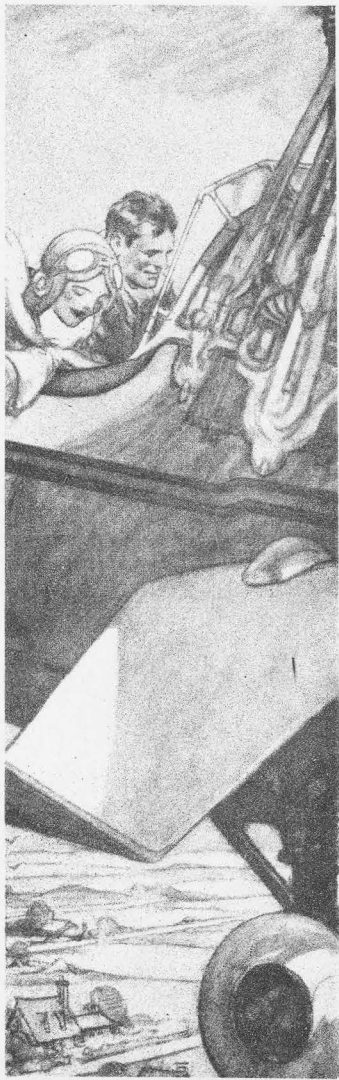
—Yo sí te quiero...

—Ven en esta noche. Tú puedes hacerlo. Yo tengo un dolor... y tú eres médico. De verdad tengo ahora un dolor.

—No—repuso secamente el doctor.

Sonó una campanada. Ricardo fué a hablar, pero Shelby cortó la comunicación.

Faltaban dos minutos para la hora del ejercicio. No le quedaba tiempo. Si era conocido, sería castigada. Sería enviada a las Barracas por tres o cuatro días y tratada en forma de avergonzarla de por vida. No se cansaría de decirle dulcemente que era antisocial, y que ser antisocial es la peor cosa del mundo. Desde pequeña, en la escuela le habían enseñado que el imperio de la televisión era el máximo progreso; que era la civilización misma. El sin igual avance de las aplicaciones del radio y de las ondas de Lewis traían al sillón mágico la actividad mundial. Sentada en él,



podía recorrer el universo; ahora los niños escuchaban desde él la lección que antes habían de ir a tomar a la escuela. Desde él conferenciaban los hombres de negocios. No se escribían cartas. Los congresistas discutían y legislaban cada uno sentado en su habitación. El "tele-fono-visor" del edificio del Congreso estaba reputado como el mayor del mundo.

Evidentemente, el Gobierno y la Corporación Telefonovisora tenían que trabajar en armonía. Ambos negaban toda conexión pero Shelby había oído decir que entre aquellas entidades existían los mismos nexos de interdependencia que en otros tiempos tuvieron la Iglesia y el Estado. La Corporación controlaba todas las comunicaciones entre el Gobierno y el pueblo, y entre los particulares. No existían periódicos, revistas ni libros. El monopolio era absoluto; y, además, ¡no bastaba para toda clase de relaciones el "tele-fono-visor"?

En sólo tres Estados de la Unión no existía tal adelanto: Maine, Louisiana y Dakota del Norte. No habían querido suscribir la nueva constitución nacional, que era a la vez el estatuto de la Corporación, y llevaban una vida bárbara y desfalleciente.

Sonó la campana otra vez. Entonces, independientemente de todo movimiento de Shelby, el botón indicador comenzó a colorearse.

—Dentro de diez segundos—se dijo la joven,—escucharé una filípica y la declaración de antisocial.

Contempló el botón de cristal. Estaba entonces de color naranja, tornándose rojo. Shelby pensó que ella podía cortar—con unas tijeras al viejo estilo—el hilo principal, provocar un corto circuito, descomponiendo su aparato y probablemente unos cincuenta conectados a la rama de la que el suyo dependía, y entre ellos el de la gruesa señora Hewks.

La pared del frente comenzó a iluminarse vagamente. De un momento a otro estaría ante el Comité, escuchando frases desagradables. Corrió en busca de las tijeras. Casi se reconocían ya algunas figuras en la pared cuando Shelby terminó su labor antisocial. Se produjo como un disparo de una antigua foto al magnesio...

Funcionaron las débiles luces de la batería de emergencia. Shelby vio vagamente la figura de su padre, vistiendo la túnica especial de administrador de una Subcorporación. Escuchó débilmente su voz interrogando solícita:

—¿Qué ha sucedido?

—Yo... yo no sé, papá. Dimelo tú cuando lo sepas. Esperaré echada en el diván.

—Estoy conferenciando ahora. No puedo ocuparme de eso.

Cuando cesó la comunicación su padre, vino una nueva. Era ésta de un mecánico.

—¿Dificultades?

—Sí—informó Shelby con desganado.

Poco después hacía acto de presencia sonriendo ampliamente. Era vigoroso y simpático.

—¡Oh, yo le conozco!—exclamó Shelby.—Fuimos a la misma escuela. Su nombre es... es...

—Guillermo Connell—expresó el mecánico.—Hace cuatro años de eso.

—Al principio me costaba recordar su nombre, pero el día que ganó el premio de electricidad, ¡lo fijé...

—Yo nunca supe el tuyo—rió más cordialmente él.—¿Cuál es?

(Continúa en la Pág. 52)

John Law

La Calle de los MILLONARIOS

La rue Quincampoix.—La fiebre de la especulación.—John Law, financiero, utopista y jugador.—La centrifuga de millones.—La primera inflación.—Los doscientos días.

HAY en París una calleja sórdida, situada entre la plaza del Chatelet y las naves del Mercado Central, cuyo nombre es casi impronunciable para un hispanoamericano: la rue Quincampoix... Pero, me apresuro en advertir a todo futuro visitante de París que esa calle no presenta actualmente el menor interés, y que puede vivirse veinte años a orillas del Sena, sin tener necesidad de indicar tan molesta dirección a un chófer de taxi. La rue Quincampoix está ocupada hoy por almacenes de concesionarios del mercado; sobre sus aceras eternamente cubiertas de cáscaras, granos, patatas o cebollas escapadas de algún saco, unas pobres mujeres, que pertenecen a la escala más baja de lo que ha dado en llamarse "vida alegre"—¡bien alegre!—aguardan la llegada de algún carrettonero o estibador desocupado. Tristeza, mugre, miseria... Y sin embargo, a pesar del aspecto tan melancólico, os confesaré que pocas calles de París tienen, para mí, el don de evocar tantas imágenes—imágenes que por antiguas no resultan menos actuales... Y es porque, a dos pasos de la rue Nicolas Flamel, donde el alquimista de Lutecia "fabricó oro por tres veces, en presencia de su esposa Pernelle", la rue Quincampoix fué nada menos que el lugar en que nacieron las operaciones de bolsa, el papel moneda, la palabra *millonario*, y donde se llevó a cabo la primera *inflación* que se recuerda en la historia. Fué la calle en que estaban instaladas las oficinas de John Law, el extraordinario personaje, mezcla de economista, y de taurin, amalgama de aventurero y utopista, cuyas concepciones revolucionaron la vida bancaria y financiera del siglo XVIII, contribuyendo a preparar el terreno en que debía echar raíces la Revolución Francesa... ¿No creéis que en esta época de desvalorización de monedas, de crisis del patrón oro, de inflaciones asomando por todas partes, no valdría la pena echar una mirada retrospectiva hacia esa calle, testigo de hechos que anunciaron acontecimientos modernísimos?

En 1719, la rue Quincampoix se designaba en toda Europa con el sencillo nombre de *La Calle*. "Era—nos dice un cronista de la época—el centro de Francia, el lugar de peregrinación de todas las naciones del Continente". Los cambistas, hombres de negocios, comerciantes, armadores, administradores de Compañías de las Indias, venían de Suiza, Holanda, Italia, Inglaterra y ciudades anseáticas, para respirar el aire de esa vía fabulosa, donde fortunas de centenares de millones podían edificarse en unos pocos días. El delirio de la especulación, de la jugada de bolsa, se había apoderado de todo el mundo. En Burdeos, Lyon, Estrasburgo, Marsella, las diligencias y sillas de posta eran tomadas por asalto. Los extranjeros y propietarios rurales llegaban a París por millares. Y no eran solamente los hombres

de negocios, los que se entregaban a esa nueva fiebre. Lacayos, cocheros, prostitutas, jugadores, camareras de la reina, aspiraban, como los demás, al título de *millonario* que muchos habían conquistado sin gran trabajo. Todos los inmuebles contiguos a los del *Banco Real* dirigido por John Law, eran alquilados o comprados, para instalar oficinas. Las había en los sótanos, en los desvanes, en los corredores. Una sola habitación costaba 50 libras diarias, precio absolutamente exorbitante para la época. Pero la calle era demasiado exigua. Las mesas, las oficinas volantes, invadieron las mismas aceras. Un jorobado que alquilaba su giba para que sirviera de pupitre, ganó un cuarto de millón en tres semanas... Y los beneficios sólo podían contarse ya por cifras astronómicas. Una tal señora Chamaret, comerciante de provincia, acababa de ganar 100 millones en una simple transacción. El duque de Borbón, acumuló 60 millones, gracias a una operación feliz. Y esos casos no eran aislados. Los ejemplos abundaban. En una época en que los únicos grandes capitalistas de Francia—capitalistas en el sentido que podríamos dar hoy al término—eran Samuel Bernard, ban-

quero de Luis XIV, los cuatro hermanos Paris, y Crozat, que había sacado provechos extraordinarios de sus concesiones en la Louisiana—¡ya América comenzaba a ser generadora de fortunas!—por años en que las fortunas de los terratenientes y granjeros generales, origen de la clase burguesa que alcanzaría su apogeo máximo durante el siglo XIX, reunían raras veces cifras de seis guarismos, cualquier especulador que lograra trabajar con alguna suerte en la Rue Quincampoix solía acumular, del día a la mañana, un caudal capaz de levantar las finanzas de un Estado. ¿Cómo queréis que los contemporáneos de Montesquieu, los de las *Cartas Persas*, no perdieran la cabeza ante el Pactolo que brotaba de los sótanos del *Banco Real*?...

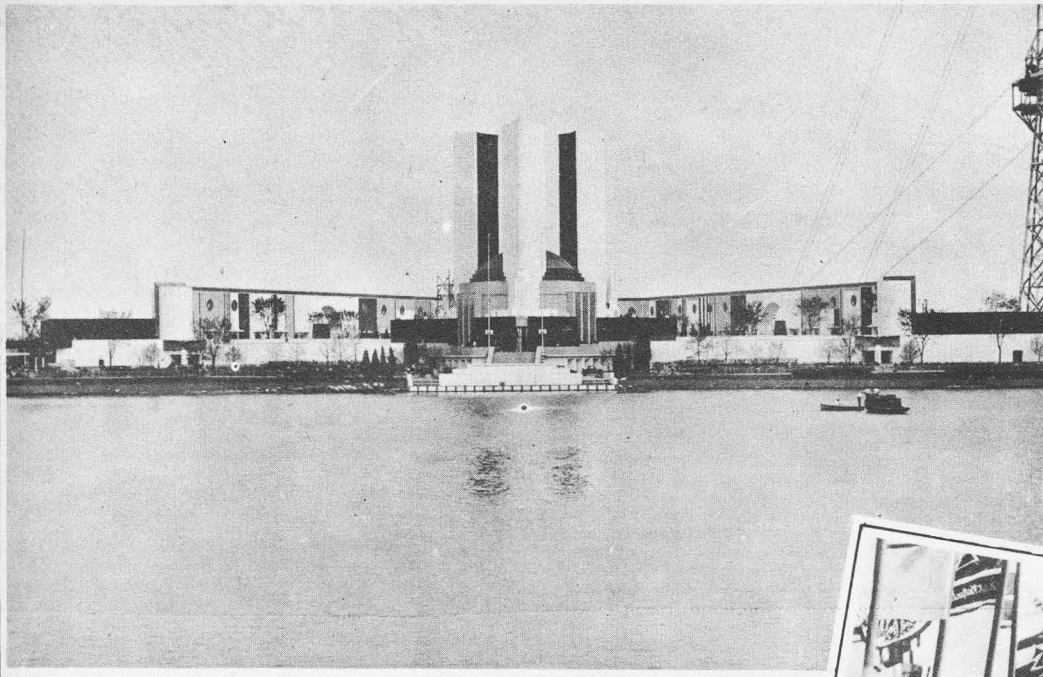
¿Cómo se había realizado el milagro? ¿Quién era el taumaturgo John Law? Un hombre de una habilidad sorprendente, un verdadero genio financiero, tan audaz como acomodaticio, siempre capaz de crear, pero dotado a la vez de una ingenuidad que le impidió prever cuáles habrían de ser las consecuencias prácticas del monstruoso aparato económico forjado por su cerebro. Después

de una juventud compartida entre el juego y el estudio, Law concibió los postulados de una organización bancaria, en que el sentido de las realidades avecinaba con la utopía. Sus lecturas favoritas eran las obras de Thomas Mun y "El tratado del interés del dinero" de John Locke, libro en que Karl Marx hallaría, mucho más tarde, abundantes temas de meditación. Como nos dice Hans Wantoch, en su historia de las grandes fortunas, "John Law, quería liberar el trabajo de la tiranía del capital; quería destruir a los "acaparadores de metales preciosos y reemplazarlos por los acaparadores de tesoros vivos, por los maestros de la invención, por aquellos que se ven animados por un espíritu emprendedor y el amor al trabajo"; su famosa teoría de que quien hace trabajar es útil a la comunidad aún si el producto del trabajo es inferior al sueldo desembolsado, esta verdadera doctrina de bancarrota, contiene, en embrión, el programa que ha inspirado a los talleres nacionales de París, en 1848". John Law hace aparición en Francia en un momento de quiebra general. Su concepción de la banca no tarda en entusiasmar a algunos de los hombres más influyentes del reino. ¿No hay dinero? ¡Law aporta los medios de crearlo! Su plan de emisión de papel moneda y de acciones, cobra el relieve de una suerte de piedra filosofal. Pronto lo veremos controlar todas las riquezas del reino, a título de "Director fundador del Primer Banco de Emisión, director fundador de la Compañía de Indias, Comisario del Monopolio del Comercio Exterior, Superintendente de las Finanzas"... El público había comenzado por mirar con desconfianza las innovaciones audaces del inglés. Ni las acciones, ni los billetes emitidos por el *Banco Real*, disfrutaban de gran crédito. Pero, después de unos meses consagrados a organizar la centrifuga de millones, en junio de 1719, las acciones de Law subieron de un cien por cien; ascienden sucesivamente a 1,000, 5,000 y 18,000 libras... ¡Jamás en la historia del mundo, se había visto cosa semejante! Claro está que todas las transacciones se efectuaban a base de papel moneda impreso por el propio Law. Al cabo de seis meses, 600,000 acciones estaban en mano de los especuladores de la rue Quincampoix. La danza de los millones estaba en pleno apogeo. Se negociaba sobre papel, a base de papel pagadero en papel... Como nos dice Hans Wantoch: "La circulación de billetes, así como la colocación de una tan formidable cantidad de acciones, sólo fué posible gracias al hecho de que la Compañía, siendo dueña de la percepción de todos los impuestos, pudo adelantar al Estado, primeramente, 1,200 millones; luego, 1,500 millones de libras, al 3% destinadas a la amortización de todas las rentas. Ahí se encuentra una construcción financiera

(Continúa en la Pág. 54)



ALREDE- DOR DEL MUNDO



CHICAGO. — Una vista del hermoso edificio del Gobierno americano en la Exposición de Chicago.



PARIS. Marlene LIETRICH, la estrella cinematográfica alemana de Hollywood a su llegada a París vistiendo totalmente ropas masculinas. El público que la esperó en la estación de St. Lazare expresó ruidosamente su desagrado al ver a la bella artista metida en un traje varonil.



VARSOVIA.—Janusz JĘDRZEJEWICZ, ex ministro de Agricultura, designado recientemente "premier" del gabinete polaco.



BERLIN.—El ex kronprinz GUILLERMO pasa revista en Willenberg a 10,000 soldados en unión de Franz SELDTÉ, jefe de los Cascos de Acero, recitando momentos de la época imperial.



PEIPING.—Su Santidad PAN SHAN LAMA fotografiado junto al aeroplano en el que realizó el primer vuelo de su vida en Peiping recientemente. Pamshar Lama es el jefe espiritual de todos los budistas, ostentando la máxima representación de Buda sobre la tierra.



PARIS.—Mlle. S. LENGLEN, ex campeona mundial de tenis y una de las más brillantes figuras deportivas de todos los tiempos, explica a algunas principiantes detalles interesantes de su técnica. La ex campeona ha abierto una escuela de tenis en el estadio "Roland Garros" y confía en que entre sus discípulos habrá que ir a buscar el futuro campeón.

Las Muñecas

Por LUCILA PALACIOS

A CABABA de mirarse al espejo. Ya los treinta años pintaban una que otra cana en sus sienes. En su rostro mate las ojeras acentuábanse tras la noche de insomnio.

Había salido muy temprano en busca de aire, de luz, de un panorama distinto al monótono y diario de su casa, llena de recuerdos. Y de paso en la esquina, al regreso, compró la muñeca que Nina deseaba, para sorprenderla.

La niña allegóse hasta la madrina, temblorosa de emoción, con los ojos abiertos, muy abiertos sobre la caja envuelta en papeles de seda y cruzada por un cordoncillo de oro. ¡Hacia una semana que no pensaba en otra cosa!

Y el juguete saliendo de su escondite por el afán de las manos obsequiantes, fué a parar a las manecitas ávidas de espera con toda su gracia fresca de *biscuit* recamado de tules y de encajes.

Cada día la pequeña mostraba



Ilustración
por
GALINDO

Ella la escuchaba, esta vez sería y pensativa, acariciando con diestra entretenida sus blondos rizos de muñeca de carne. ¡Oh!, ¡si la inocente supiera qué caro pagaba su adhesión fervorosa!

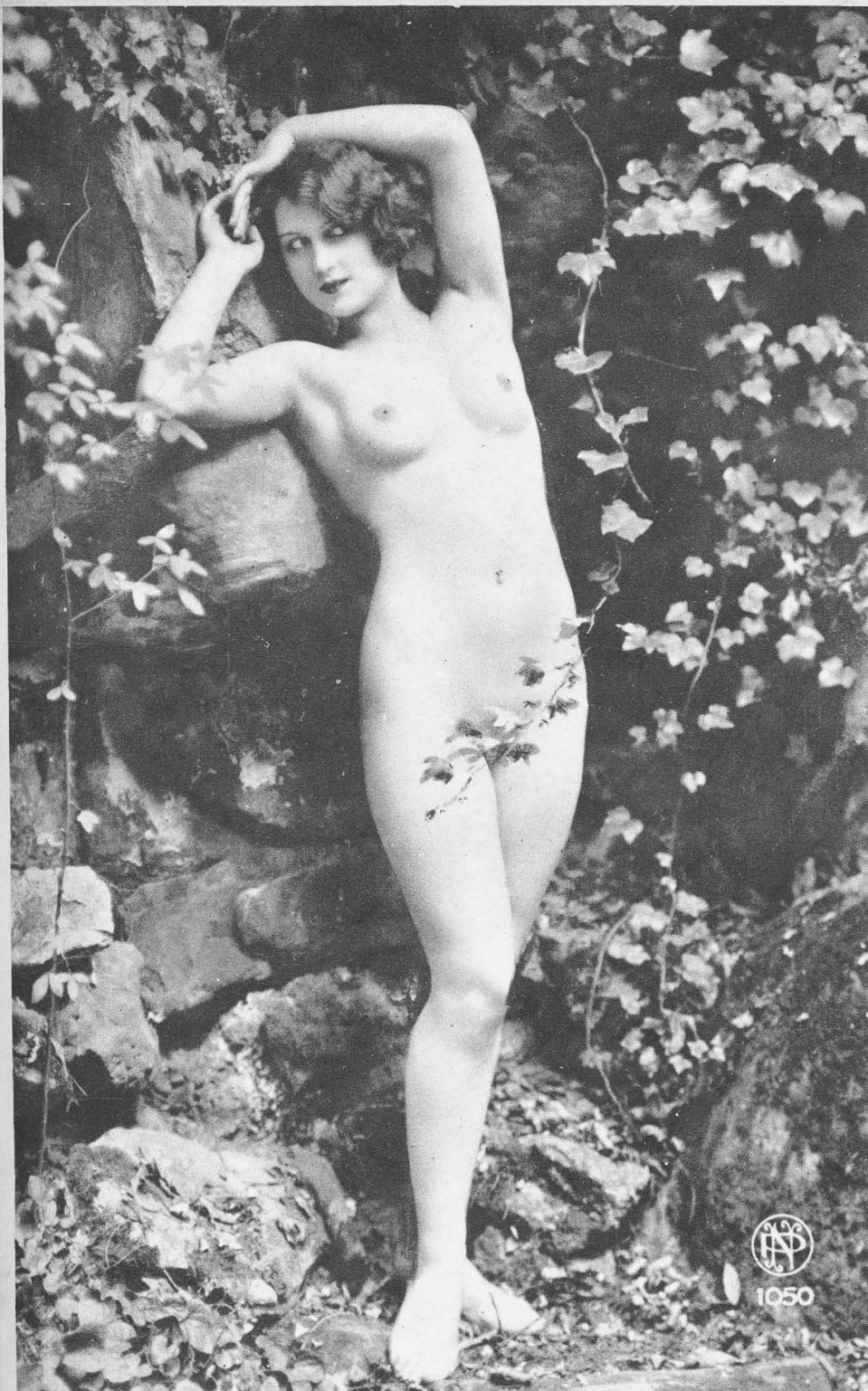
Ya todo estaba terminado. La última entrevista había sido decisiva. Julián no aceptaba que Nina viviese en su casa. Y a ella le era imposible abandonarla, pues la última recomendación de su amiga, al dejársela, ya sin padre, había sido: "Sé para ella siempre, siempre, lo que nosotros dos..."

Fuese por terquedad, por exceso de amor, por egoísmo de hombre enamorado, Julián no la quería. La sentía rival en el afecto de su novia, tan cerca, como él, en su intimidad de mujer sensible y amorosa. El afán materno que la criatura iniciaba en la virgen suscitaba e inflamaba sus celos. Hubiera deseado que todas sus fibras permaneciesen inmóviles, sin vibración, hasta el día en que él pudiese despertarlas con un vástago de su carne.

un nuevo capricho: negras, amarillentas, blancas, las muñecas se sucedían sin interrupción formando un catálogo de todas las castas. Y la madrina, que la adoraba y que sentía lástima ante su desvalida existencia total de huérfana, asentía sonriendo al complacerla, satisfecha de hacer las veces de madre.

—¡Madrina, madrinita! La muñeca que quería... me la diste... ¡qué felicidad!

(Continúa en la Pág. 60.)



Primavera
Estudio fotográfico N. P.

VERMOUTH



**No digas a tu amigo:
"Buen apetito",
sino bríndale un**



TORINO

Version
de
**Arturo
Ramírez**



Ilustrado
por
**Oscar
Howard**

Las MELLIZAS

por **Elaine S. Carrington**

CUANDO Laura cruzaba la calle con las dos mellizas, la envolvía un coro de halagüeños comentarios: —¡Son adorables! —¡Exquisitas! —¡Deliciosas! —Deben tener poco más de un año. ¡Qué hermosas!

En efecto, eran exquisitas, adorables, deliciosas, y contaban poco más de un año de edad; y Laura se daba cuenta de ello especialmente en sus momentos de reposo, sobre todo cuando, dormidas, las niñas descansaban en sus cunas, los redondeados bracitos rodeándoles las doradas cabcitas. Indudablemente que parte del encanto que todos reconocían en las lindas chiquillas radicaba en la circunstancia de estar siempre inmaculadamente vestidas, calzaditas de blanco, las manos, los rostros y las rodillas limpias. Sus ropitas se las confeccionaba la propia Laura en sus ratos de ocio, porque sus entradas no le permitían comprar la clase de trajecitos que ella hubiera deseado adquirir en las tiendas. De confección maternal también eran los gorritos y la ropa interior. De todos sus desvelos la recompensaban los halagüeños comentarios que escuchaba a su paso, cuando su fatiga y su depresión no le estorbaban oídos.

Juan y ella vivían en una pequeña casa de los suburbios a la que se habían trasladado un año antes del nacimiento de las mellizas. Evocando aquel año entonces, lo definía como la etapa

El problema que plantea este cuento lo viven muchos matrimonios. ¿Debe la esposa sacrificar el marido o su carrera a sus hijos? Aunque la solución la da el autor encuadrada en el ambiente y en la psicología yanquis, y por lo tanto, no creemos que con ella estén de acuerdo nuestras mujeres, resulta siempre interesantísimo el cuento porque descubre la situación y las consecuencias a que puede conducir la preterición del marido.

idílica de su vida. Cada mañana durante aquel feliz año los dos tomaban el tren para la ciudad dirigiéndose cada uno a su trabajo, ella a la redacción de un *magazine* erudito, el "Vassal", él a su oficina de anuncios. Laura amaba su labor. Desde la fundación de la revista cooperaba en la misma debido a la amistad que la unía con el editor, Chester Davis. Cada día almorzaba con su esposo en el "Durkey's Chop House", establecido a medio camino entre la oficina de propagandas y la redacción, y comía con él en el "Green Bay Tree". Algunas veces iban juntos al teatro, y regresaban al hogar a la medianoche, haciendo la ruta de la estación al "cottage" cogidos de la mano bajo la suave luz de la luna. Tenía tiempo entonces. Tiempo para leer, para escribir, para hacer música, para divertirse. Para charlar, también.

La llegada de las mellizas cambió su vida. Para los observadores accidentales, para las damas que detenían sus autos para acariciar a las niñas, para los amigos que la encontraban aseándolas, ella era—lo sabía bien—modelo de esposa y de madre.

Tenía una sola doncella de poco sueldo y de poca competencia, Edda, encargada de todo el trabajo de la casa con una consistente ayuda de la propia Laura.

Las mellizas despertaban a las seis; más bien un poco más temprano. Laura dormía en el cuarto con ellas. Para Juan se arreglaba un lecho en el *hall*, la puerta comunicante bien cerrada. Cuando ella se lanzaba de su cama, rendida de sueño aún, no podía evitar clavar una mirada resentida en aquella puerta cerrada. ¡Una barrera para cualquier imperiosa demanda nocturna de las niñas! Pero ellas eran buenas: despertaban tan tranquilas como angelitos, después de haber dormido de un tirón toda la noche, y solamente cuando después de haber tomado sendas botellas a las seis Laura las reunía en una cuna para que jugaran, había posibilidad de que expresaran su alegría en agudos chillidos o altisonantes balbuceos. ¡A lograr silencio en seguida! Juan había de dormir un número exacto de horas: traía el pan a la casa, y necesitaba tranquilo reposo... Luego el baño. Después, vestirlas. Entonces,

con una en cada brazo, escaleras abajo, hacia la cocina.

Laura bebía café—café al fin, aunque no muy fuerte—mientras Edda vigilaba a las niñas. Después de aquellos tragos calientes era que la madre sentía renovarse un poco su energía para las fatigas del día comenzado. Venía entonces el desayuno de las "señoritas", que gozaban de voraz apetito: cereales, para cuya deglución se tomaban tiempo interminable; pizcas de tocino, huevos salcochados, tostados con mantequilla... todo ello cuidadosamente vigilado. Para entonces ya Juan estaba sentado a la mesa en el comedor. Laura le llevaba las niñas, él las besaba, abría el diario matinal, y se enfrascaba en su lectura. Las mellizas comenzaban a hacer pininos: caminaban, con frecuentes caídas y lloriqueos, de las patas de las sillas a las de la mesa, e inversamente. A cada caída Laura se apresuraba a ir en su ayuda, poniéndolas de nuevo sobre sus pies. Como es natural, todo ello interrumpía diez veces cada frase que Juan dirigía a su esposa, cada intento de comentario sobre las noticias que leía. Aquella escena, diariamente repetida, despertaba cotidianamente asperos y ella se daba cuenta que irrazonable—resentimiento en Laura contra su marido. ¡Qué tranquilidad y qué satisfacción egoísta la suya! ¡Así sí que era cómodo tener hogar e hijos!

—Me queda el tiempo exacto para coger el tren... Adiós.

Bumpkins; adiós, Pumpkins. Deben portarse bien, no lo olviden...

Besaba ruidosamente a las chiquillas. Laura, al verlo salir al portal contento y despreocupado, pensaba que si él se hubiera despertado antes de las seis, hubiera bañado, vestido y dado de comer a sus hijas, y tuviera que llevarlas a la cama, y ocuparse de sus ropas, y del trajín de la casa...

En el primer año de su matrimonio, antes de llegar "ellas", pensaba Laura, la compañía de Juan había sido algo delicioso. Ella siempre tenía ansias de hablarle; los temas no se agotaban nunca. Ahora, sus conversaciones eran monosilábicas. Como ella estaba siempre fatigada y con enormes deseos de que llegara la hora de acostarse, Juan se había acostumbrado a salir solo. Y, aunque le avergonzara, se confesaba que aquello casi le agradaba, le producía una sensación de paz y tranquilidad que le eran necesarias. ¿Sería que ya el amor entre ellos no tenía aquel fuego, aquel ardor juvenil? ¿Podía ella criticarle que jugara bridge con los Harvey, que fuera al cine con los Allison, que aprovechara el radio de Marjorie Kendrick para bailar? Bajo su invariable amor, Laura sentía crecer aquel resentimiento, aquella nota de aguda irritación contra su marido.

Una noche, cuando Laura y Juan comían, sonó el teléfono. Juan atendió la llamada, y regresó a la mesa sonriendo.

—Es Chester, el editor. Apuesto diez a uno a que quiere ofrecerte tu antiguo trabajo. ¡Dile que sí! ¡Chester Davis! ¡Su antiguo trabajo! Aquello sólo hizo latir apresuradamente el corazón de Laura.

—¿Es Chester?—interrogó incrédula en el aparato.

—En persona—le repuso la conocida voz del editor.—Quería saber si respirabas todavía.

—¿Respirar?—
—Sí... ¿Acaso no quita el aire tanta felicidad conyugal?

—Bien... ¿Quieres explicarte?

—Lo que pasa es lo siguiente. Ellen Duffy, que tomó tu lugar, se ha casado y va a pasar una luna de miel por tiempo indefinido a Italia. Pensé en ti. ¿Quieres venir a mi lado otra vez?

—¡Oh, Chester! ¡Cuánto me gustaría!

—¡Magnífico! Eso quería que me dieras. El trabajo es tuyo. Tendrás la misma mesa, la misma máquina...

—¡Si pudiera aceptar!

—¿Por qué no has de poder?

—Las niñas...

—¿Busca una niñera!

—¡Oh, nadie podrá cuidarlos como yo!

—Bien, Laura, ese punto no puedo discutirlo. Has de decidir por ti misma.

—¿Me alegraría tanto volver!

—¿Ves que pensé en ti en seguida. De todos modos... Bueno, avisame tu decisión luego.

Laura colgó, con lágrimas en los ojos. Se reunió a su esposo. Juan interrogó vivamente:

—¿Al trabajo otra vez?

Movió ella en sentido negativo la cabeza.

—¿Por qué no?

¿Por qué le preguntaba Juan el motivo? Debía saberlo, darse cuenta...

—Bien sabes que no puedo aceptar.

—¿Las niñas?

El no pudo evitar cierto tono burlón. Ella repuso con énfasis:

—Si tuve hijos fué para criarlos y cuidarlos.

—Estaría bien eso, si te quedara tiempo para otras cosas.

—No podría entregarlos a nadie. No tengo confianza en nadie para que las cuiden.

—¿Por qué no?

¿Qué pensaría su esposo de los deberes maternos?, pensó Laura irritada y adolorida.

—Honradamente—siguió Juan—creo que sería una gran cosa que volvieras al trabajo.

Laura, sin responder, salió al portal y se echó en la mecedora. Juan la siguió, y quedó de pie a su lado.

—Oye, Laura. Deseo que vayas a la ciudad a hablar con el editor...

—¿Dejando a las niñas con Edda?

Ignoró él la pregunta. Continuó:

—Creo que si vas a la oficina y respiras otra vez el olor a tinta y ves a los viejos compañeros...

—No, gracias,—cortó ella.—Permaneceré aquí muy tranquila. Te ruego no insistas más.

—Está bien. Tú mandas—dijo; y dudó un momento antes de añadir con leve titubeo:—Si vas a quedarte en casa, iré a jugar un rato a casa de Dave Wheeler.

—Me quedo.

—Regresaré temprano.

Fué en busca del sombrero. Salió de nuevo, la besó, y bajó la escalinata.

Cuando lo vió irse, Laura se sintió horriblemente defraudada. El sabía que toda su alma la impulsaba a aceptar de nuevo la labor en la revista; y en lugar de ponerse de parte de sus con-

vicciones para hacerle más fácil el sacrificio, le aconsejaba aceptar. Algunas veces sintió un vago odio contra su esposo; y entonces aquella sensación fue casi definida.

Se fué a la cama pensando que mientras ella se desesperaba, él salía a divertirse. Un poco de llanto suavizó sus ideas. Consideró que acaso estaba confirmando lo que Juan le había dicho: se estaba tornando agria. ¿Por qué tomar a ofensa las opiniones de su esposo? ¿No había ella misma pensado a veces que toda la labor de una mujer en la vida no podía reducirse a criar hijos? Poco a poco sintió renacer su firme afecto por Juan. Por primera vez en muchos meses estuvo desvelada. Consideró que pudiera reflexionar ampliamente sobre la oferta de Chester Davis. Un impulso la hizo levantarse e ir al teléfono. Llamó a Dave Wheeler.

—¿Es Dave? Te habla Laura. ¿Está Juan ahí?

—¿Juan? No está aquí. No ha venido hoy... ¿Qué tal las mellizas?

—Bien... Gracias.

—Pronto iré a verlas.

Laura colgó. Juan le había dicho claramente que iría a jugar con Dave... ¿Estaría con Lou Allison?

Lou misma salió al teléfono. (Continúa en la Pág. 62)



—¿Pasarme todo el día lejos de las niñas?

—Sería magnífico para ti. No tienes idea de lo agria que te estás poniendo.

Dominó ella difícilmente las lágrimas; dijo con frialdad:

—No podemos discutir. Si no comprendes que el primer deber mío son mis hijas, nada podemos decirnos.

—¡Atiza! —murmuró Juan.—Ellas están saludables, fuertes, robustas... Eso no hay que verlo mucho para saberlo... No creo que haya razón para que si de- seas volver a tu labor, no lo ha- zas.

León BORJES

HABÍA de ser esta semana que ya termina decisiva para la política española según los grupos coaligados contra el Gobierno. No podría pasar de ella, de acuerdo con los presagios y vaticinios de los opositoristas. Ni un día más esta política nefasta—es el ritornelo que ellos emplean—que casualmente disfruta, repitámoslo una vez más, del beneplácito del primer magistrado de la nación y del unánime consenso de la opinión pública española.

Pero ha ocurrido lo que tenía que suceder. Que el Gobierno ha contado holgadamente con los votos para aplicar la "guillotina" a los últimos artículos del proyecto de ley sobre Confesiones y Congregaciones religiosas y para la aprobación definitiva de esta ley. Ahora el líder de Acción Popular, el partido católico o jesuítico, ha declarado que la ley será desobedecida y por tanto será difícil su ejecución. Algún derecho hay que dejarles ejercer

cuando ya es un hecho la propuesta del Gobierno en tal materia. ¿Patalean? Es que el Gobierno cabalga.

La aprobación de esta ley, que ha tenido votos y no escasos de las mismas minorías que practican la obstrucción en el Parla-



MADRID.—Uno de los departamentos de la Exposición Escolar Checoslovaca, inaugurada recientemente en la capital de España.

(Fotos CARTELES).

y los deje incorporados a la nueva estructura del país, al orden republicano que el pueblo ha querido darse.

El presidente de la República ha marchado unos días a descansar al campo. Prueba de que no son inmediatos acontecimientos políticos importantes. Veremos qué nueva "bomba" colocan en el hemisclio los opositoristas la semana venidera...

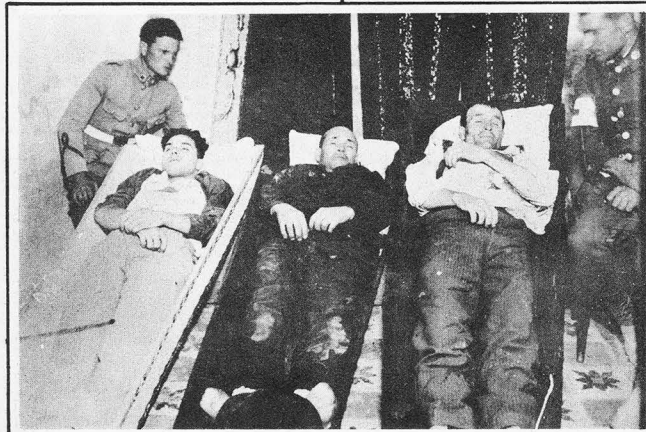
*

Madrid durante sus fiestas de San Isidro ha ofrecido el espectáculo de siempre. Animación, forastero, tranquilidad de pueblo que se siente gobernado y no contra sus gustos precisamente. La política es la que todo lo envenena. Las más de las veces como ahora, sin justificación y sólo por pleitear personalismos y tiquis miquis, que ya se ve lo que inquietan a la opinión. Absolutamente nada. Una vuelta por las calles de Madrid convence a cualquiera de la triste misión de estos hombres movidos por móviles bastardos, de politiquero menudo,

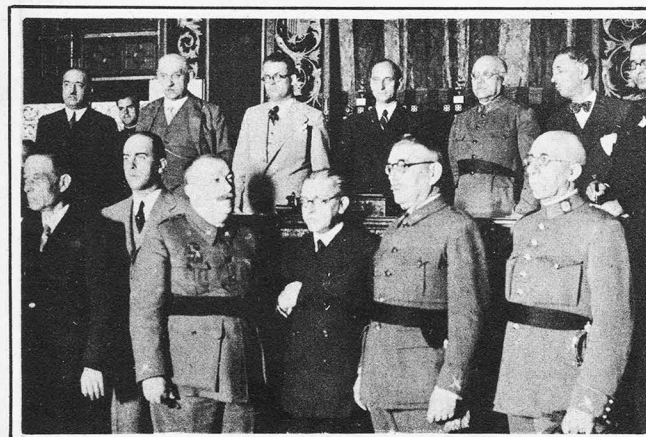
(Continúa en la Pág. 45)



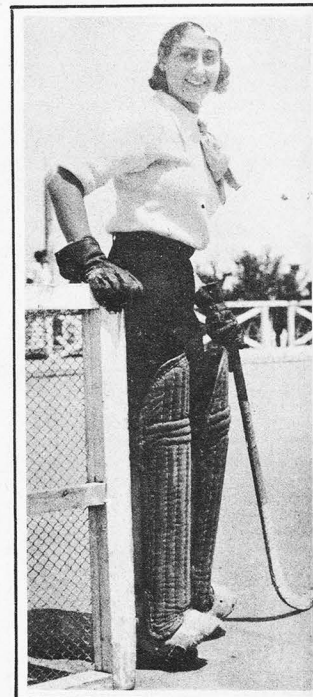
BERMEO.—El presidente de la República española, don Niceto ALCALA ZAMORA, rodeado de pequeños en la inauguración de la Casa del Niño.



JATIBA.—Tres infortunados obreros muertos por la guardia civil durante la huelga. Con motivo de los trágicos sucesos en que ocurrieron estas muertes han sido procesados un teniente de la guardia civil y tres números.

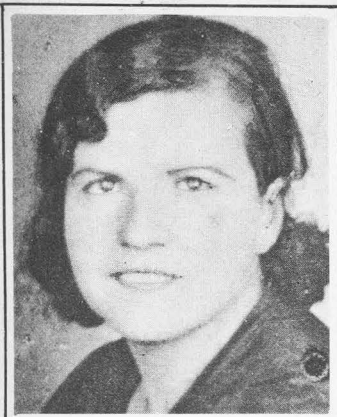


BARCELONA.—Acto de constitución de la Junta de Seguridad de Cataluña, celebrado en el salón de sesiones de la Generalidad bajo la presidencia del señor CASARES QUIROGA, ministro de la Gobernación. En primer término, al centro, don José ORIOL ANGUERA DE SOJO, ex presidente de la Audiencia de Cataluña, ex gobernador de Barcelona, que acaba de ser nombrado fiscal general de la República.

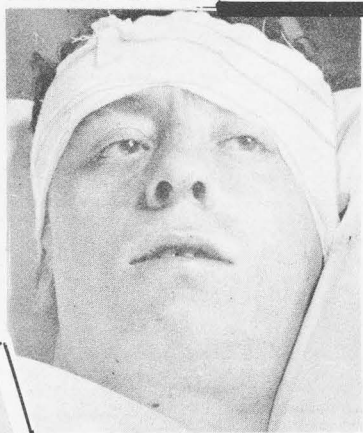


BARCELONA.—La señorita guardameta del equipo de "hockey" sobre patines de la Unión Universitaria, que celebró un reñido encuentro con el equipo del Cataluña.

ACTUALIDAD Española



Pepita PAREDES JUAREZ, herida a tiros por la Policía durante el suceso. La señorita Paredes llevaba en un capazo las bombas que se arrojaron contra la Policía.



José PASTOR, agente de vigilancia, herido en la explosión de una de las bombas.



Paciano UCIEDA, agente de la 1ª brigada, que sufrió graves heridas al estallar a sus pies una bomba.

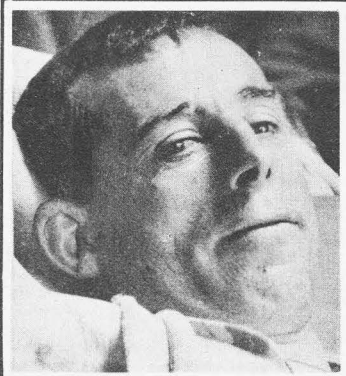


Francisco JUARROS MARTÍN, muerto por la explosión de una bomba al ir a registrar a un grupo.

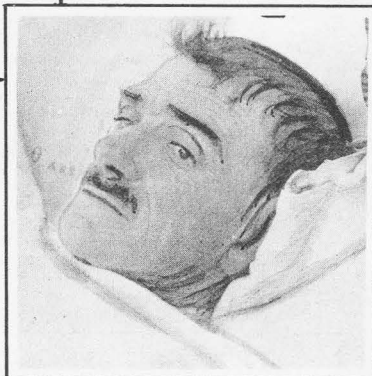


Alfonso LINARES, agente de la 1ª brigada, que resultó herido de metralla al arrojarle una bomba uno de los componentes de un grupo al que iban a registrar.

BIENOTECOA
RESERVA



Fernando SANCHEZ, anarquista herido en la lucha contra la Policía.



Luis BREGEL, anarquista muerto en el tiroteo de la calle de Alcala.

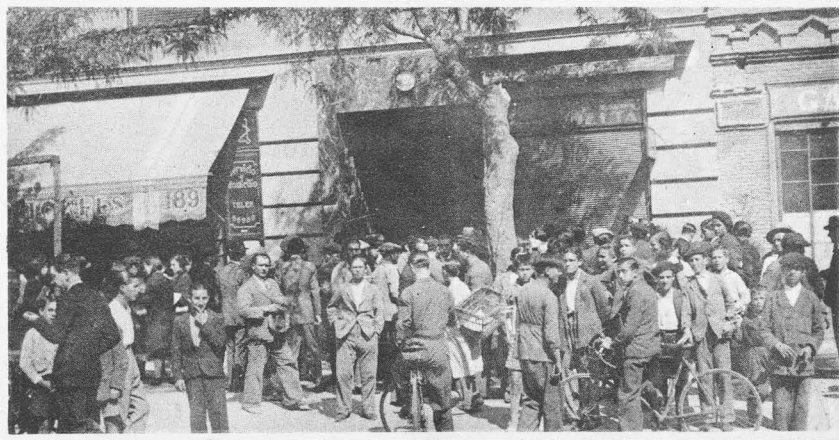
(Fotos CARTELES).

Alberto SERRANO, anarquista herido por la Policía.



Valentín SORIA, que murió a consecuencia de las heridas recibidas en el tiroteo.

LOS TRAGICOS SUCESOS DE LA CALLE DE ALCALA. — El público reunido frente al lugar del suceso, inmediatamente después de las explosiones y el tiroteo.



El Testamento del Gran Duque Alejandro

Por C. G. Poore

Versión de Antonio Soto Paz

NO volverán más, los viejos caballeros de bellos modales", escribió Ezra Pound en "Personae". No volverán, y de Rusia menos. El nuevo cielo de los dinamitos defecados no incubaba grandes señores. Los supervivientes del viejo señorío, generalmente no han hallado satisfactorio el clima de nuestra época. Pero en este donoso testamento que es el último libro del gran duque, se demuestra que el hombre que podía mandar la Marina imperial, pudo reunir también el valor necesario para hundirse en un mundo nuevo cuando sus buques yacían en el fondo del Mar Negro. Y que pudo disfrutar lo mejor de esa nueva existencia, sin suspirar por la felicidad del pasado o protestar de las barbaridades del presente.

El gran duque tiene una espléndida franqueza al hablarnos de sí mismo, cosa que no todos los días se encuentra. En este libro nos relata sus aventuras desde la guerra. En él nos habla del rey Jorge, de Inglaterra, su primo, y del arriivista Lowenstein, que quería pagarle \$2,000 semanales para que firmara invitaciones: "Alfred Löwenstein, per Alexander, gran duc de Russie" Conoció a Ivar Kreuger, de quien dice: "Me niego a creer que fuera nada más que un estafador". Vió a Henry Ford en Dearborn, y después de su conversación con él, resumió sus impresiones en un capítulo encabezado así: "Potsdam, U. S. A."

La creencia de que los Soviets estén destinados al fracaso le parece ilusoria al gran duque. No quiso asociarse al imperio fantástico que rigió su sobrino con el título de "Emperador Cirilo de todas las Rusias", desde una aldea de la costa rocosa de Bretaña: "Mis cincuenta años de gran ducal esclavitud, miseria, terror y caos, han pasado". Cuando escribe sobre sus problemas amorosos, lo hace con irónico candor. Y también es irónico cuando piensa que sería interesante para un gran duque escribir sobre un gran duque, cosa que generalmente se deja a escritores de menor prosapia. Cuando trató de ver a Woodrow Wilson y Balfour, durante la pantomima de Versalles, el general Dawes le dijo: "No trate de ver jamás a los grandes. No le recibirán; los hombres caídos no les sirven." "Es que el gran duque, que había sido aclamado el año anterior por un público encantado, resultaba ahora "testimonio de cosas perdidas y de oportunidades derrochadas", en la Rusia que Lenin acababa de hacer añicos.

Este libro, "un registro de valores redimidos", lo concluyó Alejandro poco antes de morir, a principios de este año. Su autor quiso titularle "La Reconquista". Pero sus editores, pensaron que sería mucho mejor completar la frase no terminada en el título de su primer libro. Aparentemente, se sentía como el hombre que espera a que caiga el otro zapato sobre el piso. En cualquier forma

Muy pocas semanas antes de fallecer, el gran duque Alejandro de Rusia, publicaba un libro autobiográfico, que se puede considerar como su testamento: "Always a Grand Duke". "Siempre un Gran Duque", titularon estas "Memorias" sus editores. Y en efecto, como se puede observar por el extracto que de estas páginas íntimas, se hace en el artículo que hoy insertamos, Alejandro Romanoff, fué siempre, en los días de esplendor como en los años de miseria, un gran señor, una fascinante personalidad, que contempló al mundo, a los hombres e incidentes de la vida, con amable comprensión y un maravilloso sentido humorístico de la realidad, aun en los instantes más trágicos.

el gran duque encontró un lugar donde los títulos importaban aún.

De un personaje de tal categoría debe escribir sobre la vida privada de la realeza; ese es su material, tan inevitable como el mar para Conrad, a pesar de sus protestas contra tal teoría. Y de eso está repleto el libro. El capítulo "Dos Hermanas" contiene un doble retrato de la reina viuda de Rusia, que fué la simpática suegra del gran duque, y de la reina Alejandra inspirado en una íntima asociación con ambas. Hay relatos de lo que decía el príncipe de Gales cuando era niño y una narración sobre la intervención del gran duque con Francisco José, en favor del trágico "John Orth". Anastasia, la de Long Island, "esa extraña polaca", es tocada en una o dos melancólicas referencias. Los disgustos del rey Eduardo con su familia, aparecen en alusiones e incidentalmente.

Sus conferencias en los Estados Unidos, produjeron a veces protestas. Por ejemplo, cuando se le

pidió que hablara sobre el Plan Quinquenal en el Club del Ejército y la Armada:

"Les describí como mejor pude los ilimitados recursos de Rusia, y expresé que no tenía la menor duda que el Plan de los cinco años triunfaría. Y agregué: tardará un año o dos más, pero a la larga no sólo el plan triunfará sino que tendrá que ser seguido por otro Plan, probablemente de diez o de quince años. Rusia no tolerará ser de nuevo el vertedero del mundo. Ni tampoco volverá a depender de ninguna potencia extranjera para el desarrollo de sus riquezas naturales

Los zares no hubieran llevado a cabo nunca una tarea de tal magnitud, porque su perspectiva estaba nublada por múltiples escrúpulos diplomáticos y de otro género. Los gobernantes actuales de Rusia son realistas. Son hombres sin escrúpulos en el sentido que lo fué Pedro el Grande. Se hallan tan desprovistos de escrúpulos como vuestros reyes ferrocarrileros lo estaban hace cin-

uenta años y vuestros banqueros lo están hoy, con la única diferencia de que hay más honradez personal y más desinterés en Rusia".

Cuando Alejandro terminó su conferencia, y se sentó, un hombre que estaba a su lado, "descendiente de un famoso magnate ferroviario y director a su vez de varias corporaciones financieras", exclamó, "con aire de profundo disgusto": "Extrañas palabras en un hombre cuyos hermanos fueron asesinados por los bolcheviques". A lo cual respondió el gran duque: "Tiene usted razón. Pero nosotros, los Romanoff, somos una extraña familia. El más grande de todos (*) mató a su propio hijo, porque éste trató de poner obstáculos a su plan quinquenal".

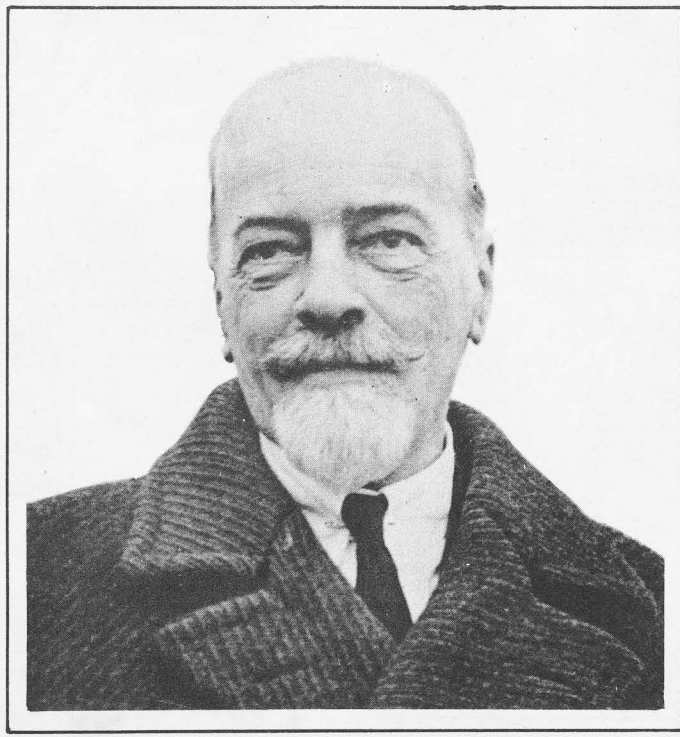
El gran duque observa que "nada me subleva más que el espectáculo de un exilado ruso que tolera que su sed de venganza nuble su espíritu de orgullo nacional". Y en cuanto a los soviets, dice: "Es cierto que mataron a mis tres hermanos, pero no lo es menos que salvaron a Rusia de convertirse en un Estado vasallo de los aliados".

Un secretario que "tenía el irritante hábito de citar proverbios franceses con aire de hombre que expresa la última voluntad y el testamento del Altísimo" le fué útil al gran duque en muchos de sus viajes. No siempre, sin embargo. "¿Puede usted decirme dónde se consigue aquí una botella de "brandy" bueno?", fué la pregunta que le hizo a un sacerdote en cuya iglesia iba el gran duque a pronunciar una conferencia. Y en la temporada que fueron huéspedes del oscuro emperador de Etiopía, el secretario no brilló tampoco con todo el brillo. Por ejemplo, se fué allá con un cargamento de píldoras para protegerse de la brujería de los negros africanos. Y luego no supo estar a la altura de su misión y de la que le había encomendado la Liga de Naciones, viéndose comprometido también seriamente en algunos complots en Jerusalén.

Esta parte del libro es muy divertida. "Una mañana—para ser exactos, nuestra centésima vigésimoquinta mañana en Etiopía"—el gran duque y su secretario, fueron invitados a comer con Zauditu, la Divina, hija del más grande emperador de Etiopía, Menelik II, y tía del actual emperador Ras Tafari. "Por primera vez en la historia de los descendientes de la reina de Saba, una emperatriz de Abisinia se disponía a compartir su mesa con extranjeros". Los huéspedes acudieron a la invitación y los instantes que disfrutaron fueron inolvidables. Después de la comida inspeccionaron los leones domesticados de Su Majestad, que con tigres y panteras

(Continúa en la Pág. 62)

(*) Pedro el Grande, que dió muerte a su hijo, el zarevitch Alejo, porque éste se oponía a sus reformas.



REPÚBLICA



FLORIDA. — Miss BASKET BALL 1933 y su Corte de Amor formada por las señoritas Coralina CARDET, Olimpia FERNANDEZ, Soña BARRERO y María ROMERO. Miss Basket Ball, vencedora en el concurso organizado por los Clubs Atlético y los Quince, es la señorita Madalena Vitter. (Foto Ribas).



CENTRAL DELICIAS—Marina LORENZO, huérfana adolescente que se suicidó rociándose la ropa con alcohol y prendiéndola fuego. Su muerte produjo honda pena en este central. (Foto Mateo).



BAYAMO. — Señorita Olga ZAYAS BAZAN MASO, que a los 11 años de edad ha obtenido mención honorífica y sobresaliente en sus exámenes de quinto año de piano. (Foto La Nueca Mexicana).



CARDENAS.—Grupo de jóvenes que concurren a la Primera Exposición de Trabajos Mecanográficos celebrada en Cardenas con éxito brillante. Los trabajos expuestos en Cardenas fueron remitidos a la Exposición Internacional que se prepara en los Estados Unidos. (Foto Godknous).



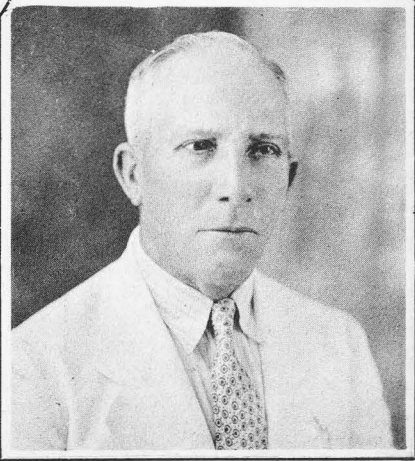
JATIBONICO.—Armando G. ELIAS ANSLEY, agente de CARTELES en Jatibonico, que ha sido electo presidente de la Junta de Educación de esta localidad. (Foto Carnet).

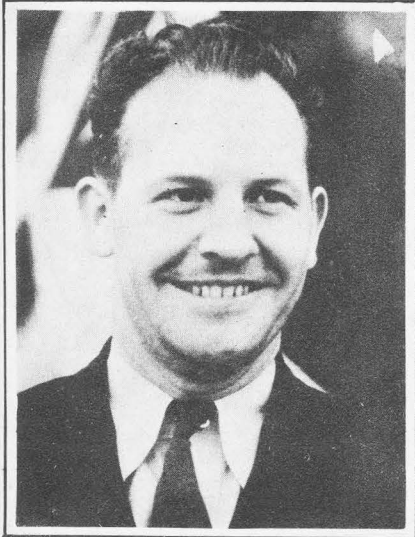
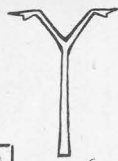
TE FELICITO ELIAS.



SANTIAGO DE CUBA.—Alumnos del Colegio "José Martí" realizando ejercicios calisténicos en Cuabitas. (Foto Amateur).

SAN LUIS Oriente. — Señor Manuel RODRIGUEZ FORMEZA, nuevo alcalde de esta ciudad, que tomó posesión de su cargo el día 14 del pasado. Apoyado por el partido conservador, Rodriguez Formeza derrotó en las elecciones al candidato gubernamental. (Foto Godknous).





Francisco CONTRERAS, notable escritor chileno, fallecido recientemente. (Grabado de Gallien).

MATERN EN MOSCÚ.—J i m m i e MATERN, famoso aviador norteamericano, héroe del vuelo de los Estados Unidos a Rusia, ha realizado triunfalmente las dos primeras etapas de su periplo solitario, mientras el mundo le creía perdido; Matern aterrizó cerca de Oslo (Noruega), t o m o combustible y continuó volando hasta Moscú.



S. S. el Papa Pío XI, que ha excomulgado al Gobierno español por medio de la encíclica "Dilectissimi nobis", en réplica a la ley de Congregaciones Religiosas. (Foto Oficial).



Jorge MANACH, nuestro ilustre compañero, cuyo libro "Martí, el Apóstol", ha sido objeto de elogios cálidos por parte de la mejor crítica española. (Foto Godknows).



Sir John Joyce BROWDERICK, ex ministro de Su Majestad Británica en Cuba, que acaba de fallecer en Inglaterra. (Foto Pegudo).



Doctor Francisco SANCHEZ CURBELO, figura ilustre de la masonería cubana, médico distinguido, secretario general de la Cruz Roja, que falleció el viernes pasado. (Foto Godknows).



Alumnas del colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús que comulgaron por primera vez el domingo pasado. (Foto Pegudo).

FELISA HERRERO

viene LA HABANA

Felisa Herrero, la más alta figura del teatro lírico español de hoy, viene a La Habana. Dentro de breves días, acaso, llegará a esta capital encabezando la compañía de zarzuela española con la que ha recorrido en triunfo todo el continente, desde Buenos Aires hasta las Antillas.

Felisa Herrero es hoy la representante más cualificada de aquella escuela de cantantes y actrices que produjo a Carlota Millanes, a Emilia Iglestias, a Amparo Romo y que culminó en aquella gran Ojelia Nieto, muerta en la plenitud de su arte y de sus facultades.

Aplaudida por el público, elogiada por la crítica, mimada de libretistas y de músicos que han escrito especialmente para ella muchas de sus producciones más recientes, Felisa Herrero trae a La Habana una de aquellas grandes compañías de zarzuela que hicieron las delicias de nuestros padres en los días brillantes de "Albisu". Su repertorio contiene las últimas obras de los herederos de Vives, de Serrano y de Luna. Y junta a ellas, las joyas del repertorio antiguo y los mejores triunfos del último decenio.



Carmen ANTONINI, notable primera tiple dramática de la Compañía Herrero.
(Foto Bizio).



José María AGUILAR, notable barítono de la Compañía Herrero.
(Foto Lechón).



Delfín PULIDO, notable tenor de la Compañía Herrero.
(Foto Ferrí).



Carmen MAIQUEZ, notable primera tiple cómica de la Compañía Herrero.
(Foto Saus).



Fernando VALLEJO, el famoso actor cómico español, que dirige la Compañía Herrero.
(Foto Godknows).



Felisa HERRERO, la famosa primera tiple cantante española que llegará en breve a La Habana al frente de su compañía de zarzuela.
(Foto Montero).



*A mi isla traído
con un beso*

RUTINARIO y NOVELERO.

PAR U. NO QUE LO VIO

EXTRAÑARÁ, sin duda alguna, la afirmación que vamos a hacer: el cubano es rutinario y novelero. ¿Cómo pueden encontrarse en un mismo individuo o pueblo tan distintas y contradictorias peculiaridades de carácter?

Es rutina la "costumbre inveterada de hacer las cosas por mera práctica y sin razonarlas"; y novelería "la afición o inclinación a novedades".

¿Quién que es rutinario puede ser al mismo tiempo novelero?... El cubano.

Nuestra indolencia y apatía; nuestra característica de no profundizar en los asuntos ni estudiarlos con atención y detenimiento, sino sólo superficialmente, guiándonos por las señales aparentes y externas, sin buscar los antecedentes y las causas; el hábito de vivir al día realizando el menor esfuerzo posible aunque obtengamos resultados muy inferiores a los que sabemos alcanzaríamos con más intensa, metódica y perseverante labor; la falta de preparación y sobra de improvisación para toda clase de trabajos, oficios y menesteres; todo ello ha contribuido fatalmente a hacer de la rutina una de las peculiaridades del carácter criollo.

Enrique José Varona en su crítica a un discurso del Dr. Johnson en la Universidad, el año 1888, dice en la *Revista Cubana* del mes de octubre de ese año:

"El cubano comprende fácilmente la materia que estudia, pero no se esfuerza por pasar de la superficie; nada le es más extraño que ese espíritu que atribuye Kant a los alemanes y que llamó espíritu de profundidad (*Geist der Gründlichkeit*). A donde no llega, por la observación, la experiencia o la crítica, quiere llegar y cree llegar por la imaginación. Así se ve que escribimos de historia, sin documentos; de política, sin estadísticas; de antropología sin haber cubado jamás un cráneo, ni haber visto quizás un goniómetro. Mentalmente activo, inquieto, curioso de saber, amigo de novedades, se conforma sin embargo el cubano con una tintura de los conocimientos más generales y a veces le basta con poder aparentar que tiene esa tintura. Por eso aquí se estudia de todo y a fondo casi no se sabe de nada".

Esta rutina, llevada a todos los órdenes de la vida es causa del estancamiento que hemos padecido tanto durante la Colonia como en la República; estancamiento en la industria, la agricultura, el comercio, la política, la administración; repercutiendo, desde luego, en las costumbres privadas y públicas.

Entre otras causas, por la rutina hemos circunscrito casi a una—el azúcar—las fuentes de riqueza nacionales. Y despreciamos el cultivo o la industria de otros innumerables artículos que la feracidad de nuestro suelo podría colocar en no despreciable lugar como medios productivos de ocupación y vida para la población del país.

Pero nuestra rutina llega al extremo de llevarla también a esa nuestra máxima fuente de riqueza. En 1913 publicó en *Cuba Contemporánea* un notable estudio el Sr. Javier Resines, experto en materias azucareras, no sólo de Cuba, sino también de Europa, Java y Egipto, titulado *La rutina en la industria azucarera*. En ese valioso trabajo se hacen resaltar los daños incalculables que al progreso de esa industria ha producido la incurable rutina de hacendados, colonos y gobernantes. Y lo mismo, dice, ocurre, con el tabaco: "Cuba vive casi exclusivamente de dos productos agrícolas, y ambos necesitan imprescindiblemente del concurso de la química. Y es la química lo que puede decirse que no existe en esta República, en su aplicación a las industrias agrícolas... La obtención de los cristales sacarinos es una operación esencialmente química. Y esa operación química, que es la primordial para Cuba, porque de ella depende la vida del

cubano, casi no se enseña oficialmente en este país. No puede atribuirse el mal que señalamos a este o al otro individuo, ni a este o al otro gobierno o partido político. Todos, individual y colectivamente, son culpables de negligencia inexcusable; y el resultado es el atraso en que vivimos: la rutina imperante".

Son los dueños yanquis de los centrales azucareros los que han venido a poner en parte remedio a esta dolerosa situación, llevándose, como es natural, las utilidades de esas innovaciones, implantadas contra la resistencia o la desidia del campesino y del hacendado criollos.

Los sistemas comerciales de los productores e industriales cubanos son económicamente desastrosos por la rutina e improvisación. De manera elocuentemente gráfica lo pinta Resines. "La cuenta más importante para el hacendado—dice—es: *¿A cómo está el mercado?* Si la respuesta es: *por encima de cuatro reales y medio*, él sabe que ha hecho su fortuna, sea cualquiera la cantidad de azúcar que se haya quemado o tirado a los campos. Pero si el mercado está *por debajo de cuatro*, se encuentra arruinado. Es un juego de lotería la fabricación del azúcar en Cuba; y como no es negocio que esté basado—como todas las empresas industriales hoy en día—en el costo de la materia prima sumado al de elaboración y al interés de los capitales invertidos, aumentados en la amortización de las maquinarias, el fabricante de azúcar no está interesado en *producir lo más barato posible, sino en vender al precio máximo*. Por ello se compra la caña *al peso*; por ello se trabaja en los ingenios *para moler cantidad*; y por ello a la larga suele venir la ruina de los hacendados. Todos los dueños de ingenios saben bien que sería insensato comprar monedas acufadas encerradas en un saco, *atendiendo solamente al peso*. Sin embargo, todos ellos (creemos que las excepciones son nones y no llegan a tres) compran la caña sin otro reconocimiento que el *de la romana*; y pagan... *lo mismo por caña que por leña*". Pormenoriza después en su trabajo el Sr. Resines los mil y uno desastrosos procedimientos rutinarios, y por ello antieconómicos, que utilizan en su negocio los hacendados cubanos, refractarios siempre a toda innovación, a todo estudio y cálculo, consagrados exclusivamente a sacarle a la caña lo que dé, siempre que sea con poco trabajo y se gane. A la hora de verse obligados a calcular, a consecuencia de las mermas sufridas en los años malos, nunca será para lograr producir más y mejor, ni para buscar las causas de la crisis y sus remedios, sino que las medidas que tomarán se concretarán a... reducirle el jornal a los trabajadores e importar braceros baratos de Jamaica y Haití, favoreciendo así al capitalista extranjero explotador del trabajador nativo o extranjero residente.

Esta rutina criolla en los negocios la hemos heredado de nuestros progenitores españoles. El comerciante e industrial español jamás ha hecho estudios sobre su negocio. Compra, a lo más barato que esté en el mercado de que habitualmente se surte, sin tratar de enterarse si existen otros mercados mejores; vende, a lo más cara que crea va a pagar el cliente, y no a precio fijo sino a regateo y según a que clase social pertenezca el comprador. Es en los años últimos que con la influencia del comercio yanqui han adoptado algunos comerciantes españoles el precio fijo, pero ese, fuera de cálculo meditado y completo, sino a *ojo de buen cubero*; no olvidando, desde luego, el comerciante la *vineza* de darle al cliente menor peso o medida; ni el cliente, la compensación que cree tener con las rebajas, *contras*, y cuentas al fiado hechas con la remota esperanza de no pagar o pagar lo más tarde posible.

Si de la esfera de los negocios pasamos a las de la política y administración, encontramos idéntica rutina: esa resistencia, pasiva unas veces, activa otras, a no hacer lo que no se ha hecho antes, a buscar siempre el precedente para realizar cualquier cosa o tomar cualquier medida. Hasta en las picardías, somos rutinarios. Muchos timos se realizan en la misma forma primitiva de la época colonial, y los atracos políticos apenas varían en su procedimiento, año tras año, aunque en los últimos tiempos se haya adelantado bastante, no en los sistemas, sino en la desvergüenza y el cinismo. Pero cada vez que se intenta progresar en alguna iniquidad política, sus autores tantean primero para constatar si no asusta demasiado la novedad y así van lentamente aumentando los grados del dolo hasta que el delito electoral o gubernativo queda consumado.

A hacer más perjudicial nuestra rutina en ese sentido contribuye el pernicioso ejemplo que nos legaron los gobernantes de la Metrópoli, consumados maestros en toda clase de atropellos, explotaciones, injusticias, abusos, despotismos... aunque debe confesarse que los discípulos criollos han salido demasiado aprovechados.

No menor rutinismo se observa en las costumbres privadas. Y ha sido necesario para romper con muchas de ellas la poderosa influencia de las necesidades económicas, y de la civilización contemporánea, difícilmente resistible esta última dada la situación geográfica de la Isla y la cada vez mayor multiplicidad de comunicaciones, y teniendo en cuenta también la avasalladora sugestión que en el criollo ejercen las modas en hábitos y costumbres sociales.

Para estas últimas, como igualmente para las picardías, según indicamos antes, si suele ser el criollo materia moldeable en cuanto a aceptar las novedades, sobre todo si son extranjeras; y por ello, aunque rutinario, es novelero.

Su vivaz imaginación, la preponderancia de sus cualidades afectivas y sistema nervioso, su exhibicionismo y superficialidad, su afán de vida cómoda y regalada conseguida mediante el *mínimum* de esfuerzo... lo conducen a la más exagerada novelería. Estudiando el Dr. Mario Guiral Moreno esta característica de nuestro pueblo en cierto trabajo publicado en el número de febrero de 1914 de *Cuba Contemporánea*, afirma que entre nosotros "cualquier moda, por extravagante y ridícula que sea; cualquier espectáculo, aunque su mérito resulte mediocre o carezca por completo de él; cualquier pasatiempo o costumbre que sea importado y resulte, por esta circunstancia, cosa nueva y desusada, tiene asegurado de antemano el éxito efímero que le proporciona un entusiasmo cuya intensidad está en relación inversa a su duración".

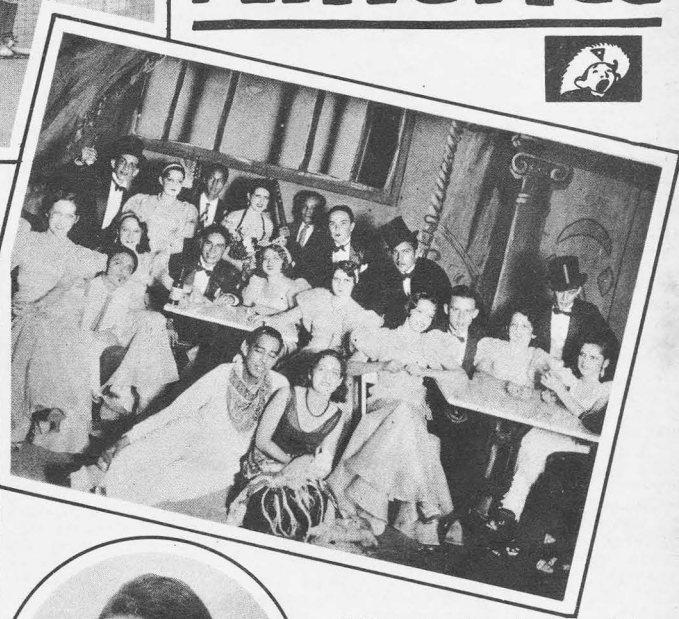
Eso sí, esta novelería no tiene aplicación a las cosas que requieran estudio, constancia, labor intensa, sino a las ligeras, superficiales y frívolas. En lo que se refiere a los negocios, ocurre entre nosotros que cuando alguna persona pone en práctica algo nuevo que conquista rápidamente el favor del público, en seguida le salen numerosos competidores, que fracasan todos, así como también algunas veces el iniciador, porque ni unos ni otros se han ocupado de estudiar y planear debidamente su comercio o su industria, y el éxito de la misma sólo dependió de la novelería del público. Es exacta la crítica de Guiral: "El furor—como galicanamente se denomina entre nosotros a ese colosal embullo por lo que está en boga, por todo lo nuevo,—que tan fácilmente se produce entre todas las clases sociales del pueblo cubano, puesto que la novelería no es patrimonio de ninguna de ellas, da lugar a que pronto decaiga y se extinga

(Continúa en la Pág. 50).

Notas de Hispano América



NICARAGUA.—Grupo de distinguidas jugadoras de tenis del Club Internacional de Managua.
(Foto Molina).



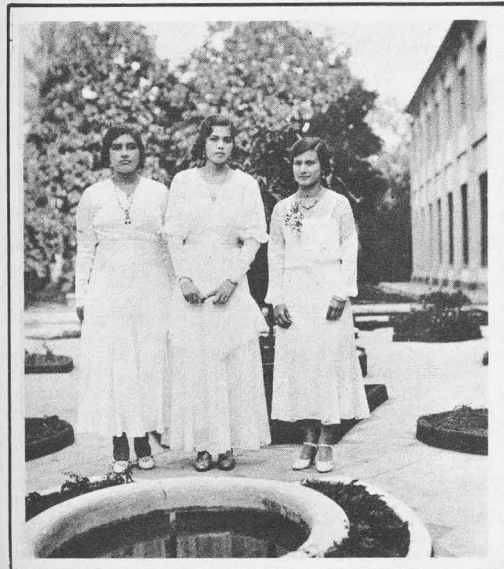
NICARAGUA.—Grupo de jóvenes de la sociedad de Managua que tomó parte en la velada a beneficio de los pobres de la capital.
(Foto Molina).



PUERTO RICO.—El Serteto del Tango, conjunto de jóvenes artistas que ha sabido ganarse las simpatías del público borinqueño con sus transmisiones desde la estación W. K. A. Q.
(Foto Godknows).



NICARAGUA.—María Augusta PEÑALBA, electa Reina del Tenis en un concurso celebrado por "La Nación", de Managua.
(Foto Molina).



MEXICO.—Concepción de VILLARREAL, notable poetisa mexicana que acaba de editar con éxito su libro "Musa Mestiza" en San Pedro, Coahuila.
(Foto Godknows).

EL SALVADOR.—Las señoritas Bertha RUIZ, Maruca RIVERA y Rosa SANTAMARIA, graduadas recientemente en la sección de economía doméstica del Instituto Bethania, en Santa Tecla.

SANTO DOMINGO.—Las "scout girls" de San Pedro Macoris listas para marchar en la parada del 27 de febrero.
(Foto Godknows).



Gráficas



Marianela BONET, bella y notable guitarrista, que ofreció con éxito un concierto de despedida en el Teatro Neptuno, el domingo pasado. (Foto Van Dyck).



LAS ELECCIONES DEL COLEGIO MEDICO.—El Dr. Ernesto R. de ARAGON, ilustre cirujano cuya elección para presidente del Colegio Médico de La Habana en las elecciones del sábado próximo, parece asegurada. El Dr. Aragón es el candidato de la juventud médica y de sus compañeros de cátedra.

EL FINAL DE CURSO EN LA ESCUELA 14.— Profesores, familiares y alumnos de la Escuela Pública N.º 14, de esta ciudad, que asistieron al acto de clausura del año escolar. (Foto Pegudo).



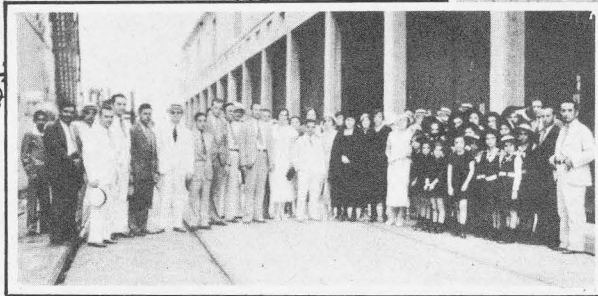
EL FINAL DE CURSO EN LA ESCUELA 14.— Los seis alumnos seleccionados de los que obtuvieron sobresaliente extraordinario en todas las semanas del año escolar, a los que se otorgó el premio "Beso de la Patria" por votación de sus condiscípulos: Aurelio FERNANDEZ, Dolores LOPEZ, Margarita GARCIA, Rosario FRANCO, Aristalia GONZALEZ y Pedro PEREZ. (Foto Pegudo).



UNA NUEVA "UNIVERSAL".— Concurrerentes a la fiesta ofrecida por el señor NAYLOR, director de la nueva Compañía de Películas "La Universal" S. A., con motivo de la fundación de dicha compañía. Al acto asistieron las principales figuras del giro de películas de La Habana. (Foto Pegudo).



SILVIO, notable caricaturista, que inaugurará este mes su primera exposición de caricaturas. (Foto Pegudo).



La señora Julia ROCHA viuda de IBASETA, rodeada de los familiares y amigos que acudieron a despedirla al embarcar para España, en viaje de recreo, a bordo del vapor "Reina del Pacifico". (Foto Godknous).

Actualidad NACIONAL



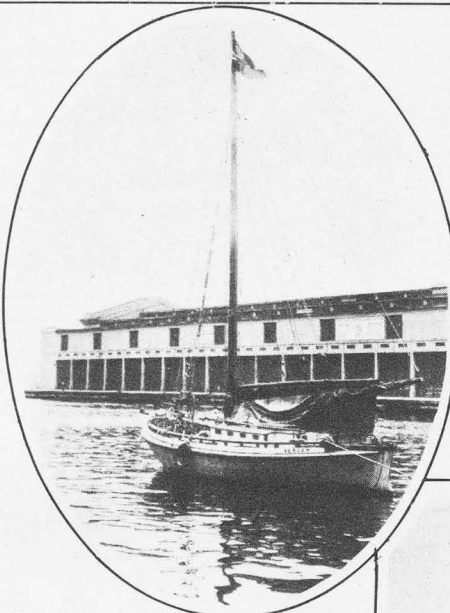
Geo MacMANUS, el famoso dibujante, creador de Pancho y Ramona, que visitó La Habana en viaje de vacaciones.



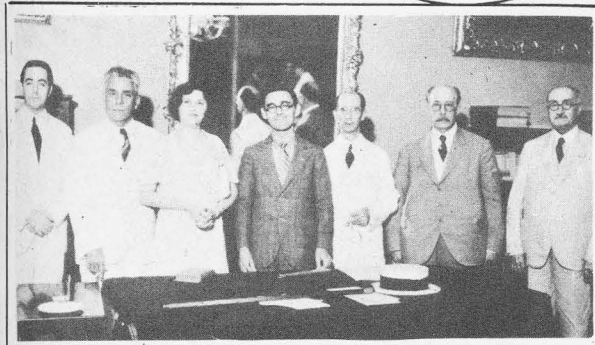
EL TÉ DE LA ALIANZA FEMINISTA. — Concurrieren al té ofrecido en los salones de "El Encanto" por la señora marquesa de Tiedra, presidente de la Alianza Nacional Feminista de Cuba.



DE NORUEGA A LA HABANA EN BOTE. — El bote "Mary Jane", en el cual han venido desde Noruega hasta Cuba los señores Alfonso Hausen y William Brucc. En el círculo: el valiente marino Alfonso HAUSEN.



LOS AMIGOS DE LA CULTURA FRANCESA. — El doctor Oscar JAIME rodeado de algunos de los concurrentes a la conferencia que ofreció en el Círculo de Amigos de la Cultura Francesa.



"LA CENICIENTA" EN EL AUDITORIUM. — Miembros de la Sociedad Infantil de Bellas Artes que interpretaron con éxito, en el Auditorium, el bello poema.



(Fotos Pegado).

TALLET EN LA CULTURA FRANCESA. — Nuestro querido compañero José Z. TALLET, el alto poeta, leyendo algunos de sus versos en el Círculo de Amigos de la Cultura Francesa, durante un recital de poesía cubana en el que tomaron parte también cuatro de nuestros poetas más vigorosos: Emilio Bellagas, Rogelio Pedroso, Nicolás Guillén y Ricardo Florit.



LA ESCUELA DEL MAESTRO VILLATE. — Concurrerán al acto inaugural de la exposición de trabajos artísticos realizados durante el curso por los alumnos de la Escuela Elemental de Artes y Oficios de la Fundación Villate.

RÍO DE ORO

El misterio del



SÍNTESIS DE LO ANTERIOR

Llamado a esclarecer los extraños sucesos de que es teatro la mansión de la Barre-y-va, en la aldea de Radicateel, cerca del Havre, el vizconde Raúl d'Avenac (ARSENIO LUPIN) se encuentra con que las propietarias de la misma, las jóvenes hermanas Bertranda y Catalina Montessieux, así como los criados Carlota y Arnold, son objeto de diversos atentados por parte de cierto misterioso personaje, que también parece haber sido el autor de las muertes del señor Guercin, el esposo de Bertranda; de un hijo de una anciana loca, la tía Vauchel, y de esta misma. Perseguido a riuo de un nuevo atentado por d'Avenac y un antiguo amigo de éste, el policía Béchoux, el audaz personaje logra escapar. D'Avenac, entonces, practica investigaciones cerca del notario de la familia, y pone en claro la existencia de una maquinación para despojar a Catalina, en beneficio de Bertranda, de aquella parte de la propiedad que es recorrida por el río Aurelle. D'Avenac demuestra que el autor de todo ha sido Guercin, el esposo de Bertranda, muerto de extraño modo. Y entonces surge como su posible asesino y autor de las otras muertes, un personaje que se cubre con un sombrero desmesurado y calza zuecos enormes. Este personaje hace a d'Avenac y a las dos hermanas objeto de un audaz atentado que fracasa, y cuando Lupin, después de perseguirlo y luchar con él logra capturarlo, el extraño sujeto se le escurre de entre las manos de un modo extraordinario y desaparece como si se lo tragara la tierra.

XI

ATRAPADO EN LA RED

DESPUÉS de dormir algunas horas, Raúl d'Avenac saltó del lecho, se vistió y volvió a las rocas del desfiladero. A fin de reconocer el lugar en que había tenido efecto la lucha de la noche anterior, había dejado allí su pañuelo. No lo encontró donde lo había colocado, sino un poco más lejos, con dos nudos (aun cuando podía afirmar que no le había hecho ninguno) y clavado en el tronco de un abeto con un puñal.

—Bueno,—se dijo:—me declaran la guerra. Ello quiere decir que se me tiene miedo. ¡Tanto mejor! Pero de todos modos, este señor X no carece de audacia... ¡Y qué maestría para escurrirse de entre las manos como una anguila!

Era esto, sobre todo, lo que interesaba a d'Avenac. Y aun le interesó más el resultado de sus observaciones. El lugar por donde se le había escapado su adversario, era una fisura natural, una especie de falla semejante a otras en que abundaba el montículo de granito. Aquella tendría a lo más de sesenta a ochenta centímetros de profundidad; pero era larga, y sobre todo, extremadamente estrecha. En su parte descendente, terminaba en una especie de gollote, tan exiguo que no se podía admitir que por allí hubiera pasado un hombre, y mucho menos que lo hubiera hecho cubierto con un sombrero más ancho que sus hombros y calzado con unos zuecos enormes. Y sin embargo, así había sido: no había más salida que aquella.

Por otra parte, la facultad de estirarse que probaba su increíble evasión, concordaba perfectamen-



te con la impresión de adelgazamiento que había experimentado Raúl al sentirlo disolverse, por decirlo así, entre sus dedos.

Catalina y Bertranda fueron a juntarse a él, trastornadas todavía por el incidente de la noche anterior. Una y otra le suplicaron a d'Avenac que adelantara la fecha de la partida de todos.

—¿Por qué? — interrogó él. —

—Por causa de ese trozo de roca?... —

—Desde luego,—respondió Bertranda.—Ha sido un atentado.

—No hay tal atentado, se lo aseguro. Acabo de inspeccionar el lugar, y les doy palabra de que ese trozo de roca se desprendió por sí solo. Ha sido una desgraciada casualidad y nada más.

—Bien; pero si usted trepó hasta arriba, es que debió ver algo...

—No vi nada,—volvió a afirmar d'Avenac.—Quise comprobar si había alguien y si la caída no había sido provocada. Mis investigaciones de anoche y de ahora no me dejan lugar a duda. Por otra parte, para preparar la caída de semejante trozo de roca, hace falta tiempo. Ahora bien: nadie podía imaginar que ustedes iban a dar ese paseo nocturno que, como bien lo saben, fué decidido en el último momento.

—Sí, pero todos saben que us-

—Ya no lo es,—declaró d'Avenac lentamente, con una seguridad que asombraba.—Salvo en algunos puntos, veo la verdad claramente.

—Entonces, ¿por qué no actúa?

—No puedo hacerlo más que en las fechas fijadas, y sólo en esas fechas me será posible echarle mano al señor X y suministrarles a ustedes cierta cantidad de polvo de oro.

Profetizaba con el tono ligero de un mago que se divertiera en intrigar y despistar. Les propuso:

—Estamos a 4 de septiembre: no quedan más que seis o siete días. ¿Quiéren tener un poco de paciencia? Mientras tanto, no pensemos más en esas cosas molestas y aprovechemos esta última semana de campo.

Y ellas tuvieron paciencia. Tenían momentos de fiebre y de inquietud; querellábanse a veces sin motivo aparente; seguían siendo, a los ojos de Raúl, incomprensibles y fantásticas, y por lo mismo, más atrayentes; pero no podían separarse, y sobre todo, no podían separarse de d'Avenac.

Aquellos últimos días fueron encantadores. Aun en la espera de un combate cuyas peripecias esforzábanse por adivinar, y preguntándose si tendría efecto an-

y el 9 de septiembre. A medida que se acercaba la fecha, Bertranda y Catalina lograban dominarse y compartir la tranquilidad de Raúl. Preparaban su equipaje, en tanto el señor Arnold y Carlota ponían en orden la mansión.

Por su parte, Teodoro Béchoux, complaciente, solía ayudar a Carlota. Como ésta quisiera ir a pasarse una semana con su familia, y Béchoux, que quería acompañarla, hablara de tomar el tren, Raúl obtuvo de las dos hermanas que recorrieran la Bretaña en automóvil con él. Durante ese tiempo, el criado prepararía el apartamento de París.

El 10 de septiembre, después de almorzar, Bertranda salió de la mansión y fué a la aldea para pagar las cuentas de los proveedores, y al regresar, vió primero a Raúl, que instalado en la barca, pescaba con caña, y después, a unos veinte metros, a la entrada del puente a Catalina que le miraba.

La joven viuda se sentó a unos veinte metros de la barca y se puso a mirarle, como su hermana D'Avenac se hallaba inclinado sobre el agua y no parecía ocuparse más que del corcho que se balanceaba. ¿Observaba algún espectáculo en el fondo del río, o hallábase absorto en alguna idea?

Raúl debió sentir que le observaban, porque volvió el rostro del lado de Catalina, sonriendo, y a



ted lo venía haciendo desde hacía muchas noches. No es a nosotras a quienes atacan, sino a usted, Raúl.

—No se preocupen por mí—respondió d'Avenac riendo.

—¡Oh, sí! No tiene usted derecho a exponerse y tampoco lo queremos nosotras.

Las dos daban muestras de espanto, y mientras se paseaban por el jardín, una y otra le asian del brazo y le rogaban:

—¡Vámonos! Le aseguramos que no nos causa ningún placer el quedarnos. Tenemos miedo: no sentimos más que lazos tendidos en torno nuestro... ¡Vámonos! ¿Por qué no quiere irse?

Al cabo, él respondió:

—¿Por qué? Porque la aventura está a punto de hallar su desenlace; porque la fecha de ello está irrevocablemente fijada, y porque es preciso que sepan cómo murió el señor Guercin y de dónde proviene el oro del abuelo de ustedes. ¿No es ese su deseo?

—Ciertamente—respondió Bertranda;—pero no es aquí solamente donde puede usted saberlo.

—Sólo aquí y en las fechas fijadas, que son el 12, o el 13 o el 14 de septiembre.

—¿Fijadas por quién? ¿Por usted... o por el otro?

—Ni por mí ni por él.

—¿Por quién, entonces?

—Por el destino... y ni siquiera éste puede cambiarlas.

—Pero, si tal es su convicción, ¿cómo es que el problema sigue siendo oscuro para usted?

Por Maurice Leblanc

Versión /// Núñez-Olano

Ilustración /// Galindo

tes o después de su partida, ambas lograban, bajo la influencia de Raúl, olvidarse de ello y disfrutar de la vida. Reían de cuando él decía, ligeras o graves, ardientes o lánguidas, y se dejaban llevar hacia él por impulsos cuya espontaneidad él sabía saborear.

A veces, en medio de sus efusiones amistosas, él se decía alegremente, sin descender demasiado al fondo de sí mismo:

—¡Diablo! Cada vez amo más a mis dos lindas amigas. Pero, ¿a cuál de las dos amo más? Al principio, era a Catalina; me daba lástima y me dediqué a ella sin cuidarme de lo que pudiera venir. Pero ahora me interesa Bertranda, más mujer y más coqueta. Un poco más y pierdo la cabeza.

En el fondo, quizá amaba a las dos, y amando a la una, tan pura y tan ingenua, y a la otra, tan atormentada y tan compleja, tal vez no amaba más que a una misma y única mujer que, bajo dos formas diferentes, era la mujer de la aventura a la cual consagraba todas sus fuerzas y todos sus pensamientos.

Así pasaron el 5, el 6, el 7, el 8

renglón seguido hizo lo mismo con Bertranda. Entonces las dos subieron a la barca.

—¿Estaba usted pensando, verdad?—preguntó una de las dos riendo.

—Sí,—respondió él.

—¿En cuál?

—En las dos. En verdad, no puedo separarlas a la una de la otra. ¿Cómo me las arreglaré para vivir sin las dos?

—¿Nos vamos mañana?

—Sí, mañana, 12 de septiembre, por la mañana. Esa vuelta por Bretaña es mi recompensa.

—Nos vamos... y no se ha resuelto nada,—dijo Bertranda.

—Todo está resuelto,—aseguró él.

Sobrevino un largo silencio. D'Avenac no pescaba nada, y por otra parte, tampoco había esperanza de que lo lograra, ya que en el río no había ningún pez; pero los tres contemplaban los movimientos del corcho. De cuando en cuando, cambiaban una frase, y en aquella feliz intimidad les sorprendió el crepúsculo.

(Continúa en la Pág. 54).

Prejuicio Religioso, Racial y Patriotero

Por Mariblanca Sabas Alomá

SI tomásemos la carta que mi desconocida amiga la Sra. Emilia H. de Probst hubo de dirigirme con fecha 16 de mayo, publicada en esta sección la semana pasada, y la exprimiésemos entre nuestras manos como si fuese una esponja, chorrearía un agua densa de prejuicios raciales, patrioteros y religiosos. Así lo evidencia, además del tono general, entre irónico y sarcástico, en que está escrita, el particular desdén con que se refiere a "mis hermanos los judíos" (entrecómilla la señora Probst), a "la judería", al "elemento judío causante de esa corrupción vergonzosa", etc. Yo no entrecómillo la palabra *hermanos* cuando llamo mis hermanos a los miembros dignos, trabajadores, inteligentes y aptos de la gran raza hebrea, cuyos sentimientos religiosos no comparto ni remotamente,—como no comparto en lo absoluto los sentimientos religiosos de ningún núcleo social,—pero respeto como es de rigor. Para sentir una profunda indignación ante el espectáculo salvaje que ofrecen actualmente en Alemania las hordas hitleristas, no es necesario pertenecer "a la judería", compartir los sentimientos religiosos "de la judería" ni inclinarse ante esos "motivos de mucho peso" a que la señora Probst hace maliciosa alusión en su carta anteriormente citada. Basta, simplemente, tener libre de prejuicios la conciencia y abierta el alma a todas las voces del amor, del dolor, de la simpatía y de la comprensión.

Sin prejuicios, pues, pero sí con el calor de una emoción auténtica y con el vivo deseo de contribuir en la medida de mis fuerzas a la defensa de una raza injustamente vejada, atropellada, humillada y escarnecida por un titere grotesco que por un azar de "la alta política" europea—¡tan pródiga en tipos de la categoría moral y mental de Adolfo Hitler!—rige hoy los destinos de Alemania, me dispongo a tejer algunos comentarios alrededor de la carta de la señora Probst. Comenzaré por decir, glosando el primer párrafo de la misma, que no es cierto que "según los periódicos", "yo pienso dar resonancia con mi palabra autorizada de escritora afamada y militante a la protesta de los judíos". Esa resonancia internacional se la ha dado a la protesta, no la voz de una escritora cubana que en este caso no tiene mayor importancia que la que le dan la sinceridad y la solidaridad en la pena, sino la justicia que la informa y la crueldad insolita y brutal que la origina. Mi voz, difundida en Cuba y en América y en Europa misma por la formidable circulación de CARTELES, no añade resonancia a la protesta aunque sí aporte energías y entusiasmos a la noble causa de la defensa de la raza judía. Los judíos—y los no judíos también—han sabido oír. CARTELES y yo estamos orgullosos y satisfechos, con la agradable satisfacción y el levantado orgullo que produce el cumplimiento del deber, máxime cuando este deber se ha cumpli-

do con auténtica y fecunda emoción. Nosotros quisimos, en primer término, que los judíos en desgracia sintieran el consuelo de nuestra simpatía cordial, el calor de nuestra palabra pura, levantada por sobre la realidad destructible de una acción persecutoria que coloca a los "nazis" en la misma línea jerárquica de los inquisidores del siglo XV. Por el testimonio múltiple de los hebreos sabemos que lo hemos logrado.

La señora Probst asegura, en el párrafo segundo de su carta, que "Hitler encarna el espíritu de una Alemania renaciente", y que no comprende que mi mente clara y sutil se haya dejado captar por la cursilería y el falso patetismo del manifiesto que publicaban los diarios el día fecha de su carta, 16 de mayo. En este párrafo está contenida la sospecha,—calificada y "ripostada" ya en el artículo de la semana anterior,—de que hayan sido "motivos de mucho peso" los que me hayan dictado las "Palabras a Gabriela Mistral". Es obvio que Hitler no encarna, ni con mucho, "el espíritu de una Alemania renaciente", pues ni llevado del fanatismo más apasionado puede nadie afirmar que la política dictatorial y reac-

cionista, francamente "fascista", y, por ende, definitivamente ligada a los intereses materiales del capitalismo y a los falsos valores morales de la burguesía patriotera, puesta en práctica por "el bello Adolfo" encarna el espíritu de la Alemania joven, dinámica, idealista y sólida cuyo auténtico renacentismo sojuzgan los "nazis". Hitler encarna, simplemente, el espíritu de una Alemania "capitalista, monárquica e imperialista, castigada como todas las viejas naciones europeas por todas las lacras de estas tres grandes calamidades de la Humanidad. La persecución, implacable y feroz, se realiza contra los hebreos,—a excepción, naturalmente, de los hebreos millonarios que, traidores a su raza, contribuyen fuertemente a la permanencia de Hitler en el poder—y contra los comunistas. En Alemania, como en todas partes del mundo, no debe ignorar esto la señora Probst, los comunistas encarnan "el espíritu renaciente", no de determinado país, sino de la Humanidad en general. Debo decir, de todos modos, que al calificar a Hitler no califico a los alemanes que no sigan su política. Ni siquiera a los que, como la señora

Probst, la siguen de lejos, en una especie de militancia pasiva, si vale la paradoja, digna de risueño respeto y de generosa consideración.

Yo no he dicho, por otra parte, que por las proverbialmente limpias calles de la capital de Alemania corran ríos de sangre pútrida de los semitas, ni se estancuen los ríos del gran país de Heine (¡tan judío y tan alemán!) con los cadáveres de ancianos, mujeres y niños hebreos. La señora Probst no niega que "en los primeros días de esta revolución civil" (¡revolución civil! ¡eso es casi una lograda ironía, mi desconocida amiga Emilia Probst!) "alguno que otro judío haya recibido una paliza"; pero sí niega, enfáticamente, que se haya matado ni torturado a ningún judío en Alemania. Por lo visto, para la señora Probst no existe la tortura moral que implican los hogares destruidos; aparte, naturalmente, de las otras que, con lujos de detalles, y sin que los agentes "nazis" hayan logrado ni intentado siquiera desmentirlas, nos han venido relutando desde los comienzos de esta bárbara cruzada antisemita los periódicos del mundo entero. No comprendo en qué se basa la señora Probst para asegurar que hasta ahora todas las acusaciones se han mantenido "en un plano vago y general". Lo comprendo menos cuando observo que, anteriormente, mi desconocida amiga habla de "palizas" y de "revolución civil".

Mis escasos conocimientos de Historia Universal sufrieron una recia sacudida cuando lei el párrafo de la carta de la señora Probst en que ésta asegura que el imperio alemán data "de 1870 nada más". No me atrevo a discutir este punto con persona tan bien enterada, alemana por añadidura; pero apuntaré, tímidamente, que mis estudios—ya digo que no muy vastos ni sólidos ni profundos—de Historia Universal me habían enseñado que existió, varios siglos antes que el señalado por la señora Probst, el gran imperio "alemán" fundado por Carlomagno, al cual estaban sometidos reinos, ducados y principados occidentales que no eran propiamente germanos, pero que engrandecían, con su sometimiento, la fuerza y el poderío del imperio alemán. No comprendo cómo pueda ser posible que "antes del 1870 Alemania no existiera siquiera en embrión". Aunque el recordar fechas no es ni ha sido nunca mi fuerte, sé que la Historia habla de un Guillermo I fundador del nuevo imperio germánico por los años mil setecientos noventa y tantos. ¿Cómo es posible que existieran "emperadores alemanes" antes de que Alemania adquiriese la primaria categoría de "embrión"?... Espero que alguna persona versada en cuestiones históricas nos saquen, a la señora Probst o a mí, del error. Al fin y al cabo, si mi desconocida amiga asegura que Alemania nació en el año 1870, y no niega que en ese año sentaron

(Continúa en la Pág. 40).

DOS POEMAS DE MIRTA AGUIRRE

HERMANO NEGRO

*Hermano negro, hermano negro: yo te pido perdón...
Yo te pido perdón, hermano negro,
igual que Magdalena
Paz, la comunista,
por todo el horror y la sangre y la pena
que sobre tu corazón
ha vertido el prejuicio racista.
¿Cómo puedes no odiarme siendo blanca?
Hermano negro, ¿sabes cuántas vidas arranca
a tu raza la mía
en la Federación
de Estados Norteamericanos cada año?
Si yo fuero tú, odiaría
sin tasa
a todos los miembros de esa raza
que te hace injustamente tanto daño.
Tú sabes quién fué el Juez de Lynch; no ignoras
que te hallas
en peligro de muerte a todas horas
por culpa de tu hermano,
y en vez de maldecirlo, callas.
Yo soy blanca, tú negro, ¡y me tiendes la mano!
Hermano negro, hermano negro,
igual que Magdalena Paz, la comunista,
yo te pido perdón
por todos los dolores que el prejuicio racista
vertió en tu corazón...*

LA VIDA HA VENIDO VESTIDA DE NUEVO

*La vida ha venido vestida de nuevo:
sandalias marxistas, ropa proletaria,
visiones de tierras labradas con sangre,
angustia de niños sin pan y sin techo...
La vida ha venido vestida de nuevo:
me trajo dos ojos recién fabricados,
pulmones de estremo, inquietudes vírgenes,
y cambió el cronómetro viejo de mi pecho
por uno moderno de ritmo "up to day"...
Las cosas han sido metamorfoseadas
y también yo he sido cambiada por otra.
Posee hoy mi cuerpo sentidos-vanguardia.
La vida. La vida ha venido vestida de nuevo...*

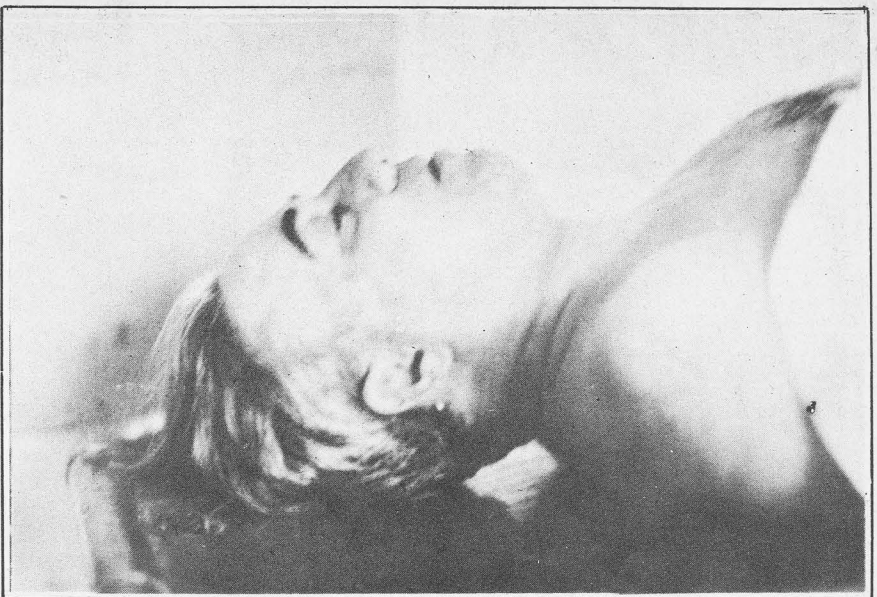
Tiros en el Capitolio

Un disparo sonó bajo la cúpula del Capitolio al medio día del jueves, 1 de junio, y cayó herido de muerte el representante por Matanzas Oscar P. Montalvo Cartaya, haciendo buena la frase de que "el Capitolio era pequeño para contener la representación nacional", pronunciada el día anterior por Carlos Miguel de Céspedes al inaugurar su senaduría camagüeyana.

El disparo lo hizo Mario Cuéllar del Río, hermano del senador Celso Cuéllar, presidente del Partido Popular.

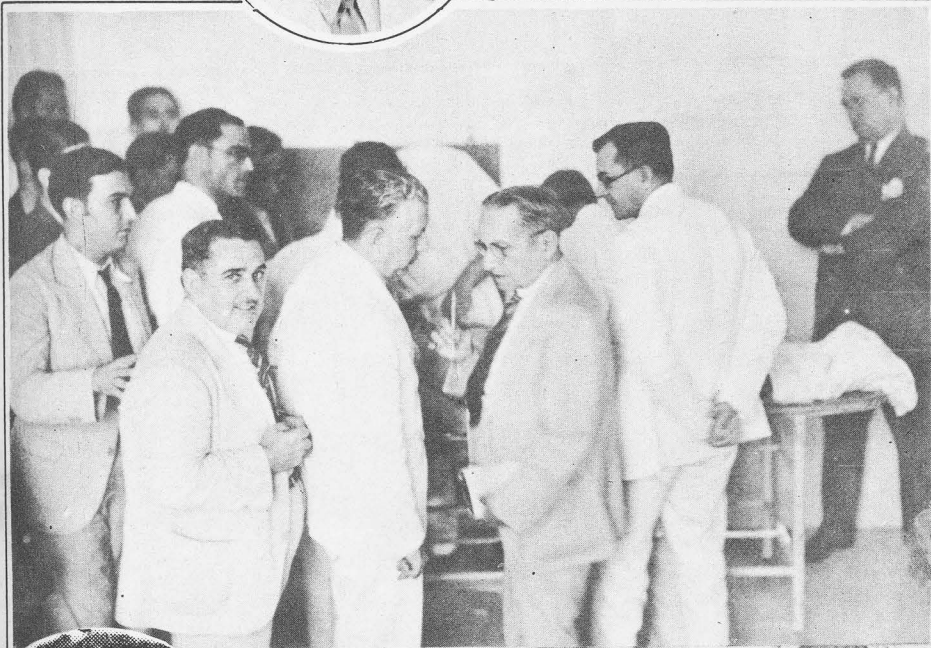
¿Causa? La pugna entre el doctor Juan D. Byrne y el señor Eladio González, por un acta de representante en la provincia de Matanzas.

El matador fué detenido por la Policía cuando trataba de abandonar el Capitolio por una ventana y posteriormente se le procesó con exclusión de fianza.



El cadáver del representante a la Cámara por la provincia de Matanzas, señor Oscar P. MONTALVO CARTAYA, en el depósito de Emergencias.

Doctor Juan D. BYRNE, representante a la Cámara por Matanzas. El recurso de tacha presentado contra él por los amigos del representante Eladio González fué una de las causas de la muerte del representante Montalvo.



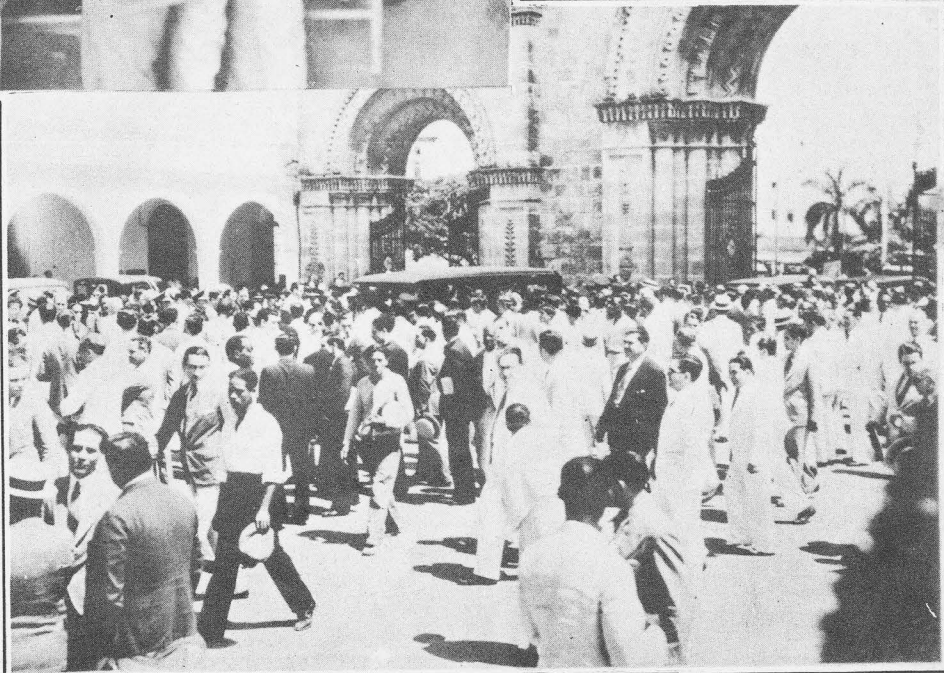
Mario CUÉLLAR DEL RÍO, hermano del senador Cuéllar, que dió muerte de un tiro al representante Montalvo.



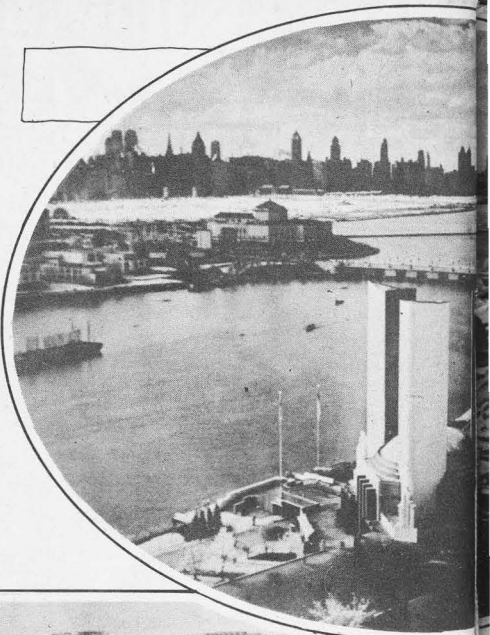
Los Dres. BARRENAS y BARROSO practicando la autopsia al cadáver del representante Montalvo.

Eladio GONZÁLEZ, ex representante a la Cámara y suplente del Partido Popular, por Matanzas, que volverá a la Cámara por la muerte de su amigo y defensor Oscar P. Montalvo.

Un aspecto del sepelio del representante Oscar P. Montalvo Cartaya al llegar la carroza fúnebre a la Necrópolis de Colón.



CHICAGO: un SIGLO de PROGRESO



La iluminación. Fué este un detalle precioso de las exposiciones de Sevilla y Barcelona y de la Exposición Colonial de Paris. Por eso los ingenieros de Chicago lo cuidaron especialmente, con objeto de superar el decoro de luz y de arte hecho en Europa.

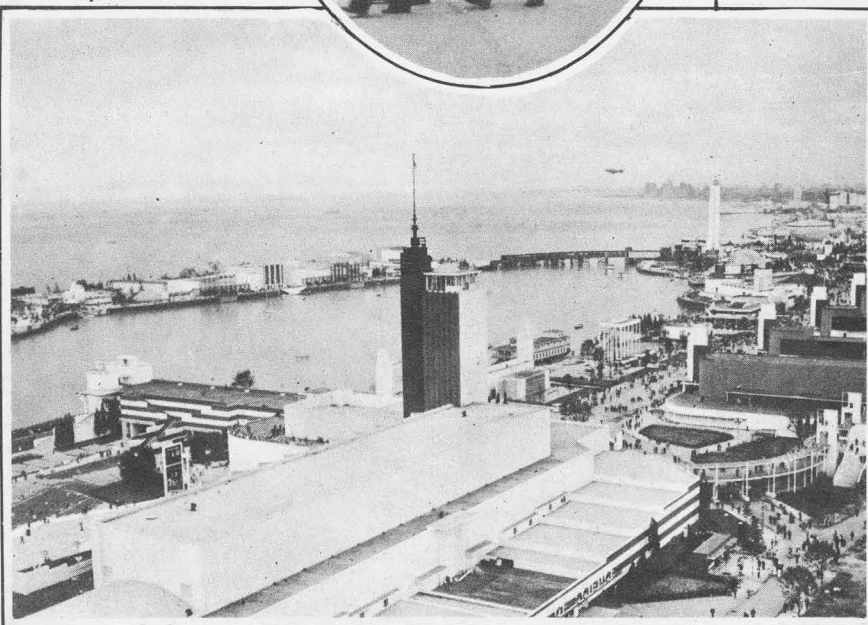


El "Odditorium", pabellón de la Exposición de Chicago donde Ripley exhibe algunos de los ejemplares más curiosos de su colección "Creado o no".

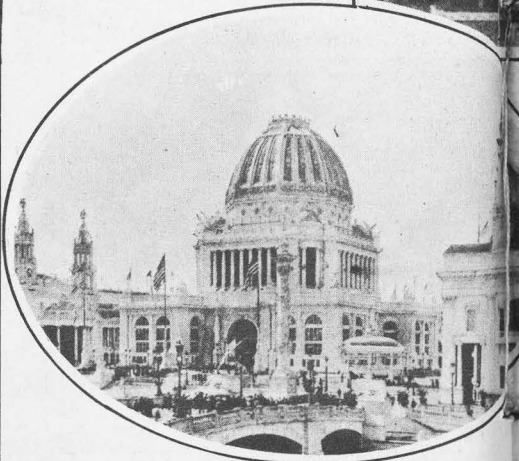
Un aspecto parcial de la Exposición de Chicago, vista desde una de las torres de 628 pies que forman parte de las edificaciones de la misma. Esta foto muestra apenas el lado sur de la Exposición.



La más bella
la e
t



Otro hermoso aspecto de la Exposición, junto a uno de los puentes que dan acceso a sus terrenos.



Los principales edificios de la primera exposición internacional se efectuó en Chicago hace cuarenta años: la Exposición Colonial Costaron medio millón de pesos, y sin embargo ¡qué pobreza junto a las formidables construcciones de hoy!

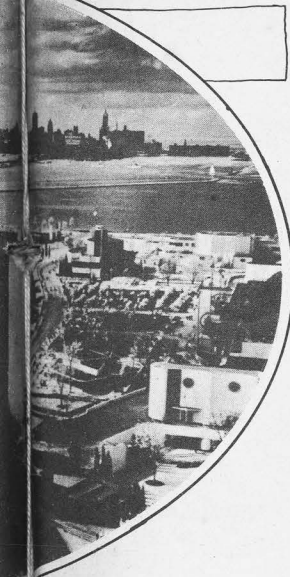


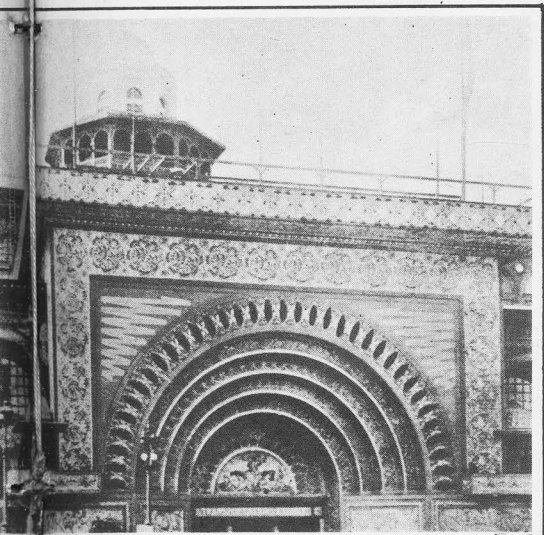
foto de la Exposición de Chicago. Al fondo, los rascacielos de la ciudad.



Un aspecto de los juegos artificiales quemados con motivo de la inauguración.

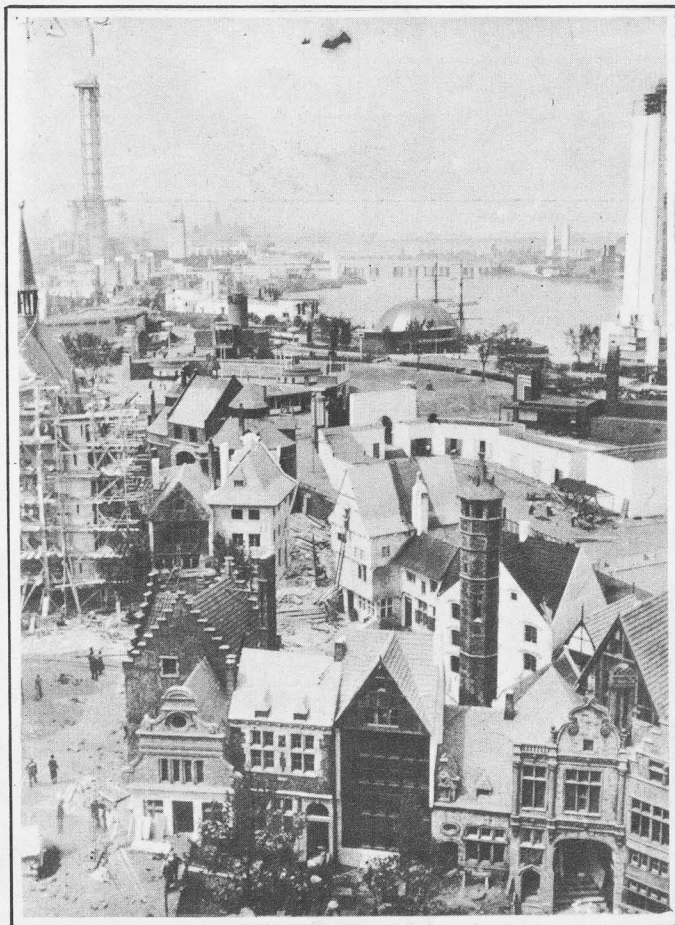
La Exposición Internacional que acaba de inaugurarse en la ciudad de Chicago tiene una significación especial porque en ella se exhiben todos los adelantos realizados por la humanidad en el último siglo. ¡Y ese siglo es, precisamente, aquel en que más rápidos e importantes adelantos se han hecho en todas las ramas de la ciencia!

En esta página ofrecemos una serie de fotografías, posteriores todas a la inauguración, que dan una idea aproximada de la magnitud de la Exposición de Chicago.



Recuerdos de la última exposición de Chicago. La Puerta de Oro, que hizo las maravillas de los visitantes de Chicago en 1893, durante la famosa Exposición Colombiana. ¡Qué diferencia entre los estilos de hoy y el de hace apenas cuarenta años!

El Pueblo Belga, uno de los rincones más sugestivos de la Exposición de Chicago.



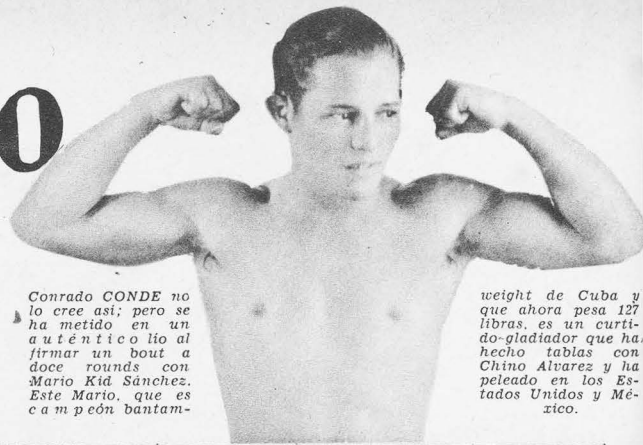
La multitud desfilando por el paseo de las banderas después de inaugurada la Exposición de Chicago. Los visitantes se cuentan ya por millones.

Pugilismo



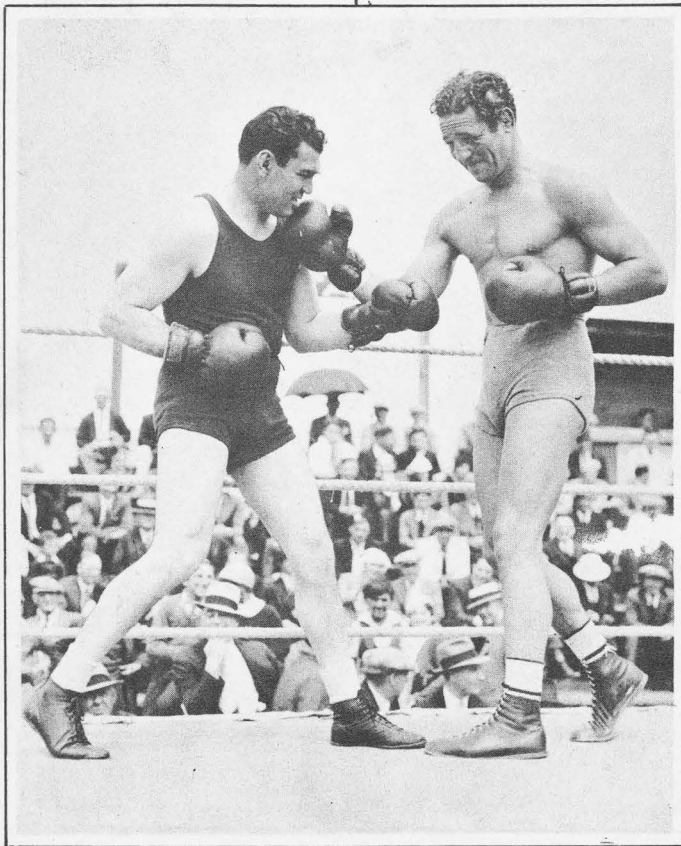
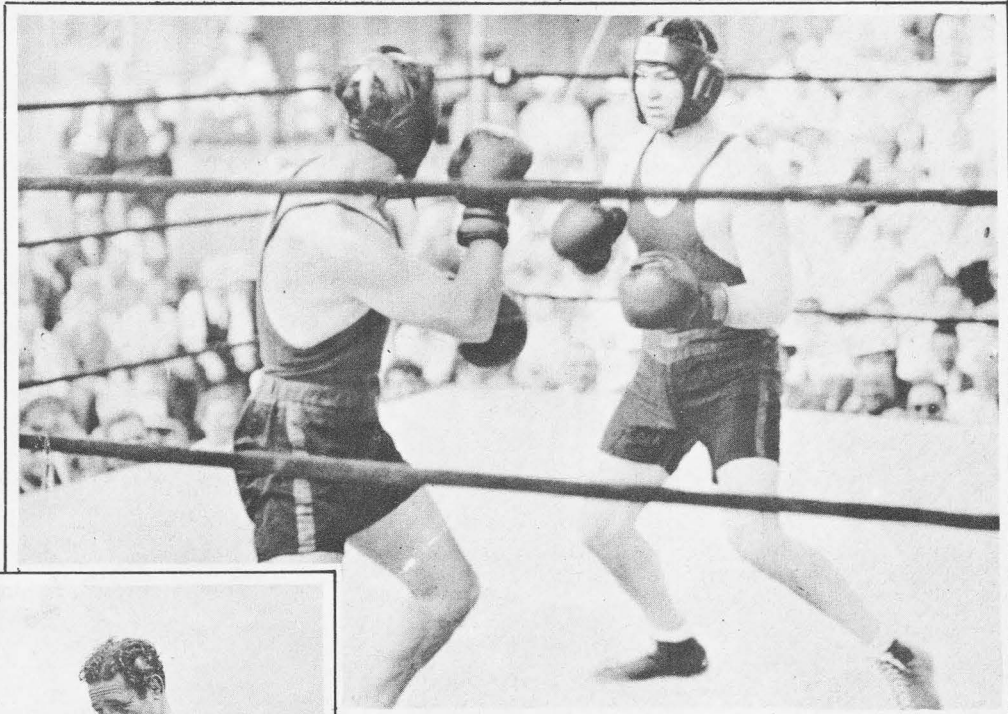
Mario Kid SANCHEZ en su nuevo peso de 127 libras, dará el día 10 la mayor sorpresa de su carrera a Conrado Conde. Mario lleva al ring de ventaja experiencia, velocidad, astucia y hasta punch! La pelea a doce rounds producirá al campeón featherweight de Cuba.

Al lado del juvenil Max BAER, el ex campeón mundial Jack DEMPSEY parece un burgués que hace cultura física. La sonrisa de Max parece muy expresiva. Los dos Max se enfrentarán durante este mes en el Yankee Stadium. Schmeling es el favorito. De nosotros, también.

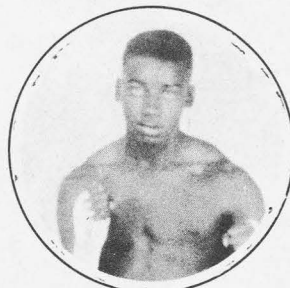


Conrado CONDE no lo cree así; pero se ha metido en un auténtico lío al firmar un bout a doce rounds con Mario Kid Sánchez. Este Mario, que es campeón bantam-

weight de Cuba y que ahora pesa 127 libras, es un cortido-gladiador que ha hecho tablas con Chino Alvarez y ha peleado en los Estados Unidos y México.



BALLYHOO EFECTIVO. — Jack DEMPSEY, flácido, envuelto en grasa, hace quantes con Max SCHMELING, como propaganda efectiva para el bout Schmeling-Baer, promovido por el propio Dempsey. Claro que Max trató con delicadeza al ex campeón mundial de los heavyweights.



Tuto MILLET otra vez triunfa en Camagüey. Entre los prometedores chiquillos que cuenta Ramón Sevilla en "la legendaria", descuella nitidamente Tuto Millet, un peso ligero que puede competir con los mejores de La Habana. Alejandro y Millet son los mejores "prospects" de Camagüey en la actualidad, y deben ser presentados en La Habana.

Kid KAPLAN, boxeador cubano de promesa, hechura de Fanján, que ha embarcado para Barcelona sin hacer el más leve ruido, pero con el convencimiento de llegar. Este modesto púgil tiene madera para convertirse en un gran boxeador.



BALOM -PIÉ

TRO -PICAL



(Foto N° 3).



(Foto N° 1).

Un CONCURSO

(Foto N° 2).



Aquí presentamos tres instantáneas de Pegudo, de los matches celebrados el domingo pasado en el campo "Cerveza Tropical", sin la obligada descripción de las jugadas... El fanático que mejor describa en tres pies concisos estas jugadas, recibirá como premio un pase para una velada de boxeo de la Arena Cristal, y su fotografía será publicada en CARTELES. ¡A embullarse, fanáticos! Dirija su carta a Jess Losada, Revista CARTELES, La Habana.

COLUMNAS DEPORTIVAS

McGRAW, "PIONEER" del Baseball

Por "Jess" LOSADA

Siendo esta la conclusión de la historia de ese exímio y linajado personaje deportivo que responde al nombre de John McGraw....

LOS Orioles de Baltimore representan la historia mitológica del base ball, a pesar de que su existencia fué real. Quizás algún día un Homero redivivo, cante las extraordinarias hazañas de este club progenitor del base ball de liga grande, y levante sobre un pedestal de héroe la figura patriarcal de John J. McGraw.

Confieso que carezco del lirismo indispensable para el rol de loador. También, me siento iconoclasta... quizás si por la acción irritante que ejerce el diario en mi persona, con sus obligadas mermeladas de alabanzas a los fetiches deportivos.

Los Orioles, en realidad, fueron los precursores del base ball que hoy apasiona al fanatismo mundial. Un conjunto de jugadores entusiastas, que jugaba más por el placer que por el interés, halló la chispa creadora y el base ball adquirió su ciencia y su nomenclatura. Esa sincronización del cerebro y el músculo en los conjuntos, denominado "team work", se perfeccionó con los Orioles.

Era un amplio campo para las especulaciones, y la juventud de los jugadores y su lógica curiosidad, establecieron normas y reglas que pronto se convirtieron en la nueva ciencia del base ball. El manager del team jugaba como puede jugar un niño a "arquitectura". Y así aplicó al base ball los tres principios: organización, sistema y construcción; y la idea de moldear la habilidad de individuos en una unidad eficiente.

McGraw fué el afortunado que recogió en su cerebro y absorbió en su retina, el fruto de este período constructivo del base ball. Los Orioles pertenecían a la Liga Nacional, que acababa de consolidarse a la Asociación Americana. Y esta nueva Liga Nacional blasonaba de doce clubs de liga grande. Fué el primer paso hacia la consagración definitiva del deporte. Ned Hanlon, otro recio tronco del base ball, era el nuevo manager de los Orioles. Joven, ardiente e imaginativo, llevó al team a la supremacía de la liga. McGraw, por esta época, calentaba pacientemente el banco; su falta de control en momentos decisivos, lo rotularon "peligroso". Pero desde su banco observaba el desarrollo del juego, y junto a Hanlon, escuchaba los ensayos de técnica y estrategia que entre innings se moldeaban entre los cerebros del team.

Estoy hablando ahora de la temporada de 1893. Hanlon, con su inteligencia intuitiva para el base ball, creó el hábito de los cambios de jugadores entre clubs, para aliviar deficiencias mutuas.

En uno de estos cambios, vino a Baltimore el ilustre desaparecido Hugh Jennings. McGraw, que sabía hacer amistades provechosas con timada habilidad, conquistó al pecoso Jennings desde su primer día en el team. Esta camaradería fué larga y célebre; Jennings igual que Robinson, ofreció a McGraw nuevas ideas

en base ball. Siendo un virtuoso de la paciencia, Jennings enseñó a McGraw a no desesperar nunca. Cuando una jugada fracasaba en el terreno, los dos se levantaban más temprano que de costumbre y practicaban solos hasta perfeccionarla. Más tarde, en el juego, Jennings, que era romántico, ponía en ejecución la jugada, sin comentar los esfuerzos mañaneros; mientras McGraw, que le gustaba pontificar, y era gárrulo, relataba sus desvelos creadores, con pinceladas maestras de "auto-ballyhoo".

Vivían en el mismo cuarto y juntos sintieron la ambición por la cultura. Dice McGraw en una de sus "confesiones para la prensa", que él invitó a Jennings a tomar un curso universitario en St. Bonaventure's College. El plantel les enseñó las cuatro reglas y un poco de álgebra y matemática, a cambio de "coaching" beisbolero a los estudiantes. Créese que los estudiantes ganaron con esta permuta; que asimilaron más base ball que el duto, enseñanza. Después de la desaparición de los Orioles, Jennings se convirtió en el manager del Detroit y entre sus hazañas con este club, descuella su manufactura de Ty Cobb, el poseedor de múltiples records beisboleros. Más tarde, con la decepción de los años y la ingratitud de los magnates, Jennings fué a cobijarse bajo McGraw con los Gigantes, donde terminó sus días como auxiliar del notorio manager y condeño del New York.

Es singular que después de la muerte de Jennings, McGraw no tuviera mucha suerte con los Gigantes y que pocos años después renunciara su cargo. Lo que quizás explique la influencia que ejercía Jennings en las pregonadas habilidades del gran piloto.

Se devana otro año en el relato. Ned Hanlon había logrado en la primavera de 1894, un conjunto de jugadores que hizo historia en el base ball. Fué este conjunto el que dió toda la fama a los Orioles; el team de que hablan los niños yanquis como de George Washington o de Santa Claus.

Hanlon, que hubiera sido un constructor de ciudades, de haberse dedicado a la arquitectura, realizó un número de cambios que dió al team la fuerza necesaria para convertirse en "trabuco".

La teoría de Hanlon era atrevida pero eficaz. Aun hoy, con el base ball convertido en un juego de ajedrez; en un deporte que puede pagar cerebros e ideas generosamente, se ven muy pocos pilotos como Hanlon. Únicamente podemos citar a Connie Mack, el venerable director de los Atléticos, que este año ha sorprendido a todos los habitantes del mundillo deportivo, descartando a un grupo de veteranos en buen estado—y con hermoso historial—e iniciando a novatos de juventud peligrosa, pero ricos en posibilidades.

Pues ésta era la virtud suprema de Hanlon: probar fortuna con la juventud. Como es natural, todo negocio lleva una dosificación pequesimísima de audacia y una cantidad muy liberal de seguridad. Y este dogma mercantil ha sido aplicado al base ball desde sus primeros balbuceos y seguirá siendo la doctrina por años y años a venir. Hanlon rompió los moldes—como lo acaba de hacer Connie Mack—y tuvo éxito. Los dueños del Baltimore sintieron un calorífico de temor al ver cómo Hanlon descartaba veteranos veraces e imponía a los novatos prometedores. Así se formó aquel team inmortal para el base

ball: Brouters, primera base; Reitz, segunda; Jennings, short-stop; McGraw, tercera; Keeler, rightfield; Brodie, centerfield; Kelly, leftfield; Robinson y Clark, catchers; McMahon, Esper, Hoffer, Gleason, Pond y Clarkson, lanzadores.

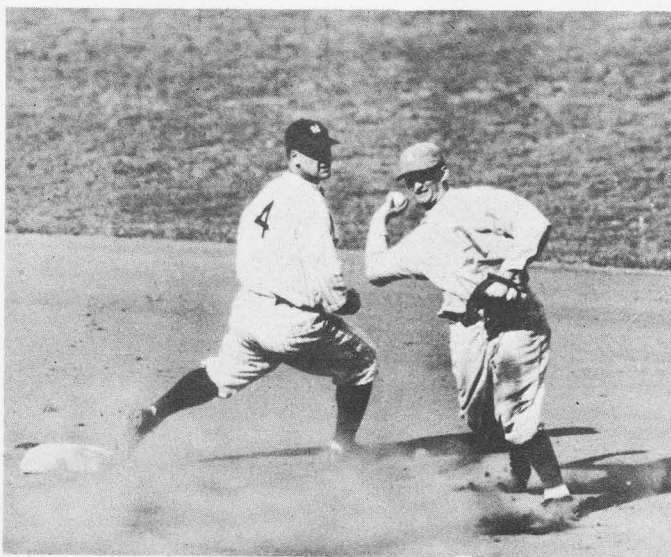
No había en aquél entonces los sueldos fabulosos que más tarde se implantaron. De \$1,500 a \$2,500 por temporada era el promedio de utilidad para un jugador, y como se mantenía siempre el equilibrio sin favoritismos para nadie, no existía esa disensión que hoy se trasluce en muchos clubs.

Durante esta primavera de 1894, en el campo de entrenamiento, los Orioles crearon varias jugadas que después fueron adoptadas por el base ball como nueva técnica. Voy a presentar a otro "pioneer", cuya figura ha permanecido en la penumbra: Willie Keeler. McGraw supo cultivar también la camaradería de Keeler y sacarle provecho, pues este Willie era un espíritu revolucionario que desdenaba las instituciones caducas. McGraw se prestó a "cooperar" a las ideas de Keeler. La pátina del tiempo ha borrado la iniciativa de Keeler y hoy se menciona solamente a McGraw; a él se atribuye la génesis de las jugadas de Keeler.

Entre las reformas que animó Keeler está el voleo corto denominado bunt, como medio de llegar a primera base, en lugar de mero sacrificio para avanzar a un jugador. Y merece un lugar preferente el "hit-and-run-play", jugada que parecía fantástica a los profanos. Keeler fué el creador, y como tenía necesidad de un compañero para realizarla, escogió a McGraw, por ser el más allegado a su persona. El "hit-and-run-play", revolucionó el base ball por completo. El mérito de la jugada llevó a los Orioles a tres campeonatos consecutivos.

Keeler, pequeño de estatura y frágil de constitución, no podía batear muy duro; lo que dió lugar a que usase su cerebro para idear una manera hábil de embasarse y anotar la carrera. Ensayó colocar la bola en lugares del terreno donde no hubiera defensa y tuvo éxito. Usaba un bate muy ligero—el más ligero que se ha usado en el base ball—y después de estudiar las defensas del contrario, colocaba la bola exactamente en el lugar menos definido. Cuando concibió la idea del "hit-and-run-play", le explicó a McGraw lo que tenía que hacer. McGraw precedía a Keller en el "line-up", y su papel era llegar a primera por cualquier medio. McGraw se hizo eficiente en recibir la base por bola, empleando el método de exasperar al lanzador y al catcher. Lenguaraz como era, todos sucumbían ante su vocabulario.

Una vez en primera base, McGraw se alejaba de la almohadilla, como para robar la segunda y Keeler al bate, colocaba la bola en el lugar menos defenso, dándole a McGraw la oportunidad de llegar a tercera, y luego, con las bases llenas, darle el chance de limpiarlas a los slug-



gers del team como Kelly y Brouthers.

El problema de saber cuál era el lugar menos defendido, fué solucionado por Keeler de esta manera: Había que averiguar si el shortstop o la segunda base cubrirían la segunda almohadilla para recoger la tirada del catcher en caso de una estafa. En el base ball profesional, el short y la segunda está de perfecto acuerdo en este sentido. Como entonces no se había realizado una jugada semejante, era fácil averiguarlo. Con un movimiento del bateador, como para batear, pero dejando pasar la bola, observaba el movimiento preparatorio involuntario del cubridor de la segunda.

Cuando McGraw le daba la señal a Keeler de que iniciara su recorrido a segunda al siguiente pitch, el infielder, creyendo en la posibilidad de un robo, corría a cubrir segunda base, momento que aprovechaba Keeler para enviar la bola por el lugar abandonado por el infielder. Si la bola era tan mala que Keeler no podía batearla, McGraw aun tenía la oportunidad de realizar un robo limpio.

Durante los juegos de exhibición, Keeler y McGraw practicaron el "hit-and-run-play" hasta perfeccionarlo. Vino la apertura de la temporada y una serie de cuatro juegos con los Gigantes, que habían adquirido celebridad bajo la dirección del ortodoxo James Montgomery Ward. Lucían

los Gigantes como seguros vencedores de la contienda y contaban con los mejores lanzadores del circuito, Amos Rusie, Jouett Meekin, Dad Clarke y Hyler Westervelt.

En el primer juego, McGraw se embasó y Keeler disparó su batazo colocado, poniendo en práctica por primera vez en un juego oficial, el "hit-and-run-play". Varios innings después repitieron la dosis, desconcertando a los Gigantes y ganándose el juego. El ortodoxo Ward, sorprendido, pero no humillado, consideró la victoria como una racha de buena suerte.

Pero los Gigantes perdieron el segundo y todos los juegos. Y la jugada maestra de Keeler se repitió muchas veces. Entonces Ward se convenció—como dijo en sus memorias—que había llegado una nueva era al base ball; un nuevo estilo de juego.

La invasión de los revolucionarios del base ball fué pródiga en emociones. Los diarios comenzaron a utilizar cintillos vivos y crónicas inflamadas para reseñar las hazañas de los Orioles. La "tournee" occidental del Baltimore terminó con un record de 24 victorias en 25 juegos.

Así fué como McGraw se hizo célebre desempeñando el papel del jugador más ingenioso del base ball. Sus maestros quedaron relegados a un lugar común en la historia deportiva, mientras que el ambicioso John escalaba las

cimas de la popularidad. En 1899, dejó de ser jugador activo para desempeñar la dirección de los Orioles.

Durante el invierno de 1898-99, los periódicos de Baltimore anunciaron ante la sorpresa de fanáticos y jugadores, que los Orioles, incluyendo al manager habían sido transferidos al Brooklyn. Hubo indignación general: primer resentimiento popular contra el base ball sindicalizado. Von der Hurst, dueño del Baltimore, había adquirido una participación en el Brooklyn, ambos teams de la Liga Nacional. Parece que el entusiasmo comenzó a decaer en Baltimore y ante una posible merma de intereses, Hurst aceptó la proposición de dividir el talento entre dos clubs. Así se decidió que Hanlon y los mejores peloteros del Baltimore fueron transferidos a Brooklyn. McGraw y Robinson, que poseían un comercio de efectos de sports en Baltimore, rehusaron trasladarse a Brooklyn, y el primero se quedó manager y el segundo continuó de capitán.

El base ball se inició en una era de prosperidad y los magnates, entusiasmados, comenzaron a valorizar a sus jugadores como mercancías de precio prohibitivo. Hurst en un alarde jactancioso, publicó a grandes titulares que no dejaba ir a McGraw por \$10.000. El ejemplo fué seguido por otros dueños de clubs, que buscaban con afán la luz de calcio de la publicidad. Los jugadores se co-

tizaban como valores de la bolsa y se propagó el nefasto "bally-hoo individual" que mercantilizó el base ball hasta la médula.

Cuando se formó la Liga América—millonarios y banqueros se habían interesado en el deporte—los precios de jugadores se elevaron aún más. McGraw, que sabía sacar provecho en todas las situaciones, facilitaba entrevistas sobre su importante personalidad a todos los cronistas. Fué subiendo su valor en el candente mercado beisbolero y, al fin, fué vendido al San Luis, que pagó \$100 diarios por sus servicios.

Después, la vida de McGraw es conocidísima. Su ascenso definitivo a la dirección de los Gigantes y su compra de acciones del club marcan una etapa contemporánea del base ball de liga grande. El juego ha sido sacrificado a las exigencias del capital invertido. Se ha evolucionado, buscando la emoción, la jugada panorámica, y se ha convertido a los jugadores en fetiches. La bola ha sufrido cambios, para proteger el "home run" signo fiduciario en el negocio del base ball, y los cambios, compras y ventas primaverales, se han trocado en negociaciones bancarias. La figura de McGraw es y será el símbolo del valor de la publicidad en el deporte. Un hombre que supo bañarse en el resplandor de esa luz de calcio que deslumbra a los fanáticos deportivos.



Una Carta de Amor

Por Pierre Willetard.

CADA tarde, a las siete y veinte, Teófilo iba allí. Ese pequeño restaurante no era frecuentado más que por estudiantes. Teófilo se instalaba, solo, en un rincón de la sala. Empleado desde los quince años en una tienda, tenía esa edad indefinible en que no se es ni joven ni viejo. Se lo podía ver, en los días helados, ofrecer en la puerta del negocio a los paseantes, zapatillas de paño; y, cuando llegaba la buena estación, Teófilo llamaba la atención a gritos sobre las sandalias.

A las siete, por fin, escapaba, caminando por la avenida sobre sus largas piernas; compraba un diario de la tarde y se sentaba una vez más frente a su botella. Cena sin variantes y que Teófilo prolongaba con dos cigarrillos.

Este era el momento en que su vista se iluminaba. El tímido empleado veía a Nina...

Ella, empleada como maniquí en una casa de modas, compartía con sus amigos estudiantes de la Facultad de Derecho los manjares del pequeño restaurante. Sería pero no desdenosa, contenta de su vida, trataba a los muchachos como buenos camaradas. Bajo sus finas cejas, que nunca fruncía el enojo, sus ojos de zafiro, de una gran dulzura, no habían elegido todavía a aquel a quien debían hacer feliz. Nina, con su pequeña gorrita sobre la oreja, provocaba a Teófilo con una de esas cálidas miradas que son verdaderamente un suplicio.

Una tarde fué más lejos. Encontró la manera de adornar con un manojito de plumas el som-

brero de Teófilo. Este no se dió cuenta de nada. Se lo puso, con fiado, en la cabeza, y con el penacho desafiante salió a la calle.

Al día siguiente, sin embargo, Nina tuvo un remordimiento. Lo convidó entonces con una copa de champaña. Mientras Teófilo paladeaba el vino, ella lo invitó a sentarse a su lado.

El le dió las gracias y se turbó. Todo lo que su corazón solitario soñaba, se resumía en aquellos ojos de zafiro. Teófilo se mostró lleno de verba. El, que habitualmente no abría la boca más que para anunciar sus calzados, dirigió a Nina un hermoso madrigal. Ese fué el momento elegido por uno de los estudiantes para escribir un papelito en la esquina de la mesa y deslizarlo suave-

mente en un bolsillo del empleado.

Teófilo, al día siguiente, descubrió el billete. Era un domingo, un lindo domingo, y el sol que caía sobre los techos grises, recordaba alegremente los frescos campos. Emocionado como nunca, desplegó el papel y leyó esta carta de amor:

Querido señor Teófilo:

Es usted tan perfecto caballero que quiero conocerlo mejor. Vaya el domingo por la tarde, a las siete menos cinco, a la puerta de la estación central del subterráneo. De esta manera nos veremos a solas, lejos de todos esos muchachos que ya no puedo aguantar.

Su pequeña amiga,

NINA.

Aturdido de golpe, Teófilo debió sentarse. Después tomó la noticia, y la leyó de nuevo, lentamente. Una alegría extraordinaria dilataba su corazón. Se puso su mejor traje, salió de casa, y se fué a caminar por las calles, deteniéndose en todas las vidrieras de las tiendas para mirarse en los espejos.

"En definitiva—se decía,—no quedo del todo mal".

Eran, en ese momento, las once de la mañana. Entró en una pastelería para comer unos dulces: "Esta noche—pensaba,—cenaré mejor". Se sentó en un banco, al borde de un cantero, y sólo

(Continúa en la Pág. 45).

Ahorre Dinero

Conserve su Salud

Viva Bien y Barato

Comprando un Nuevo

REFRIGERADOR

WESTINGHOUSE

Visite Nuestro Salón de Exhibición

San Rafael e Industria

Telf. M-8884

MENSAJE NÚM. 1

Prejuicio...

(Continuación de la Pág. 32)

sus reales algunos miles de familias judías en territorio alemán tendremos que los judíos nacieron en Alemania con Alemania misma, y tienen, por lo tanto, el mismo derecho a amar, a respetar y a engrandecer aquella tierra que los alemanes de origen ario. Rectificaré gustosamente si se me prueba que estov en un error.

Otros extremos de esta carta, que se relacionan directamente con las actividades de los hebreos en Alemania durante y después de la Guerra Mundial (aclararé que yo jamás he hablado de "la guerra que provocó Alemania", ni de "la revancha que hoy está preparando", aserciones que la señora Probst me atribuye calificándolas seguidamente "de una desfachatez que especula sobre la pereza mental de los lectores") serán, a no dudarlo, aclarados por los lectores hebreos a quienes me dirigí la semana anterior pidiéndoles su valiosa colaboración. Sin que estas citas signifiquen exclusión, menciono particularmente a mis hermanos en ideales (sin comillas) Emil Roshgiesser y Mary Nemptzow, a quienes brindo, como a todos, estas páginas para que aclaren los puntos que más directamente les conciernen a la señora Probst. Mi sección, por otra parte, seguirá siendo hospitalaria para mi desconocida amiga. Sus maliciosas alusiones no le vedan mi hospitalidad.



Basic



English

LECCION

After learning the complete Basic English Vocabulary, you are now ready to take up the simple rules controlling its use. As you have seen, it is possible to get all the words of this course on the back of a bit of notepaper. The rules are short and simple, and they give a complete knowledge of the system for reading or writing. Take note that we only make use here of such words as are given in the vocabulary.

REGLAS QUE GOBIERNAN EL USO DE BASIC ENGLISH:

EL SUSTANTIVO es el nombre de un objeto, real o ficticio.

MODO DE FORMAR EL PLURAL DE LOS SUSTANTIVOS:

El plural de los nombres sustantivos se forma añadiendo una *s* al singular.

EXCEPCIONES:

- (a) Por su forma:
 Plural de foot, *feet* (fit)
 " " tooth, *teeth* (tizd)
 " " man, *men* (men)
 " " woman, *women* (uimen)
 " " knife, *knives* (nauv's)
 " " self, *selv's*

- (b) Por su ortografía:
 (1) Los sustantivos que terminen en *y*, estando ésta inmediatamente precedida de una consonante, forman el plural cambiando la *y* en *ies*.
 (2) Los que terminan en *s*, *x*, *o*, *sh* o *ch*, forman el plural añadiendo *es*, en vez de *s*.

El primer grupo comprende los siguientes:

Singular	Plural	Singular	Plural
authority	authorities	memory	memories
body	bodies	property	properties
company	companies	quality	qualities
copy	copies	secretary	secretaries
country	countries	sky	skies
cry	cries	society	societies
discovery	discoveries	tendency	tendencies
family	families	army	armies
harmony	harmonies	baby	babies
industry	industries	berry	berries
jelly	jellies	fly	flies

El segundo grupo comprende los siguientes:

Singular	Plural	Singular	Plural
brass	brasses	stretch	stretches
business	businesses	tax	taxes
canvas	canvasses	tough	touches
crush	crushes	wash	washes
glass	glasses	wax	waxes
grass	grasses	arch	arches
kiss	kisses	box	boxes
loss	losses	branch	branches
mass	masses	church	churches
process	processes	dress	dresses
push	pushes	match	matches
sex	sexes	potato	potatoes
stitch	stitches		

Los sustantivos *scissors* y *trousers*, tienen solamente una forma plural. *Sheep* es invariable. *Apparatus* se usa indistintamente en singular y plural. *News* tiene forma plural, pero se usa en singular.

Los artículos y adjetivos y aún la mayor parte de los pronombres carecen de plural en inglés.

Nota: La terminación *ies* usada para formar el plural de los sustantivos terminados en *y* se pronuncia *is* y no *ies*. Ejemplo: *body*, *bodies*: (pronúnciese bódís y no bódies).

PALABRAS COMPUESTAS

Las palabras compuestas se obtienen mediante la combinación de dos nombres, o un nombre y una preposición. Ejemplos: *birth-day*, de *birth* y *day* (día de nacimiento: cumpleaños); *copyright*, de *copy* y *right* (derecho de copia; propiedad literaria); *milkman*, de *milk* y *man* (leche y hombre: lechero); *newspaper*, de *news* y *paper* (papel y noticias: diario o periódico); *outhouse*, de *out* y *house* (casa exterior: caseta); *overland*, de *over* y *land* (sobre tierra: por tierra; ruta o vía terrestre); *raincoat*, de *rain* y *coat* (abrigo o saco de agua;

capa de agua); *sun-down*, de *sun* y *down* (sol abajo: caída o puesta de sol).

MODO DE EMPLEAR LOS DERIVADOS

El vocabulario de Basic English se enriquece considerablemente con los derivados que pueden formarse de las palabras que en el mismo se emplean.

El sufijo *er* en los sustantivos indica la cosa o persona que ejecuta la acción u operación. Ejemplo: *arch*, arco; *archer*, arquero.

El sufijo *ing* en los sustantivos indica la acción u operación misma. Ejemplo: *arch*, arco; *arching*, arquería.

El sufijo *ing* en los adjetivos les da el sentido del participio presente inglés del verbo análogo. Ejemplo: *equal*, igual; *equaling*, igualando.

El sufijo *ed* en los adjetivos les da el sentido del participio pasivo del verbo análogo. Ejemplo: *equal*, igual; *equaled*: igualado.

Damos a continuación los 300 sustantivos que forman derivados en *er*, *ing* y *ed*, al objeto de que el discípulo se ejercite en el uso del Basic English, de acuerdo con las explicaciones anteriores:

act	acter	acting	acted
air	airer	airing	aired
answer	answerer	answering	answered
attack	attacker	attacking	attacked
attempt	attempter	attempting	attempted
back	backer	backing	backed
balance	balancer	balancing	balanced
base	baser	basing	based
breath	breather	breathing	breathed
burn	burner	burning	burned
butter	butterer	buttering	buttered
cause	causer	causing	(1) caused
chalk	chalker	chalking	chalked
chance	chancer	chancing	(1) chanced
change	changer	changing	(1) changed
cloth	clother	clothing	(1) clothed
coal	coaler	coaling	coaled
color	colorer	coloring	colored
comfort	comforter	comforting	comforted
condition	conditioner	conditioning	conditioned
control	controller	controlling	controlled (2)
cook	cooker	cooking	cooked
copper	copperer	coppering	coppered
copy	copier	(3) copying	copied (3)
cork	corker	corking	corked
cough	cougher	coughing	coughed
cover	coverer	covering	covered
crack	cracker	cracking	cracked
credit	creditor	(4) crediting	credited
crush	crusher	(4) crushing	crushed
cry	crier	(3) crying	cried (3)
curve	curver	curving	curved
damage	damager	damaging	damaged
design	designer	designing	designed
desire	desirer	desiring	desired
detail	detailer	detailing	detailed
disgust	disguster	disgusting	disgusted
doubt	doubter	doubting	doubted
dust	duster	dusting	dusted
edge	edger	edging	edged

(Continuaremos en la próxima lección).

- (1) Las palabras que terminan en *e* suprimen, por eufonía, esta letra al tomar el prefijo *ing*.
- (2) Damos la ortografía del inglés standard, al objeto de no confundir al discípulo.
- (3) Note el cambio de la *y* en *i* en la ortografía inglesa standard que aquí seguimos.
- (4) La forma moderna es *creditor*, como también *actor*.

Traducción literal del encabezamiento de la ONCENA LECCIÓN:

Con esta lección terminamos el estudio del vocabulario de Basic English y estamos listos para considerar (*take up*: tomar) las pocas reglas que gobiernan la amplificación del mismo. De ahora en adelante emplearemos solamente las palabras anotadas en el vocabulario, cuyos significado y pronunciación usted ha aprendido. Tenemos cincuenta palabras que estudiar en la lección de hoy, al objeto de (*in order to*) completar las ochocientas cincuenta palabras usadas en Basic English, sin contar por supuesto los derivados obtenidos de esas palabras. También le damos las palabras adicionales reconocidas en Basic English y ascendentes a un total de setenta y cuatro. Cincuenta de utilidad general. Doce de nombres internacionales. Y otras doce que dan los nombres de las ciencias principales.

bituari

ERNEST TORRENCE

Por MARY M. SPAULDING



Claudette COLBERT, última mujer besada por el gran actor Ernest Torrence, en la pantalla, en el film de los Artistas Unidos "I Cover The Waterfront", triunfo final del viejo roble.

IREINTA y cinco años dedicados gloriosamente al arte! Y súbitamente, el vigoroso roble se desploma, victima de una afección biliar que lo minaba solapadamente...

La colonia del cinematógrafo y con ésta el mundo entero que ha admirado la labor de Ernest Torrence como artista potencial, lamenta la irreparable pérdida.

Queda vacante otro puesto que será como el de Lon Chaney, Rodolfo Valentino, Barbara La Marr, insustituible.

¡Ironías del destino!... Ernest Torrence se disponía a pasar una breve temporada de descanso, allá en Escocia, su país natal, cuando la mano sarmentosa de la muerte lo arranca a la vida proporcionándole el reposo final...

El gran actor de carácter acaba de filmar una película para los Artistas Unidos: "I Cover The Waterfront", donde una vez más tomaba el papel de "villano". Con él aparecen Claudette Colbert y Ben Lyon. Su labor en este film fué dura, e inmediatamente que terminaron sus últimas escenas, Ernest Torrence tomó el mismo barco donde viajaba Bernard Shaw, y se dispuso a visitar su país.

El día antes de la llegada del "Empress of Britain" al puerto de New York, el artista sufrió el primer ataque que le guardaba siniestramente la enfermedad.

Del barco fué trasladado al Hospital Lenox Hill.

Y mientras el actor luchaba bravamente entre la vida y la muerte, atendido por las hábiles manos de los mejores cirujanos de New York, que realizaban la operación de los cálculos biliares, desde el estudio enviaban cables, asegurando que la película acabada de filmar, era la obra maestra del veterano actor...

Pero el roble caía irremisiblemente... Ante la mirada alarmada de los médicos que esperaban encontrar mayor resistencia en aquel paciente de 220 libras de peso y arrogante estatura, el roble se doblegaba con el suave abandono de un delicado junco.

Y a medida que la decadencia era más y más grande, los preparativos para la exhibición de su película tenían efecto en el teatro "Rivoli". Cinco días antes de la muerte del actor, se estrenó su película. Hasta su lecho de moribundo llegaron telegramas de felicitación. La esposa y el hijo, aplastados ambos por la inminente catástrofe, leían aquellas congratulaciones enviadas a lo que era casi un cadáver.

Frente al "Rivoli" la gente se agolpaba para ver a Ernest Torrence en "I Cover The Waterfront". ¡Su última contribución al arte cinematográfico! ¡Su última interpretación de villano! ¡Su postrera farsa!

Y he aquí que entre todas las personas que lamentan en estos momentos la muerte del excelso

actor, quizás pocas se sientan impresionadas de la misma manera que yo... Es posible que en mi impresión haya un poco de inevitable superstición... Pero las causas las juzgará el lector. En mi vida de periodista, al margen de los asuntos de la cinematografía, he tenido tres experiencias que pudiera juzgar siniestras, en conexión directa con la vida de tres figuras importantes en el mundo del cine. La primera tuvo lugar cuando ocurrió la muerte de Rodolfo Valentino. Me encontraba en un teatro de los suburbios de Los Angeles, viendo la última película del actor italiano, que se exhibía en aquellos momentos, cuando de pronto el coliseo se iluminó, cesando la proyección del film. El manager del teatro, con voz entrecortada por la emoción, apareció en el foro, anunciando solemnemente que Rodolfo Valentino acababa de morir. Con la velocidad del relámpago la noticia había sido transmitida por todo el mundo, llegando inmediatamente a Los Angeles, cuna de los gloriosos triunfos artísticos del inolvidable "sheik"...

La emoción con que terminé de contemplar aquel film es comprensible, pero difícil de expresar con meras palabras. Frente a mis ojos, Rodolfo Valentino le hacía el amor—en aquella forma apasionada que lo hizo inmortal— a su heroína Vilma Banky... y mientras hasta los espectadores llegaban los efluvios del sentimiento que Valentino sabía inspirar, el actor yacía inmóvil para siempre.

Algunos años más tarde la experiencia se repitió: Fué en los últimos días de diciembre de 1931. En el teatro "Strand" se estrenaba el film de la casa productora Columbia Pictures, "Platinum Blonde", con Jean Harlow y Robert Williams.

Yo adquiría mis boletos en la

taquilla del teatro, cuando mi compañera me tomó violentamente del brazo, señalándome la torre del Times Square por donde pasan los anuncios luminosos de las noticias de última hora. En aquel momento anunciaban la súbita muerte de Robert Williams, ocurrida apenas media hora antes en su domicilio particular... Penetré en el coliseo sacudida por una emoción violenta. Y allí, en todo el esplendor de su juventud y de su gloria, Robert Williams le hacía el amor a Jean Harlow... La tomaba en sus brazos, la besaba. ¡Escuchaba la voz de un hombre que había cesado media hora antes!... Contemplaba su más grande triunfo que fué el definitivamente final!...

El día quince de mayo actual me encontraba en el "Rivoli", contemplando el último film de Ernest Torrence... Súbitamente se hizo un silencio impresionante, y la voz de un acomodador anunció que acababa de salir un "extra" a la calle, anunciando la muerte de Ernest Torrence.

Cuando la función asumió nuevamente su normalidad, podía escucharse el ligero vuelo de una mosca. Las respiraciones estaban contenidas. Y allí en la pantalla Ernest Torrence caía desplomado en los brazos de Claudette Colbert (su hija en la película de que hacemos mención), muriendo en la farsa como acababa de morir en el drama verídico de su vida.

Por inexplicable ironía del destino, en este último film, la última mirada que lanzamos sobre el roble, nos lo muestra abatido, caído para siempre.

Y hay la morbosa sensación de que aquellas convulsiones finales, aquella escena última en que se desprende de la miseria de la materia, no es ficticia sino real...



La última escena del gran actor Ernest TORRENCE, en el film "I Cover The Waterfront", de los Artistas Unidos. Por ironías del destino en esta escena "muere" el actor. Pocas semanas después de filmada la misma, caía herido de muerte en la vida real... (En la foto aparecen además Claudette COLBERT y Ben LYON). (Fotos United Artists.)

porque mientras la contemplamos, sabemos que el hombre acaba de entregar el alma a su Creador...

Ernest Torrence, mientras acaricia la cabeza bruna de Claudette Colbert, la última mujer a quien besó en los dominios de la pantalla, exclama con una voz de convicción dolorosa: "Me siento intranquilo... como si se acercara el final"... ¡Cuán ajeno estaba el viejo actor de que, efectivamente, el final estaba allí, frente a él, alargándole los brazos descarnados, impaciente por apoderarse de su presa!

Resumamos en breves palabras la vida de Ernest Torrence el gran actor desaparecido.—Nació en Edimburgo, Escocia, en junio de 1878, y fué educado en la misma ciudad en escuelas públicas y privadas respectivamente. Asistió a la Academia de Música y al Conservatorio Stuttgart en Alemania, así como a la Real Academia de Música en Londres.

Hizo su debut en público como pianista, dando conciertos en varias capitales europeas, y cosechando aplausos de críticos y de públicos en general.

En el año de 1900 la Real Academia de Música lo honró con la Medalla de Oro por su labor operática. En esa época ya Ernest Torrence se había hecho aclamar como barítono de raras cualidades. En 1901 fué nombrado barítono principal en la Opera de Sboya, recorriendo el mundo e interpretando una variedad enorme de famosos caracteres.

Durante muchos años Ernest Torrence conquistó aplausos en Londres y New York...

Torrence podría en verdad ser aclamado como "el primer actor que apareció en una película parlante". Solamente que cuando este acontecimiento tuvo lugar muy pocas personas le dieron importancia y sólo años después aquel sueño se convirtió en realidad. Hace veinte años Tomás Edison anunció que acababa de perfeccionar un nuevo invento aplicable al cinematógrafo: Ernest Torrence fué llevado al laboratorio de Edison en East Orange, New Jersey, donde el actor cantó un trozo de la ópera "Fausto", para probar el nuevo descubrimiento del inmortal Edison. Sin embargo pasaron muchos años antes de que otro genio llevara a la práctica la posibilidad de darle voz a la cinematografía. (Cont. en la Pág. 47)



El gran actor de carácter Ernest TORRENCE, fallecido en New York el día 15 de mayo último, cuatro días después de estrenado su último film...

EN PROFUNDIDADES de LA MUERTE

por **JAMES HOOPER**

LA joven señora de los ojos color violeta llegó a la *broadcasting* de KYB y pidió hablar con nosotros. Quería cantar desde nuestro estudio, el miércoles a las diez de la mañana. Un tanto fastidiados, le ofrecimos, sin embargo, una oportunidad de demostrar sus dotes líricas. Ante el micrófono de ensayos, la hermosa mujer cantó con apasionamiento el gran canto de amor de Schubert *Tú eres la paz*. Cuando hubo terminado, permanecimos un instante en silencio, bajo la deliciosa impresión de su voz. Luego le dijimos que sí, que podría cantar por KYB. Pero... ¿por qué deseaba hacerlo el miércoles por la mañana, a las diez en punto?

La mujer se llevó el índice a los labios y nos contestó: —Es un secreto. Y les agradecería que no divulgasen mi propósito.

Se despidió de nosotros. Alan Dunn, el director de publicidad se lanzó tras ella para tratar de identificarla y descubrir aquel secreto, misión que cumplió con todo éxito. Aquella mujer era la esposa del subteniente Leverance, del cuerpo de aviación. El miércoles próximo, a las ocho y treinta, el subteniente Leverance abandonaría la tierra, provisoriamente, para elevarse en un globo libre con la esperanza de batir todos los records de altura. "Llevará en el globo una serie de aparatos científicos — nos explicó Dunn,— pues en esas alturas la atmósfera es irrespirable. Llevará, también—agregó triunfalmente,—un pequeño receptor de radio!

Y así supimos por qué Ruth Leverance quería cantar por nuestra estación el miércoles a las diez. A esa hora Jack atravesaría el momento más difícil y peligroso de su tentativa. Aprovechando la propaganda que ese hecho significaría para la *broadcasting*, hicimos saber al público, indirectamente, que Ruth Leverance cantaría para el esposo.

El miércoles, Ruth llegó trémula y entusiasmada como un niño.

—Le pedí que sintonizara KYB —me dijo.—Pero mi marido no sabe que cantaré para él.

La conduje ante el micrófono en la pequeña sala de cristal. La actitud de la mujer cambió como por encanto. Ya no era un niño amedrentado y nervioso, sino una verdadera artista con pleno dominio de su personalidad. Anunció el número, callando el nombre de la intérprete. Ruth se irguió ante el micrófono, como en éxtasis, y dió comienzo a su canto.

Nos resultaba impresionante hallarnos con esa mujer en la salita de transmisiones. Pensábamos en el globo hasta donde llegaría la dulce voz de Ruth, y teníamos la sensación de estar viendo el aeróstato en su audaz ascenso por las nubes llevándose a lo alto al solitario pasajero. Hacía ese pasajero el canto se elevaba como un alma.

Fué en ese momento, como luego pudimos comprobarlo por el

cuaderno de apuntes del subteniente Leverance, cuando el globo estaba por batir todos los records de altura. La ascensión había sido rapidísima. Cinco minutos después de la salida, el

necesarios, valiéndose, para cortar las cuerdas que los sujetaban, de un cuchillo... el mismo cuchillo que provocaría el accidente.

Dos de los tanques de oxígeno ya vacíos. Leverance respiraba el

tima anotación hecha en el cuaderno lo demostraba:

Las diez y diez. ¡Cuarenta y dos mil pies! ¡Pero sigo subiendo!... ¡Corto con el cuchillo las cuerdas que sujetan los últimos trastos inútiles!... ¡Ruth sigue cantando para mí!... Ruth: ¡Tú eres la paz!

Ruth cantaba, en efecto. Cantaba como un pequeño pájaro prisionero en la caja de cristal de la *broadcasting*. La música y el amor se elevaban en ondas invisibles hacia el esposo temerario y heroico, infundiéndole ánimos.

Advertí en ese momento que Dunn me llamaba, acercándose a mí. Salí con él al *hall* contiguo a la sala.

—¡Que no deje de cantar!—me pidió Dunn.—¡Tienes que obligarla a seguir ante el micrófono! Parece que sucede algo grave....

—¿Qué?... ¿Qué?...

—Estoy en comunicación telefónica con el campo de aviación, desde donde observan el vuelo. El globo se ha destacado en una parte despejada del cielo. No baja, a pesar de haber batido los records con exceso. Se desliza siempre a la misma altura. Los aeroplanos que se elevaron para seguir en lo posible al globo, envían mensajes asegurando que en la barquilla no se advierten señales de vida. Creen que el tercer tanque de oxígeno se ha concluido, también. ¡Y el globo no baja! ¿Entiendes?... ¡No baja, y Leverance ya no puede respirar oxígeno!... ¡Dile a la esposa que siga cantando!... ¡Hasta que yo te avise!...

Pero Ruth, como si hubiera estado oyendo nuestro nervioso diálogo, o como si hubiera visto la expresión de nuestros rostros a través de los vidrios, seguía cantando con unción angustiada. Cuando penetré en la sala, interrumpí súbitamente su canto y volví hacia mí sus ojos dilatados de terror, murmurando:

—¡Dios mío!... ¡Creo que ya no me oye!

—Siga... siga cantando, señora...—le pedi.

Ruth miró el micrófono. Tuvo un gesto de desesperación. Pero no cantó. Llamó, con voz desesperada:

—¡Jack!... Jack!...

Y repitió esa palabra con insistencia, en los más distintos tonos de voz, como si estuviese llamando a alguien perdido en la obscuridad de la noche.

—¡Jack!... ¡Querido!... ¡Jack!... ¡Escúchame!... ¡Soy yo!... ¡Ruth!...

Se llevó las manos a la cabeza, en gesto de extrávido. Y repitió:

—¡Jack!... ¡Jack!... ¡Mi Jack!... ¿Me oyes?... ¡Oh!... ¡No, no te duermas!... ¡Anímo!... ¡Jack!... ¡Despierta!... ¡Despierta!...

Y luego, en voz baja, pero clarísima, como una madre que hablase a un niño dormido:

—¡Jack!... ¡Jack!... ¡Abre la válvula!... Tira de la cuerda!...

Yo permanecía rígido en un ángulo de la sala, detrás de Ruth. Y la voz de la esposa repetía impaciente, moribunda:

(Continúa en la Pág. 49.)

¡ATENCIÓN!



El famoso colorante TINTEX está ahora al alcance de todas: 15 centavos en cualquier sedería o botica y en paquetes pequeños en las tiendas de Woolworth a 10 centavos.

Cómpralo hoy

CAJA GRIS para teñir todos los materiales.
CAJA AZUL para sedas con adornos de encaje. Colorea la seda pero el encaje conserva su blancura.
QUITA COLOR hace desaparecer el antiguo color de cualquier material para teñirlo con un nuevo color.
WHITEX, un añil especial para devolver la blancura a las sedas y lanas amarillentas.

Tintex
Tiñe y colorea

Representante para Cuba:
General Distributors, Inc.
Lamparilla, 58, Habana

subteniente escribió en su cuaderno:

Diez mil pies. Arrojo lastre. Escocho la transmisión de KYB.

Al alcanzar los veinticinco mil pies, Leverance escribió:

Nieva. Recorro al oxígeno. Oigo KYB... Pienso en ti...

Las anotaciones que seguían, de orden técnico, revelaban, por la irregularidad de la letra, la creciente debilidad física del pasajero.

Por último, Leverance había alcanzado la altura necesaria para batir todos los records. El globo seguía ascendiendo, pero lentamente. Leverance arrojaba a tierra, para ganar más altura, todos los objetos que le resultaban in-

gas del tercero y último.

Las diez y cinco, escribía ahora, con una letra tendida y abierta que demostraba con elocuencia los efectos de la terrible altura. Cuarenta mil pies. Hace un frío espantoso. El cielo parece de tinta...

Luego seguía en el cuaderno una anotación que testimoniaba el éxito de KYB:

¡La voz de Ruth!

Más abajo:

¡La voz de Ruth en KYB!

¡Ruth canta! ¡La melodía de Schubert!... ¡Nuestra canción de amor!...

Con renovado entusiasmo, Leverance se había empeñado en alcanzar aún mayor altura. La úl-

Yo comía así antes hasta que comencé a padecer de acidez del estómago

Si ese buen hombre supiese lo buena que es la Magnesia Bisurada podría comer lo mismo que yo.



LA ACEDÍA LE ATORMENTA

¡Pobre hombre! La indigestión le aterroriza hasta el extremo de que no se atreve a comer ni un emparedado. La acedía le atormenta en cuanto come. Quizás tenga ya úlcera estomacal.

Pero él podrá recobrar el contento, gozar de buena salud y normalizar su estómago con sólo tomar un poco de Magnesia Bisurada después de cada comida. La Magnesia Bisurada evita la indigestión, el abotagamiento, la

eructación, la flatulencia y la acidez del estómago, haciendo desaparecer sus síntomas en menos de tres minutos. Es un remedio eficaz y de efecto rápido. Cómaselo lo que se apetezca y después tómese un poco de Magnesia Bisurada y se disfrutará alegremente el placer que proporciona una buena comida. Hágase la prueba y convénganse. La Magnesia Bisurada está de venta en todas las boticas.

Una Carta

(Continuación de la Pág. 40)

vió pasar caras felices. A las seis y cuarto dejó su asiento. "Nina puede haber llegado más temprano..." Pero a las siete aun no había llegado. Algunos minutos más tarde, se golpeó la frente.

—Pero en qué estoy pensando! ¡La espero a la salida, y es en la entrada donde estará seguramente!

Diez veces, por lo menos, atravesó la avenida. A las ocho y media, se desesperó.

—Nina se ha burlado de mí. Y eso no está bien.

Tomó tristemente el camino de su casa, dispuesto a reñir a Nina, pero no muy severamente, porque podía ser que la muy pípara sintiera por él una ternura demasiado tímida.

Volviendo a la mañana siguiente a su empleo, distraídamente abrió el periódico. Después de leer la crónica de deportes, su mirada cayó de pronto sobre la información de los hechos del día. Dió un grito de horror: "¡No es posible!" Así supo que Nina, que fuera la vispera a remar con algunos amigos, se había ahogado en el río, a las cinco de la tarde.

—A las cinco— se decía.—Ella iría después a verme. ¡Y yo que dudaba de ella!... Mi pobrecita querida...

Por la tarde volvió a la pequeña fonda. Todos los estudiantes estaban consternados. "¡La pequeña niña!" ¡Qué desgracia tan grande!... Teófilo sacó la cartita, ocultando sus lágrimas. Los jóvenes la leyeron, bajando la cabeza, sin que ninguno se atreviera a confesar la verdad.

—Me amaba, amigos míos. Me hubiera casado con ella. Ya sé lo que tengo que hacer ahora...

—¡No irás a suicidarte, querido Teófilo!...

...No. Teófilo vivió, vivió mucho tiempo. No volvió jamás al restaurante que le evocaba tan dolorosos recuerdos; pero todos los domingos, invierno y verano, iba a dar un paseo. Había descubierto la tumba de Nina, y la cubría de flores silvestres. Después, almorzaba en cualquier parte y se sentaba en la margen del río. Y cuando una canoa llena de muchachos danzaba peligrosamente sobre las ondas, Teófilo levantaba la mano y ahuecando la voz, decía:

—Cuidado, pequeños, no ocurra una desgracia...

Se le reían en la cara, claro, y a veces alguna chiquilla le sacaba la lengua. Teófilo se había vuelto maniático. Es que sobre su pecho dormía una dulce carta, la carta de Nina, la única carta de amor que había recibido en su vida...

AIRE...

(Continuación de la Pág. 20)

que dejan impasible a quienes más directamente debían de afectar estas cuestiones si se apoyaran en alguna realidad, en alguna razón de carácter social, político o económico. Pero como en el fondo no es otra cosa que barullo, así es el caso que se hace a todo este tinglado, que sostienen el despecho y la animadversión hacia unos hombres que trabajan en tanto por la República, desatendidos de cuanto no sea esa labor que voluntariamente y con gran entusiasmo acometieron hace dos años y pico...

El anarcosindicalismo tiene la desgraciada oportunidad de manifestarse siempre, de coincidir con estos movimientos que desatan las derechas contra la República. Será mera coincidencia pero es fatal y luego no querrán que se piense en turbias concomitancias.

Porque al mismo tiempo que se hacía cada vez más amenazador el cerco de los opositoristas en la Cámara, dirigidos por conservadores y católicos, con la adhesión, inexplicable si no se piensa en la aversión a los gobernantes, de radicales, federales y extremistas de la izquierda parlamentaria, los anarcosindicalistas pretendieron contestar al movimiento general que significaba el paro del 1º de mayo, con una huelga de 48 horas, para la cual, a falta de otra fuerza, apelaron a la de la acción directa. Y para conseguir el paro del tráfico rodado, muy de mañana, idearon intimidar a conductores y cobradores de los tranvías mediante la bomba de mano y la "star".

Un grupo que iba por la calle de Alcalá hacia las cocheras, infundió sospechas a unos agentes de Policía, los cuales intentaron cachear a los sospechosos. Iba con ellos una mujer que llevaba en un capazo una bomba. Los policías amenazaron con sus pistolas al grupo y éste contestó a tiros y en vista del giro que adoptaba el encuentro, la mujer arrojó la bomba y hubo un agente de Policía muerto. En el tiroteo que se entabló, cayó un anarcosindicalista; otros, entre ellos la mujer, sufrieron heridas graves, a consecuencia de las cuales murió en el Equipo Quirúrgico otro de los extremistas.

La huelga que había de ser de 48 horas y en toda España, tuvo sus chispazos más agudos en la

región de Levante y no llegó al término fijado en el resto de España. La U. G. T. ayudó con gran disciplina al fracaso rotundo del movimiento.

En Játiba (Valencia) agredieron a la fuerza pública y al defenderse ésta hubo tres extremistas muertos. Intentaron repetir lo de Castillblanco.

Pero ya decimos que fuera de estos desgraciados incidentes, la huelga no revistió carácter alguno de gravedad y fué un verdadero fracaso; quizá el más serio que en mucho tiempo haya sufrido esta organización sindical de la C. N. T.. Y es que constantemente alardea de su fuerza, de su disciplina, de la extensión y número de sus sindicatos y afiliados,

lo que a la postre fatiga, mucho más cuando por lo general los movimientos que decreta no llevan aparejado ningún fin predeterminado, ningún anhelo social, ninguna apetencia de mejora económica, sino simplemente hacer el juego a la F. A. I., a los anarquistas, que se han infiltrado en estas organizaciones y persiguen otros fines y, repetimos, parecen obedecer a sus antipodas, acaso por intromisión de elementos impuros, de gentes que van a su "negocio", que han hecho, en definitiva, una industria de la alarma pública, que son ahora lo que Maura, el otro, Don Antonio, llamó un día en el Congreso de los Diputados, los "contratistas de la tranquilidad"...



QUE ERA GUAPO. ELLAS NO LO NEGABAN PERO LO CALIFICABAN DE "IMPOSIBLE"—EL NADA SOSPECHABA.



EN LA OFICINA, AUNQUE SUS JEFES RECONOCIAN SUS MERITOS COMO EMPLEADO, NUNCA LO ASCENDIERON



FUE RECHAZADO CUANDO SE LE DECLARÓ A LA MUCHACHA QUE IDOLATRABA



ENTONCES UN MEDICO, AMIGO SUYO, LE HABLO CON FRANGUEZA

—LE ACONSEJO QUE USARA LIFEBOUY SALVAVIDA



YA SIN EL OBSTACULO DEL "OLOR DE SUDOR", PRONTO SE CASARA

No se arriesgue con el "Olor de Sudor"

NADIE es inmune. Aunque no haga calor, los poros exudan diariamente un *líquido* de sudor—con frecuencia de mal olor. Todos lo notan. ¡Sea precavido! Use el jabón de salud Lifebuoy, que purifica y *desodoriza* los poros. Además, por eliminar de las manos los microbios, ayuda a conservar la salud.

Un cutis radiante

La rica y penetrante espuma de Lifebuoy extrae las impurezas de los poros. Tonifica y da al cutis un radiante aspecto de belleza.

¡Use Lifebuoy! Representantes: Kates Brothers Agnate 120. Habana



UNA NOCHE BASTA

Para probar la eficacia de este famoso laxante.

A un afamado médico inglés le cabe la gloria de haber combinado una excelente fórmula para un purgante suave pero notablemente eficaz. No requiere más que diez horas para producir su efecto: literalmente, de la noche a la mañana.

Las Píldoras de Brandreth están compuestas de seis preciosos ingredientes vegetales, cada uno de los cuales procede de un lugar distinto. ¡Seis naciones, seis climas, seis suelos diferentes contribuyen a hacerlas el laxante perfecto!

No irritan. Obran de una manera suave. Y como ejercen su acción únicamente sobre el intestino grueso, pueden tomarse todo el tiempo necesario sin temor de que afecten la digestión. Además, no envían ni pierden su eficacia, y por lo tanto no hay que aumentar la dosis.

¡No en vano son aclamadas por millones de personas, que las han popularizado en más de 70 países!

Su acción es lenta, pero completa. Pruébelas. Déles diez horas para producir su efecto, y no volverá a usar ningún otro laxante. Las venden todas las buenas farmacias.



Las Ventanas del ALMA

por P. DERIZ, del "Instituto Parisino de Bioquímica"

UNA notable especialista dijo una vez que quien tuviese ojos bellos, generalmente tendría el mundo a sus pies.

Es, desde luego, una exageración un tanto optimista, pero no cabe dudar que es difícil encontrar un rostro que no sea por lo menos interesante o atractivo, si lo iluminan unas pupilas grandes y profundas, de mirada radiante y expresiva, a través de un sedoso y doble fleco de pestañas. Unos ojos bellos no bastan, ciertamente, para dar belleza a un rostro que carece de otros encantos, pero sí bastan en muchos casos para que se le perdone la falta de facciones correctas o de una tez deslumbrante.

Existe la creencia errónea que nada podemos hacer para cultivar la belleza de nuestros ojos, aparte del procedimiento, meramente de apariencia, del arreglo de cejas y maquillaje. Desde luego, poco está en nuestra mano hacer para modificar su apariencia, menos, quizás, que con otra parte del cuerpo, pues aunque se están llevando a cabo intervenciones de cirugía plástica para agrandar la abertura de los párpados, dando así mayor tamaño al ojo, esta operación tiene que ser efectuada, naturalmente, por un gran experto, y así y todo, no la aconsejo a mis lectoras.

Pero en cambio podemos hacer un poco para conservar la belleza natural, parca o espléndida, de los ojos, observando las más elementales reglas de higiene, y sobre todo, protegiendo contra el cansancio estos órganos que ejercitamos sin tregua y a veces sin piedad.

Ante todo, una prohibición que de antemano sé contrariará a buena parte de mis lectoras: no se debe leer estando acostada. Ciertamente nada más delicioso que tenderse en una mullida cama o diván, entre profusión de acogedores almohadones o cojines, con una caja de bombones al lado, y una novela interesante o un tomo de versos sentimentales en la mano, pero el enfocar la vista en la página impresa, estando en posición horizontal, exige un singular esfuerzo de adaptación que se paga en indebida fatiga del órgano visual, a la vez que, incidentalmente, la proximidad de la caja de bombones suele ser no menos perjudicial para el cutis y para el peso.

La fatiga o el cansancio de la vista no proviene precisamente de su ejercicio, ya que las funciones de su órgano son de tal naturaleza que están en perpetuo ejercicio, sino de la tensión que se produce al ejercitarla indebidamente. Cuando se forma esta tensión —a la que a veces contribuye no poco el estado mental— de nada sirve que se deje de trabajar, ni siquiera que se busque reposo en el sueño, ya que muchas veces al despertar por la mañana se experimenta la misma molestia en los ojos que se sentía al recogerse la noche anterior.

Para evitar o aliviar esta tensión, tenemos que cuidar conscientemente de cambiar el objeto de la mirada de vez en cuando, para impedir la tensión originada por la fijeza. Así, por ejemplo, si se está leyendo, escribiendo o cosiendo, debe apartarse la mirada del libro, la escritura o la labor, y fijarla en un espacio blanco de la pared, o mejor aún, si se está cerca de una ventana, mirar la mayor distancia posible.

En el teatro, y todavía más en el cinematógrafo, descansa considerablemente la vista el sencillísimo procedimiento de dejar de mirar a la escena o la pantalla durante un instante, no lo suficientemente largo para que perdamos nada de la acción, pero sí bastante para con el cambio de enfoque calmar la tensión óptica.

Pestañear es una buena costumbre también para descansar la vista, con tal de que se haga consciente y deliberadamente, cuidando de que no degeneren en un hábito que puede convertirse en un verdadero tic nervioso. Todos los niños y los animales pestañean con frecuencia, y no hay, ciertamente, pupilas más brillantes ni vista más fuerte y clara que las de la infancia y la fauna.

Para estas pausas de descanso, nada es mejor que fijar la mirada en algo negro, una cortina o una alfombra, por ejemplo, lo que es fácil debido a la actual boga entre los decorados interiores de introducir detalles negros que hagan resaltar los valores de su plan de colorido de cada estancia; pero como estas colgaduras y alfombras puede decirse que constituyen un lujo no al alcance de todos, sobre todo en Cuba, donde el clima hace que a veces hasta en residencias elegantes se prefiera prescindir de estos refina-

mientos, puede sustituirse, como objeto de contemplación, por un cojín de raso o terciopelo negro, que en toda casa puede haber.

Otro excelente método de descansar la vista, consiste en interrumpir de vez en cuando el trabajo que se esté haciendo para tapar los ojos con la manos, colocándolas de tal modo que la parte cóncava de la palma quede sobre el ojo, de manera que no lo toque, pero al mismo forme una oscuridad completa que lo cubra, colocando la base de los dedos en la frente y los pulgares sobre la sien. Entonces se hará un esfuerzo mental para "ver" un campo de densa negrura, lo que no se podrá conseguir hasta que el ojo esté en condiciones perfectas, y para ello se ha de persistir en la práctica de este ejercicio, efectuándolo unos cinco minutos varias veces al día.

Otro magnífico ejercicio, no sólo para la vista, sino también para la mente, consiste en cerrar los ojos, y después de aflojar toda tensión física, alcanzando un completo desmadejamiento muscular, tratar de visualizar una extensión absolutamente blanca, procurando rechazar toda idea que no sea la de un total reposo y la blancura que se quiere contemplar. Distra mucho de ser tan fácil como parece, y sólo después de perseverante práctica puede conseguirse.

Después que se logra contemplar a voluntad el campo blanco, se puede intentar ver un punto negro en medio de esa blancura. Tampoco es fácil, y posiblemente habrá que comenzar mirando una pequeña mancha negra, y entonces esforzarse por verla cada vez más pequeña, hasta haberla reducido a las proporciones de un punto.

Hasta aquí los medios de proporcionar reposo a la vista; pasemos ahora a las prácticas higiénicas de los ojos. Mañana y noche, jamás se debe descuidar el bañar los ojos completamente normales con una solución de agua destilada con uno por ciento de sal, o una solución de ácido bórico, al dos por ciento, o mejor todavía según alguna fórmula de un oftalmólogo.

Quando se regresa de un día de campo, de deportes al aire libre, o de viaje, es igualmente conveniente emplear una de esas soluciones, ya utilizando una copita de ojos o un gotero, y cuando los ojos estén congestionados o se sienta molestia después de una de estas salidas, o bien de un trabajo prolongado, durante el cual no se les haya dado tregua, se adivian y descongestionan muy rápidamente acostándose y aplicándose unas compresas de algodón mojadas en una de estas soluciones, calentada al bañomaria a la temperatura más alta que se puede soportar, y procurando alanzar la mayor tranquilidad mental, desechando toda preocupación o idea desagradable, y observando una completa quietud acompañada de un total desmadejamiento durante un período de diez a quince minutos, o, de ser posible más, tanto mejor.

Tengas presente que me refiero, como antes dije, a ojos completamente normales, o sea, en perfectas condiciones de salud y funcionamiento; en cuanto se note el menor trastorno o molestia más allá de la momentánea producida por una fatiga pasajera, encarezco a mis lectoras que sin pérdida de tiempo vean a un buen oculista, y no digan, como he escuchado a tantas señoritas:—No voy a consultar un oculista porque en seguida me mandará a usar espejuelos.

No, señoritas, ese no es siempre el caso, tratándose desde luego de un hombre de ciencia y conciencia. Les mandará a usar espejuelos sólo en el caso en que su uso sea imprescindible, y sobre esto expondré más adelante unas teorías modernas, pero quiero citar el caso de una señorita discípula mía de cultura física, quien, en época de exámenes universitarios, estando estudiando tres carreras a la vez, descuido imperdonablemente su salud, reduciendo al minimum su resistencia nerviosa, y maltratado cruelmente sus ojos. A consecuencia de ello, comenzó a sufrir unos horribles dolores de cabeza congestivos, que, empezando por los ojos, se extendían por toda su cabeza, dándole la sensación de tenerla comprimida por un arco de hierro cada vez más estrecho. Contrariada por la idea de tener que usar espejuelos, pero no pudiendo ya resistir más esa molestia, esta señorita resolvió visitar a un oculista de merecido renombre, quien tras un examen de casi una hora, que le permitió apreciar el perfecto estado de su

(Continúa en la Pág. 54)



Conserve suave, fresco y fragante todo su cuerpo

... con este famoso jabón cuyo secreto de belleza está en la mezcla de sus aceites balsámicos

EL baño diario de Cleopatra con los aceites de palma y oliva era un rito necesario para conservar la hermosura de su cuerpo. Hoy la mujer moderna hace lo mismo—usa Palmolive, —la mezcla científica de estos mismos aceites balsámicos—el jabón embellecedor que conserva el cutis suave, terso y encantador.

En la mañana y por la noche siga este tratamiento de belleza. Con ambas manos haga una espesa y abundante espuma con Palmolive y agua—frótese con esta espuma-crema la cara y el cuello hasta que penetre bien en

los poros. Enjuáguese bien. Séquese con suavidad. Su cutis quedará suave, fresco, juvenil y adorable.

Ahorre dinero; use este jabón embellecedor. Palmolive hoy le cuesta 7c en vez de 10c—y es del mismo tamaño, del mismo peso, de la misma calidad de siempre. Ahora que Palmolive cuesta tan poco, puede usarlo para el *shampoo* y para su baño diario, pues conserva el cuerpo deliciosamente fresco y fragante.

Compre hoy mismo 3 pastillas por 20c. Uselas... luego vea el cambio en la suavidad y lozanía de su cutis.

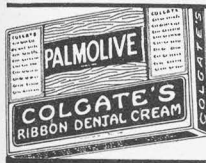


AHORA
7¢
3 por 20¢



AHORRE DINERO—YA SE AGOTAN

Su proveedor tiene aún algunos estuches conteniendo un tubo grande de Crema Dental Colgate y una pastilla grande de Palmolive—ambos por 20c... el precio que usted usualmente paga por la Crema Dental Colgate sola.



CHH

Ernest Torrence actuaba en uno de los mejores teatros de Broadway, en la obra de gran éxito "The Night Boat" cuando algunos productores de cine vieron en el actor grandes posibilidades para la pantalla. Hizo su debut en la tela luminosa con el drama "Tolerable David", en cuyo film alcanzó Richard Barthelmess, entonces una figura juvenil de poco relieve, los honores de estrella... Aquel fué el primer papel de "villano" que Torrence llevó a la pantalla, y tan convincente y extremo fué, que hizo historia en la cinematografía. Definitivamente abandonó el teatro legítimo dedicándose al celuloide.

Sus películas lo presentan en una variedad extraordinaria de tipos. En nada se parece el dulce Pedro, discípulo predilecto de Jesús, carácter que tan brillantemente supo interpretar Torrence en "El Rey de los Reyes", al cruel montañés de "Tolerable David", etc.

Como Pedro, Torrence nos dejó la sensación maravillosa de un carácter bíblico; en su último film—su triunfo final—nos hace estremer bajo el poder casi hipnótico de sus ojos brillantes, anodados bajo el espesor de unas cejas móviles y expresivas.

Y sin embargo, en cualquier caracterización, sin excepción nin-

OBITUARIO

(Continuación de la Pág. 42)

guna, Ernest Torrence, por si nuestro que haya aparecido para la mayor perfección de su papel, nos presentó siempre, en un instante discretísimo, la línea de plata de su carácter generoso y noble, tal como lo conocimos dentro del "set" de su vida real.

Su sinceridad como actor era tan grande, que cuando trabajaba, aún en los momentos de descanso entre escena y escena, buscaba el ambiente que le ayudara a conservar el "sentimiento" de la caracterización que llevaba a cabo.

Cuando se filmaba "El Rey de los Reyes" en los estudios Cecil B. De Mille, pude contemplar muchas veces a Ernest Torrence, con una Biblia antigua en las manos, leyendo ávidamente los pasajes que se referían a la vida del apóstol Pedro.

Ernest Torrence era artista en el fondo de su alma. Todas sus inclinaciones tendían al arte en su más refinada concepción... Lo he visto tantas veces, en los instantes de receso, acercarse al piano del estudio, y recorrer las teclas con sus dedos largos y sen-

sitivos, arrancando dulces melodías al instrumento.

En aquel cuerpo de gigante, fuerte y recio, había el alma clara y dulce de los consagrados al arte. Su conversación era colorida y llena de interés; una hora a su lado bastaba para convenirse de dos cosas: de la enorme cultura de Ernest Torrence y de las muchas, muchísimas cosas que a una le quedaban por aprender.

En Hollywood siempre fué un honor para los más distinguidos de sus miembros, ser invitados a un recital en la residencia de Ernest Torrence. Y no ya el público que lo admiró como actor sincero y de excelentes cualidades, sino sus compañeros todos, sentían por Ernest Torrence la más ardiente admiración.

Muchos de los que comenzaron su carrera artística cerca del mismo, encontraron siempre un buen consejo, y una benévola ayuda en cualquier momento en que ésta era necesaria. Richard Barthelmess confiesa que su triunfo en "Tolerable David" lo debió a la inspiración que recibía de Tor-

rence, dispuesto siempre a dar a los principiantes una oportunidad, olvidándose de sí mismo, para que los otros tuvieran siempre el beneficio de un "close-up".

A su lado no existían los celos profesionales. Ernest Torrence supo hacer amable hasta sus mismos papeles de villano.

En su último film, en ese pedazo de realismo que se llama "I Cover The Waterfront" y que es la última piedra que puso el gran actor en su monumento artístico, a pesar de la parte odiosa que juega en el mismo, termina su vida para realizar una buena acción, y nos deja la sensación dulcísima de que el Ernest Torrence que conocimos, cuya mano estrechamos, cuyos cuartos escuchamos tantas veces, era un ser noble, grande, virtuoso, puesto que al morir en la farsa realiza la suprema buena acción, salvando a su enemigo, al causante de su propia muerte...

Ben Lyon y Claudette Colbert que compartieron con Torrence este último y final triunfo, deben haber sentido una tristeza infinita cuando el cable agorero les llevó la noticia de su muerte.

¡Treinta y cinco años dedicados gloriosamente al arte, para caer de súbito! Empero, cuando cae un robe, hasta su caída es grande y bella.

EL TREN DE LAS OCHO Y TRECE

por Elizabeth Walding

PAMELA Marsh había afeitado su maleta y el pequeño baúl del cual se enorgulleciera tanto dos años atrás, al volver de su luna de miel, porque estaba cubierto de etiquetas de los países de Europa.

El reloj de la chimenea dió las ocho, y el marido de Pamela apareció en el umbral de su alcoba.

—¿De modo... que estás reuelta?

—Completamente, Alberto.

Pamela cerró la maleta y se volvió hacia el tocador. Alberto, un hombre joven, de ojos oscuros, murmuró que ella parecía una de esas ratas que abandonaban los barcos próximos a naufragar. Ella lo oyó con indiferencia.

—Eso no es cierto—afirmó.—No pasa de una vulgar mentira. Y no me retendrás aquí, puedes creerlo. —Nada te retendrá, si estás reuelta.

—En ese caso... ya nada tenemos que decirnos.

—Afuera hay una densa neblina. ¿Supongo que estarás enterada?

—Lo sé. Eso tampoco me retendrá aquí, Alberto.

El marido, sin responder, giró sobre sus talones y bajó la escalera.

Una vez lista, Pamela se puso los finos guantes, no sin lanzar una última mirada sobre el anillo matrimonial; tomó la maleta, y descendió a la planta baja.

Antes era una muchacha indolente



Ahora es más activa que nadie—la que fué tan "floja"... cuando sufría de estreñimiento—antes de empezar a tomar el Kellogg's ALL-BRAN.

La "fibra" de este delicioso alimento cereal ejercita los intestinos, su "Vitamina B" los tonifica, y su hierro asimilable enriquece la sangre. Es todo salvado y totalmente efectivo.

Tómense dos cucharadas diarias. No hay que cocerlo. Sirvase con crema o leche fría, directamente de su paquete verde y rojo.



Kellogg's ALL-BRAN

(Todo—salvado) el remedio benigno y natural contra el ESTREÑIMIENTO

—Antes de marcharme, Alberto—dijo, al encontrarse con su marido en el "hall"—debo decirte que la única razón que nos separa es que no nos entendemos. Nuestros temperamentos son muy distintos. Iré a vivir con mi madre mientras se tramita el divorcio...

—No te creo... Lo que pasa, es que tu carácter es demasiado mezquino para aceptar ciertas cosas... Te gusta el lujo..., la vida fastuosa...

—Ya lo ves... El hecho de que me hables así, prueba que no nos entendemos... Nunca debimos casarnos...

—¿Te parece?—exclamó Alberto, con súbita cólera.

Y aferrándola de la muñeca, gritó:

—¡Pero estamos casados... y la situación es así muy distinta! Oyeme, Pamela... He tenido mucha paciencia contigo. He ido más lejos que ningún marido. Pero... ahora te digo que puedes ir sabiendo esa maleta. Eres mi mujer... y lo que es esta noche, no saldrás de esta casa, aunque tenga que usar la fuerza para impedirlo.

—¿La fuerza?—repitió ella, con frialdad.—Usala. ¡Y lograré mi libertad más fácilmente! ¡Trata de detenerme! ¡Golpéame, para que pueda mostrar las marcas de tus golpes!

Alberto Marsh rió sarcásticamente:

—¿De modo que es ese tu juego? Comprendo. Muy bien. Lamento decepcionarte. Retiro mis palabras. Por mí, no te detengas un solo minuto. Si quieres alcanzar el tren, apúrate...

Ella tomó su maleta y se dirigió hacia la puerta de la calle. Debajo de la vieja y triste casaca que había envenenado sus ilusiones. Desde el umbral, se creyó obligada a decir una última palabra:

—Más vale que todo termine así, Alberto.

—¡Es claro!—rió él.—Saludos a tu mamá... Dale una palmadita por mí a tu perro pequinés...

Abrió la puerta de par en par. Una niebla sofocante entró a bocanadas. Pamela, enojada por la broma de su marido, fingió no ver su mano tendida, y se dispuso a marcharse; pero...

La niebla pareció poblarse de fantasmas. Pamela frunció el ceño. Y lo mismo su marido. Cuatro sombríos y extraños personajes surgieron de la niebla y entraron en la mansión, con toda frescura, como si hubieran abierto la puerta para ellos...

Primero, fué un hombre de cara redonda, barba gris y poblado bigote. Estaba envuelto en un amplio sobretodo y llevaba un paraguas. Junto a él, una mujer delgada, también de negro. Luego, una muchacha, joven, elegante, y que sonreía con aire divertido. Por fin, un hombre de impermeable y sombrero de fieltro.

—¡Qué bueno!—observó la muchacha.—Por suerte, hay alguien aquí.

—¡Precisamente, lo que nos dijo el jefe de estación!—rió el del paraguas.—¿Dónde estará el "buffet"?

—Disculpen...—replicó Alberto, apenas repuesto de su estupefacción.—Ustedes no pueden en-

trar aquí. Esta es una casa particular.

—No... Nada de eso—dijo el del paraguas.—Usted no puede cerrarle su puerta a los viajeros. Eso no se hace. El jefe de estación dijo que aquí encontraríamos refugio sin dificultad.

—Lo lamento—insistió Alberto.—No puede ser. Si necesitan ustedes un hotel, hay uno a quince minutos de aquí, en Isingdale. Nosotros no podemos darles hospitalidad. Mi mujer se va, justamente, para tomar el tren de Londres.

—¡No irá esta noche, con toda seguridad!—rió el del paraguas.—El tren ha descarrilado a la salida de Barminster, por culpa de la neblina. Hay muchos muertos y heridos. La línea quedará bloqueada por varias horas.

—¡Santo cielo!—exclamó Alberto, mirando a su mujer, que contemplaba la avalancha de intrusos con desdén.

La muchacha, cuyos labios estaban bastante pintados, observó:

—El tren se salió de los rieles... ¿oyen ustedes? ¡Qué divertido! ¿No? Algo por el estilo sucede siempre en Nochebuena.

—Perdón...—intervino Pamela con tono áspero.—¿Quieren decir ustedes que el tren de las 8 y 13... no saldrá esta noche?

—¡Si supiera usted lo apesadumbrada que estoy, querida!—replicó la mujer de negro.—Herberto y yo íbamos a Londres para pasar la Navidad en el mismo hotel en que pasáramos nuestra luna de miel hace cuarenta años. Y ahora, no podemos... ¡Qué fastidio!

—Que alguno cierre la puerta... Entra mucha niebla—dijo el del paraguas con una risita.—No hace falta que todo el mundo se entere de lo larga que ha sido nuestra vida conyugal, querida. Estos simpáticos jóvenes están apenas en el principio del camino. El hombre del impermeable cerró la puerta. Pamela miró a su marido.

—Evidentemente, no hay más remedio—dijo Alberto.—Quédense ustedes. Me temo que en la casa no sobren los viveres; pero, en fin, algo habrá...

—¡Bello espíritu de hospitalidad el suyo, joven!—rió el del paraguas.—Digno de la Nochebuena.

La procesión, encabezada por

Pamela, pasó al comedor. Mientras el dueño de la casa atizaba el fuego de la chimenea, su mujer fué en busca de comida y licores.

—No veo el árbol de Navidad—observó la muchacha.—Ni siquiera una ramita de muérdago. ¿No festejan ustedes la Nochebuena?

—Sí. Es que... replicó Alberto— a mi mujer la llamaron con urgencia de la ciudad.

—Yo, nunca estuve casada—dijo la de los labios pintados.—Nunca pasé una Navidad en mi hogar... y con un marido. Curioso, ¿no? Y terrible, créame.

Pamela frunció el ceño. La descomulgada había pronunciado estas palabras con una emoción que daba escalofríos. Alberto también experimentó su influjo, y miró a la joven con más detenimiento. Era muy atrayente, y el diseño del arco audaz de sus pestañas le prestaba raro y muy sutilísimo encanto.

—Oigan...—dijo, de pronto, el hombre del impermeable, cuyo rostro tenía un aspecto cadavérico.—¿No han oído un golpe en la puerta? Pero, no... No puede ser... Nadie puede haberme seguido hasta aquí... Estoy a salvo...

—Lo dudo—opinó la mujer de negro.

El hombre del rostro cadavérico la miró, asustado y pareció a punto de desmayarse.

—Es verdad. Uno no puede matar a una mujer y considerarse a salvo. Sin embargo, ella se lo merecía...

Miraba a Pamela, que retrocedió con intenso horror.

—¿Mató usted... a una mujer?—exclamó ella, poseída por el pánico.

—Creí haberla matado—respondió el otro.—Pero no se puede matar a nadie. Siguen viviendo lo mismo. No lo abandonan nunca a uno... Mi mujer... Le di... Llevábamos dos años de casados, cuando me abandonó. Me abandonó como abandonan las ratas al barco naufragado. Me dijo adiós porque... bueno, porque mis cosas no marchan bien... y yo no podía darle todo el lujo que ella pretendía. Además... había otra mujer... y mi esposa no accedía a divorciarse...

(Continúa en la Pág. 50)

FANDORINE

asegura la salud de la Mujer

Hemorragias uterinas
Metritis
Obesidad
Fibromas
Menopausia



80% de las mujeres no están satisfechas de su salud.

La Fandorine está basada sobre los descubrimientos los más misteriosos de la Ciencia Moderna y realiza el medicamento completo, típico, de las enfermedades especiales del sexo femenino.

Est. CHATELAIN
Paris

La Fandorine aumenta el rendimiento secretorio del pecho tanto en cantidad como en calidad y prolonga esta función maternal.

—¡Jack!... ¡Jack!... ¡Soy Ruth!... ¡Ruth, tu mujer!... ¡La válvula! ¡Abre la válvula!... Y así continuó por espacio de algunos minutos que me parecieron largos como horas, implorando:

—¡Jack!... ¡A ver, un esfuerzo!... ¡No te abandones!... ¡Abre la válvula para que el globo descienda!... ¡Jack!... ¡Mi Jack!... ¡La válvula!... ¡Tira, tira, tira de la cuerda!...

Por fin, la hermosa mujer que parecía enloquecerse ante el micrófono, exhaló un hondo suspiro de alivio, giró la cabeza, clavó en mí sus ojos desmesuradamente abiertos y murmuró:

—Creo que... que... ya... Pero no pudo concluir la frase. Vaciló, y cayó a mis pies desvanecida.

En la nerviosa agitación que siguió, sólo pude entender estas palabras que Dunn murmuraba a mi oído:

—El globo desciende... Si... Me dicen que desciende.

Una hora después, el globo aterrizaba en las llanuras próximas a Dewey. Unos granjeros acudieron a prestar auxilio, y hallaron en la barquilla a un hombre que yacía como muerto. Era el subteniente Jack Leverance, sumido en las tinieblas de la inconsciencia. Los instrumentos de a bordo indicaban la altura alcanzada por el aerostato: cuarenta y cuatro mil pies. En ese momento, y cuando intentaba ascender aún más, el aeronauta, embotado por la altura y el frío, quiso cortar una cuerda para arrojar a tierra el último lastre. Sus manos, torpes, cortaron accidentalmente el tubo que lo ligaba al tanque de oxígeno y a la vida.

Sin embargo, en su misma inconsciencia, que debió producirse en seguida, Leverance halló fuerzas suficientes para tirar de la cuerda y abrir la válvula de escape que permitió el descenso del globo antes de que fuera demasiado tarde.

Los técnicos no podían explicarse ese milagro, ese milagro que a mí no me asombraba. Jack Leverance, en el lecho del hospital a donde fuera conducido, confirmó lo que yo sabía del milagro. El aeronauta no habló conmigo, en realidad, sino con la mujer

—En los Estados Unidos, donde existen editores de verdad, cualquier autor, por ignorado que sea, encuentra quien le edite su obra y se la venda. Los editores yanquis no ganan mucho en el negocio, pero, en cambio, practican otras operaciones que los remunera bien. Estas operaciones consisten en editar libros de autores famosos, cambiándoles el título, de manera que puedan aparecer como obras inéditas. Así las "Máximas" de La Rochefoucauld se vendieron con el título de "La vida cara a cara". "Bola de Nieve", de Maupassant, tomó el título de "Amor y otras cosas", vendiéndose 37 mil ejemplares.

—Hace unos tres siglos, Juan Haustach, de Nuremberg, construyó el primer automóvil, cuyo motor lo constituía una espiral semejante a la de los relojes. El primer automóvil de vapor lo construyó en 1770 un inventor francés llamado Gugnot. Aun se guarda en el Conservatorio de Artes y Oficios de París uno de los coches de este sistema.

En Cas

(Continuación de la Pág. 44)

que yo había llevado sin pérdida de tiempo junto al lecho.

Ruth estaba arrodillada ante la cabecera de la cama. Sus cabellos de oro brillaban bajo la mano cariciosa del esposo.

—Te oí...—murmuró Jack.—Te oí llamarme desesperadamente, querida... ¡Cuánto sufrí en esos

momentos!... Tu voz me arrancó de las profundidades de mi sueño, tan semejante a la muerte... Profundidades de muchos millones de kilómetros... Tu voz me elevó por un momento a la vida... Y pude mover el brazo para tirar de la cuerda... Tu voz pudo más que la muerte, y atra-

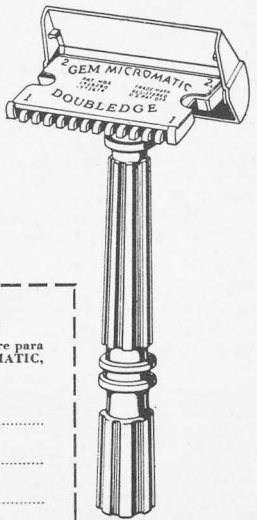
vesó los espacios de la eternidad como había atravesado el éter... Jack Leverance sonrió, posando su mano como un pájaro en el nido de oro que aquella cabellera, y concluyó:

—A veces pienso que no... que yo no moví el brazo... Fue tu voz, tal vez; tu voz, materializada en la angustia de este instante supremo, la que hizo vibrar la válvula obligándola a abrirse.



Ahora puede Ud. conseguir su hoja favorita en la nueva GEM de DOBLEFILO. La misma hoja gruesa, rígida y plana que se emplea para su predilecta GEM de UNFILO. El mismo acero maravilloso de cirugía, templado y firme, afilado mediante 4840 aplicaciones distintas del asentador. Para la de DOBLEFILO use exclusivamente la GEM MICROMATIC, mientras que para la popular de UNFILO sirve cualquiera máquina GEM no importa cuándo se ha comprado.

HOJAS GEM



Si prefiere su ANTIGUA y leal hoja, la

GEM DOBLEVIDA

puede obtenerla en cualquier establecimiento a un precio mas económico.

Oferta Especial

Sr. Emilio C. Hausmann, Zulueta 36 F, Habana
Adjunto le envío 25 centavos en sellos de correo o timbre para un estuche completo de prueba de una Máquina GEM MICROMATIC, una hoja de UNFILO y otra DOBLEFILO.

Nombre

Calle y número

Ciudad

El TREN

(Continuación de la Pág. 48)

—¿Para qué le dice todo eso a esta joven pareja?—preguntó con impaciencia el del paraguas.—¿Por qué les echa a perder su Nochebuena con tan lúgubre relato? Usted ha logrado escapar y...

—¡Dios mío!—exclamó Alberto, que escuchaba todo aquello con asombro y un escalofrío de horror.—¿Ustedes saben que este hombre ha cometido un crimen, y le están ayudando a huir?

—Yo, no—contestó el del paraguas.—No tengo nada que ver con él. De todos modos, no podrá escapar. Se puede eludir la ley, pero...

—Alguien golpea a la puerta—

CONTABILIDAD, si Ud. habla inglés y español es una profesión lucrativa. Curso de inglés para estudiantes latinoamericanos. Gradúese en un colegio que está incorporado a la Universidad de Nueva York. Cursos Comerciales y Secretariales. Alumnos internos y externos. Precios moderados. Recibimos a nuestros estudiantes en el muelle de Nueva York. Pida catálogos a

EASTMAN SCHOOL, INC.

123d St. and Lenox Ave., New York, N. Y.
Teléfono: Harlem 7-0518

dijo el hombre del rostro cadauérico.—Me han seguido...

Y, efectivamente... Alguien golpeaba a la puerta de la calle de modo sonoro e imperativo...

—Iré a ver quién es—dijo Alberto Marsh, y giró sobre sus talones. Pero el del rostro cadauérico se le interpuso en el camino. —¡Si los deja entrar!...—dijo con gesto amenazador.

—¡Qué absurdo!—exclamó el hombre del paraguas.—¿Para qué tanto ruido? ¿Cuántas veces tratará usted de huir de lo inevitable? Ya ve usted que mi esposa y yo no hemos puesto el grito en el cielo a pesar de haber perdido el tren y la oportunidad de pasar otra luna de miel después de cuarenta años...

—Y yo, que nunca tuve una luna de miel...—gimió la joven de los labios pintados, con tono plañidero.—Nunca... Y, sin embargo, yo hubiera sido una buena esposa para cualquier hombre... Un nuevo golpe en la puerta despertó sonoros ecos por toda la casa. El hombre del rostro cadauérico se apartó dejando el camino franco a Alberto.

—Perdona mi arebato...—dijo torpemente.

En el "hall" Alberto se sorprendió al encontrarse con Pamela, que lo había seguido.

—No puedes dejarlos solos...—protestó él, sin aliento ya.

—Debí hacerlo. Quedándome, me moriría de miedo—afirmó ella.—¿Qué haremos?

—¿A qué te refieres?

—La Policía debe estar buscando a ese hombre. ¿Por qué habrán venido aquí?

—¿Qué sé yo? Sólo sabemos que perdieron el tren de las 8 y 13. ¿Por qué los habrá mandado Jenkins aquí?

Nuevamente, volvieron a golpear la puerta. Alberto, con un movimiento de impaciencia, la abrió de par en par, y retrocedió.

—¡Diablos!—exclamó, con alivio y sorpresa.—¡Es Jenkins en persona!

—Buenas noches, señor—saludó el jefe de la estación.—Entré de paso, para deseárselas a usted y a su señora feliz Navidad, y para traerles los regalos.

—¿Los regalos?

—Esto llegó hace poco de la ciudad, señor Marsh—respondió el jefe, entregándole un paquete.—Yo iba a Insingdale para almorzar con la familia de mi mujer, y aproveché el paseo para entrar en su casa.

—Muchas gracias—dijo Alberto.—A propósito, Jenkins... Casualmente, estábamos hablando de usted... Díganos... ¿Por qué diablos se le ocurrió mandarnos aquí a esta gente?

—¿Yo señor?—replicó Jenkins, boquiabierto.—¿Qué gente?

—Esos cuatro. Los dos hombres y las dos mujeres. Me dijeron que se veían en apuros porque el tren de las 8 y 13 había descarrilado al salir de Barminster.

—¿El tren de las 8 y 13? Pero, señor Marsh, ¡Si acabo de verlo salir de la estación con destino a la ciudad! No ha descarrilado, ni mucho menos... y no he enviado a persona alguna a su casa de usted. ¿Por qué habría de hacer semejante cosa? Además, nadie bajó de ese tren aquí. Se lo juro. Vengo de la estación y sé perfectamente lo que estoy diciendo. Usted ha de haber sufrido alguna alucinación.

—Será mejor que entre, Jenkins—dijo Alberto, intrigado, empujando al jefe al interior de la mansión.—O le falla a usted la memoria, o hemos estado escuchando un hato de mentiras. Venga y cerciórese por usted mismo. Puede ser que usted conozca a esa gente...

Fué Pamela la que abrió la puerta del "hall". Fué ella también la que lanzó una exclamación de sorpresa que hizo correr a Alberto hacia allí. La habitación, que contuviera minutos antes a los cuatro desconocidos, estaba vacía...

—¿Que me ahorquen si entiendo esto!—murmuró Alberto, mirando a su mujer y a Jenkins, estupefacto y boquiabierto.

—¿A dónde habrán ido a parar?—murmuró Pamela, lívida.—Alberto... ¿Qué significa esto? La puerta es la única salida de esta habitación... A no ser que hayan atravesado las paredes.

—¡Cielo santo!—fué todo lo que

pudo decir Alberto Marsh.

Y después de una pausa, durante la cual trató de recuperar el aliento, dijo:

—Escúcheme, Jenkins... Usted creará que me he vuelto loco, pero está mi mujer para confirmar mis palabras... Hace pocos minutos, dejamos aquí a cuatro personas... A cuatro personas que nos habían dicho que el tren de las 8 y 13 acababa de descarrilar... y que usted los había enviado aquí. Uno de ellos, confesaba abiertamente haber matado a su mujer. Cuando usted llamó a la puerta, él creyó que la Policía venía en su busca. Entonces, los dejamos a todos aquí para dirigirnos hacia la puerta... Han pasado apenas tres minutos y ya no están. No puedo comprenderlo.

—Pero, señor Marsh...—balbuceó el jefe de estación, aturrido.—¿Usted está hablando en serio? ¿O quiere burlarse de mí?

—En absoluto. ¿Se imagina que soy capaz de contarle una fábula? Pero... ¿qué significará?... Yo no entiendo nada. Este es el misterio más grande con que he tropezado alguna vez. ¿Me habrán engañado mis sentidos?

—¡Quién sabe!—replicó pensativamente Jenkins.—Sólo podría explicarse de una manera... de una manera muy extraña... El tren de las 8 y 13 descarriló una vez en forma catastrófica... hace tiempo. Fué, bien lo recuerdo, en mi primer año de servicio aquí... hace ya nueve. El siniestro sucedió no lejos de esta casa... donde de las vías férreas lindan con el jardín de ustedes. Era una noche como esta, de niebla profunda... Hubo que lamentar muchos muertos. Y, si mal no recuerdo... trajeron cuatro personas a esta casa... que entonces le pertenecía a otro dueño. Fui yo quien los traje. Los cuatro estaban gravemente heridos, y todos murieron más tarde en el hospital de Barminster. Uno de ellos, como usted decía, era perseguido por un crimen. Si lo recuerdo ya sin lugar a dudas. Y dice usted que esta noche... ¡Ah! ¡Fueron los espíritus que vinieron en la niebla! ¡Los espíritus! Tal vez los haya

traído el estado de la atmósfera, idéntico al del día de la catástrofe. ¡Vaya uno a descifrar este enigma!

—Por amor de Dios, Jenkins... Tomemos un trago, o terminare por creer que estoy loco... Siento que la cabeza me da vueltas.

Alberto abrió una alacena y sacó una garrafa con varios vasos. Sus manos temblaban. Sólo después de un trago de "brandy" se sintió capaz de reflexionar con un poco de serenidad sobre lo que había sucedido... Era un caso extraordinario.

Cuando el jefe de estación se hubo marchado, él y Pamela volvieron al "hall". La joven se af-

NERVO FORZA
Anemia
Cansancio
Cerebral
Debilidad Sexual
Agotamiento Físico
(Tomado cuando hayáis probado todos los reconstituyentes sin resultados).

rraba al brazo de Alberto, estre-meciéndose. Y él la oprimió contra su pecho, con gesto cariñoso y protector. Ahora estaban más unidos que antes.

—Un suceso realmente diabólico...—murmuró, por fin.—Será mejor que lo olvidemos... Si no, nos perseguirá como una pesadilla.

—No—replicó Pamela, mirándolo en los ojos.—No lo olvidaré jamás. Aquella anciana pareja, que después de cuarenta años de matrimonio, partía rumbo a una segunda luna de miel... Aquella muchacha que nunca había sabido lo que era una luna de miel... Aquel hombre, cuya mujer lo abandonó... como abandonan las ratas al barco próximo a naufragar... ¡Oh! No, Alberto... ¡No lo olvidaré jamás! Quizás haya sido un aviso del cielo... en el momento en que yo iba a cometer una imprudencia y arruinar para siempre nuestras vidas... ¡Querido, ahora no te abandonaré nunca! Te acompañaré en todo, suceda lo que suceda. El matrimonio unió nuestros destinos y debemos seguir unidos hasta la muerte.

Un beso selló la definitiva reconciliación.

Carácter

(Continuación de la Pág. 26)

por completo ese artificial entusiasmo, cuya exagerada tensión no es fácil mantener durante mucho tiempo. Pasada la efervescencia, nadie vuelve a acordarse de lo que poco tiempo antes ocupó toda su atención, y si alguien persiste en sostenerlo se expone a dar una ridícula nota de cursilería...

En cambio, ¡con cuánto entusiasmo y persistencia se aferra el cubano a cualquier novedad que signifique vida cómoda o productiva pícaría, principalmente en lo político y administrativo!

¿Se convencer ahora los lectores de que el cubano puede ser, y es, al mismo tiempo, rutinario y novelero?

FLIT es MUERTE rápida para los MOSQUITOS

MATA Moscos, Mosquitos, Polillas, Chicharras, Cucarachas, Hormigas

B 775

Un Matrimonio Original

por **Etincelle**

CUANDO madame Rosay, que reunía en su castillo de Chantilly a las mujeres más hermosas de Francia y a los hombres más encumbrados, murmuró: "Creo que Semenov ha venido a París para casarse", se produjo una verdadera exhibición de esgrima espiritual en torno al joven eslavo: las más dulces sonrisas de la noche, las más suaves miradas estuvieron dirigidas al inesperado y brillante candidato. El conde Miguel Semenov había llegado a Francia circundado por el prestigio de su heroísmo, de su título y de sus éxitos mundanos. Después de sus magníficas campañas en Asia, el conde fué designado ayudante de campo del príncipe Schomberg, esposo de una de las mujeres más bellas de Europa. Miguel Semenov resumía el tipo perfecto del galán eslavo: alto, de facciones varoniles, de ojos azules, aunaba a estas prerrogativas físicas un extraordinario don de simpatía y una exquisita amabilidad en su trato. Entre las mujeres jóvenes que esa noche asistían a la fiesta de madame Rosay, parecía no encontrar el ideal que se había forjado. Frio, impassible, contestaba a las sonrisas con leves inclinaciones de cabeza. Y las jóvenes termi-

naron por renunciar a la conquista del candidato, convencidas de que éste había llegado a Francia seguramente con excesivas pretensiones. Pero, con gran sorpresa de todos, en un momento dado el conde Miguel Semenov fué a sentarse junto a Silvia de Blancfort, que era, precisamente, la joven menos rica de la reunión.

—La señora de Rosay debe sentirse orgullosa de contar entre sus huéspedes a una joven como usted—decía el conde a Silvia de Blancfort.—¿Permanecerá usted muchos días en el castillo? —No. Debo regresar al convento dentro de dos días. —¿Al convento?—extrañóse el conde.—¿Es usted monja? —No—sonrió Silvia.—Soy, por ahora, maestra de canto en un convento. Pero no sería difícil que me resolviese a tomar los hábitos. El conde Semenov frunció el ceño, mientras Silvia se llevaba a los labios la taza de té y lo miraba de soslayo. —Usted perdonará, señorita... pero nosotros los eslavos somos un tanto rudos, e ignoramos ciertas normas de discreción y de prudencia. Quisiera decirle algo muy importante... —Le escucho—alentó Silvia. —Tengo un amigo... Si: tengo un amigo que desea casarse. Se encuentra en una situación tal que no puede solicitar la mano de una joven rica. Prefiere casarse con una huérfana carente de riquezas, pero buena y hermosa; con una mujer que se consagre absolutamente a él sin exigir la misma devoción... —No entiendo, conde... —Me entenderá cuando le haya explicado otros detalles,—repuso Semenov.—Antes desearía formularle una pregunta: ¿por qué desea usted ingresar en un convento?

Silvia contestó sin vacilar, con ingenua franqueza: —Por dos circunstancias que usted ha señalado: soy huérfana y pobre. —Bien, señorita—prosiguió el conde.—¿No querría usted recibir de su esposo un apellido brillante, una envidiable condición social, una respetable fortuna... y nada más que eso? Obligado a casarse por razones diplomáticas y políticas, mi amigo se ve, al mismo tiempo, en la dolorosa necesidad de no ser el marido de su esposa. —¿En qué consiste esa dolorosa necesidad?—inquirió Silvia. —¿Está su amigo enamorado de otra mujer que lo tiraniza, por ejemplo? —¡Oh, las mujeres!—exclamó el conde con admiración.—¡La más ingenua de ellas es capaz de descifrar cualquier enigma!... Sí, exactamente: esa es la situación de mi amigo... Y ahora que sabe la verdad... ¿consentiría usted en ser la esposa de mi amigo? —Previamente sería preciso que lo conociera. —Pues... mireme. —¡Oh!... ¿Es usted? —Yo mismo. Silvia enarcó las cejas, hizo un mohín y articuló:

—Confieso que... esto me toma de sorpresa... —¿Y no querría usted meditar acerca de mi proposición? —Sí me concede un plazo razonable. —Encantado: dos días de plazo. Con una condición: el más absoluto secreto. —Secreto de tumba...—sonrió Silvia. El conde se incorporó, hizo una reverencia y fué a conversar con la dueña del castillo.

Todo parecía marchar a las mil maravillas en la casa del conde Semenov. Silvia, llevada a aquel país extranjero, trataba a su esposo como a un hermano, disfrutaba con entusiasmo de la vida elegante, y desconcertaba al conde por la misma naturalidad con que había aceptado esa situación que a cualquiera otra mujer le hubiera resultado absurda. Ningún reproche podía formularse. No obstante ello, el marido empezaba a intrigarse. Tras ocho meses de matrimonio, no se habían cambiado una sola palabra de intimidad. Y el conde Semenov, herido a pesar suyo en su orgullo de hombre, mostrábase ahora empeñado en conovner la cortés indiferencia de Silvia.

Los esposos vivían en el castillo de la princesa Nadeya, cuyo marido, el general Schomberg, había tomado a Semenov como ayudante de campo. El conde hacía pedir a Francia las frutas más raras y las flores más exóticas para Silvia. Esta agradecía los obsequios, pero no parecía dispuesta a violar el pacto establecido: el conde Semenov sería su esposo, únicamente ante la ley, porque así lo exigían poderosas razones.

Pero una mañana, cuando Silvia se paseaba por el parque, el conde Semenov resolvióse a preguntarle: —Dime, Silvia: ¿estás enojada conmigo? —¿Yo?—se extrañó la esposa. —¿Y por qué habría de estar enojada contigo? —Porque... porque la vida matrimonial no significa, para ti, lo que significa para las demás mujeres. —No tengo nada que reprocharle, Miguel. Me hiciste una proposición clara; la acepté. Mientras cumplamos nuestra palabra, no tendremos nada que reprocharnos. —Desde luego. Pero ahora advierto—replicó el conde—que debí incluir otra cláusula en mi proposición: la de la fidelidad. Como llevas mi nombre... me resultaría muy doloroso convertirme en un hombre ridículo. —Creo entender—sonrió Silvia. —Pero no temas. No te convertirás en un hombre ridículo. ¿Acaso lo es el general Schomberg? —No se trata del mismo caso. —¿Por qué no se trata del mismo caso?—inquirió Silvia, deshojando con nerviosidad el clavel que llevaba en la mano.—El general ama a su esposa. Esa es la única diferencia. La princesa Nadeya es, pues, mucho más culpable de lo que sería yo si me comportara como ella. —Pero...—murmuró Semenov

en voz baja, ruborizándose.—¡Yo también amo a mi mujer! Silvia lanzó una breve carcajada: —¡Miguel!... ¡Con qué desparpajo mientes!... —¿No me crees, Silvia? —No puedo creerte. Dices que me amas... para considerarte con derecho a exigirme fidelidad. Semenov tuvo un arranque brusco: —¡Eres una coqueta!... ¡Debi preverlo, al casarme con una parisiense! —Y tú... eres un hombre injusto... ¡como todos los hombres, sean franceses o chinos! —¡Bien se ve que no tienes corazón! (Continúa en la Pág. 55).

Ningún Hombre Puede Resistir la Atracción de un Cutis Aterciopelado



Casi no hay mujer que no oiga decir de vez en cuando que es bonita, pero sólo aquella que posee un cutis impecable puede gozar de la reputación de ser siempre atractiva. Si el espejo le dice que su rostro ha perdido algo de sus atractivos—si lo tiene áspero—quizá con pequeñas arrugas—ensaye el Polvo para la Cara OUTDOOR GIRL a base de Aceite de Oliva. Nada hay mejor para embellecer el cutis áspero y devolver al rostro su encanto juvenil. El Polvo para la Cara OUTDOOR GIRL —el único elaborado a base de Aceite de Oliva—es de finísima textura, sin embargo se adhiere mejor y por más tiempo que cualquier otro polvo. Pruebe hoy mismo este polvo *sin igual*, elaborado en 7 matices para armonizar con cualquier cutis. El Polvo para la Cara y demás productos de belleza OUTDOOR GIRL a base de Aceite de Oliva, se venden en las principales farmacias y tiendas en tamaños grandes y económicos, a precios de 25 c. a \$1.00. En las tiendas de F. W. Woolworth Co se venden en cajitas de buen tamaño para ensayar, a 10 c. Si desea probar cinco de los más populares productos OUTDOOR GIRL, remita el cupón al pie.

OUTDOOR GIRL
(Pronúnciese Audoarguel)
POLVO PARA LA CARA de aceite de oliva
GENERAL DISTRIBUTORS, Inc.

Apartado 2537, Dpto. C-10, Habana
Remito 10 c. en sellos de correo para el franco y envase. Tengan la bondad de enviarme su "Muestro Introductorio" OUTDOOR GIRL que contiene valiosas muestras de Polvo para la Cara a base de Aceite de Oliva, Polvo Lightex, Crema de Aceite de Oliva, Crema para Limpiar el Cutis y Colorete en Pasta para Labios y Mejillas.
Nombre
Dirección
Ciudad

LA GRAN FLOTA BLANCA

Haga cómodamente su viaje a **NEW YORK** en los nuevos turbo-eléctricos **"QUIRIGUA", "VERAGUA" y "PETEN"** que salen de La Habana todos los jueves a las 7 p. m.

La Gran Flota Blanca es popular por las espaciales cubiertas de sus barcos donde el pasajero (espectador o participante) goza de las actividades y juegos de a bordo.

Pasatiempos de suerte y de destreza, ("bridge", golfito, etc.), piscina de natación al aire libre, baile y carreras de caballos en miniatura son algunas de las atracciones que imparten salud y restauran vigor a los nervios cansados.

Conviene recordar que en la Gran Flota Blanca sólo hay una clase—primera clase.

Pasaje a **NEW YORK** \$ 75.00
Ida y Vuelta \$ 110.00

UNITED FRUIT COMPANY
Oficina general: Oficina de pasajes: Muelle de Santa Clara. Prado 110-A. Teléfono M-6975. Teléfono M-8268

Televisión

(Continuación de la Pág. 13)

—Shelby Harlan... ¿Por qué escogiste ser un mecánico?
—Me gusta trabajar con las manos. Viajar. Conocer gentes de verdad, y no pasarme la vida frente al "tele-fono-visor".
—¿Cómo está el aire ahora?
—¿El aire? Lleno de movimiento. Lleno de pilotos oficiales y particulares con permiso. Bien... pero yo he venido a cumplir con mi deber.

—Esto se castiga, joven. Seis meses en el cuarto negro.

Shelby sabía que aquello significaba la forma más cruel de castigo. Se le ofrecían al reo toda clase de comodidades, excepto luz; y se le aislaba de tal modo que permanecía tan desconectado del mundo como si estuviera muerto.

—Se dice—añadió el mecánico bajando la voz—que quieren hacer un escarminio entre la gente que comete sabotaje. Yo espero... que en su caso, joven, sea sólo un accidente.

Shelby palideció. El mecánico la llevó hasta el sillón mágico. Cuando la ayudaba a sentarse, empujándola suavemente por los hombros, se abrió la puerta y entró Ricardo.

—¡Shelby!—gritó. Pero al verla acompañada se detuvo; luego.—Perdón. La puerta estaba abierta y yo... Además tu padre me dijo que estabas aquí...

—Lo estoy.

—Supe que tu aparato se había descompuesto y eso me preocupó.

—Gracias por tu interés, Ricardo—dijo ella sonriendo. Súbitamente se sentía reconfortada.

Ricardo miró fijamente al mecánico.

—¿Quién es usted?—preguntó.

—Connell, mecánico. ¿Y usted?

—Ricardo Pilkington Jethwyn, médico.

—Supuse que era curandero cuando vi su traje—dijo seriamente el mecánico.

—Médico.—corrigió agriamente Ricardo.

—Da lo mismo—murmuró el otro.

Shelby tuvo entonces la revelación diáfana de que ni amaba ni había amado a Ricardo.

—¿Ha terminado este hombre su trabajo, Shelby?

—Pregúntaselo a él.

—A él lo que tengo que decirle

es, que hace cinco minutos que lo veo, y no ha hecho nada por cumplir con su deber—la voz de Ricardo tomó cierto tono de satisfacción.—Tendré que reportarlo.

—Estás hablando necedades—afirmó Shelby interponiéndose entre los dos hombres. Y añadió dirigiéndose a Connell.—Cree que debe reparar el sabotaje e irse... antes de dar motivo para... ser reportado.

—¿Sabotaje?—exclamó Ricardo.

—¿Tú has hecho eso?

—No hay tal cosa—dijo el mecánico con presteza.—Un accidente... algo fortuito que a cualquier hora le sucede. ¿Quiere causar dificultades a la señorita?

—¿No cometió sabotaje?

—No.

Shelby intervino:

—Sí lo hice. A la hora del ejercicio. Estoy hastiado de todo. Corté el hilo con un par de tijeras... antiguas. Provoqué la interrupción.

Los ojos de Ricardo se abrieron asombrados.

—Comienzo a comprender... Me has estado engañando... te veas con este mecánico. Hoy, con tal de que viniera, descompusiste el aparato.

—Puedo—le dijo friamente Connell a Shelby—romperle el cuello a este individuo o subirlo a la azotea y desde allí lanzarlo. ¿Qué prefiero usted?

—¡Cuidado con tocarme!—gritó Ricardo, retrocediendo un paso.

—No le pegue—rogó ella.

—¿Lo ama?

—¡Oh, no!—se apresuró a contradecir Shelby.

Ya Ricardo estaba en la puerta. Murmuró con ira:

—¡Pretenden ser inocentes! Aprenderán algo bueno... Dos delitos para ambos: sabotaje consciente y violación de esponsales. ¡Están en mis manos!

Connell lo siguió hasta la puerta. Desde allí se volvió hacia la joven.

—Estamos arreglados ahora—dijo.

Se escucharon pasos en la azotea. Luego, el rugido de un motor.

—¿Hará él la denuncia?—preguntó.

—Siempre hace lo que dice—contestó Shelby.

—La cosa es seria—comentó Connell.—El es médico. Su palabra será más atendida que la de un mecánico, y que la de una joven... desobediente. Desde luego que el resultado de todo esto va a ser el cuarto negro para nosotros... a menos que...

—¿Qué?—pidió ella ansiosamente.

—A menos... ¡Oh! Muchas cosas.

De pronto el mecánico dejó que su rostro hurafío se iluminara con una sonrisa.

—Esto va a ser un poco brusco para usted... Pero lo cierto es que en la escuela estaba loco... por tí, y lo estoy todavía... Si tú quisieras, yo sé cómo pudiéramos salvarnos.

—¿Salvarnos del castigo?

—Del castigo y de todo esto. Sería una gran aventura. Un buen mecánico encuentra trabajo en todas partes... ¿Quieres irte conmigo? Lo único malo es que tienes que correr el riesgo de ser atacada por la bacteria "X" al salir de este lugar.

—Tú vas a todas partes y no te ha atacado—observó ella.

—No... Y eso me hace pensar que estoy inmunizado... más que otros, por...

—Por usar los músculos de las piernas y de los brazos constantemente ¿no?—completó ella.

(Continúa en la Pág. 64)

Gillette presenta la SUPER HOJA GILLETTE-AZUL

la mejor hoja producida por la ciencia



Sirve para las navajas Gillette de tipo antiguo y moderno

Gillette anuncia una hoja de afeitar completamente nueva —la HOJA GILLETTE-AZUL. De calidad extra, con aspecto nuevo, de resultados nuevos, es la hoja de acción más suave que jamás se produjo.

La HOJA GILLETTE-AZUL es de color azul y se vende en paquete azul envuelto en Cellophane. No es posible confundirla con otra. Es fácil de identificar. La diferencia se hace aun más notable al usarla. No produce irritación ni escozor alguno. Afeita la barba suave y ligeramente.

Esta hoja superior se produce por un método fabril completamente nuevo. Nunca antes fué posible hacer una hoja de tan alta calidad y uniformidad tan notable. Usando HOJAS GILLETTE-AZUL puede Ud. estar seguro de que cualquier hoja, de cualquier paquete, le afeitará sin rasguños ni molestias.

Tan seguros estamos de nuestras aserciones sobre las HOJAS GILLETTE-AZUL que instamos a Ud. a probarlas, sin arriesgar un centavo. Compre un paquete. Use algunas hojas. Si no le afeitan con mayor suavidad que cualesquiera otras, devuelva el paquete y se le devolverá su dinero. Esta es nuestra garantía bien definida que permite a Ud. usar la mejor hoja de afeitar que se ha producido.

PROTEGIDA CON PATENTES Gillette POR TODO EL MUNDO

De venta en todas partes

Gillette Safety Razor Co. of Cuba

Manzana de Gómez 466

Habana

Oferta Especial
Una máquina Gillette dorada con una super-hoja Gillette-Azul por 20 cts.

Víctimas de Montjuich en La Habana

(Del Movimiento Obrero Español)

por A. Penidet

TRAS la ejecución de Pallás en Barcelona, el año 1893, se sucedieron los atentados del Liceo y de la calle Cambios Nuevos. Pallás, que anteriormente había tratado de matar a Alfonso XII, arrojó una bomba al paso de Martínez Campos, general bien conocido en Cuba. Por esta causa Pallás fué condenado a muerte, sentencia que se cumplió, dejando "caldeado el ambiente". Poco tiempo después, ocurrieron los atentados del Liceo y Cambios Nuevos. Por el atentado del Liceo, fué condenado y ejecutado, Manuel Salvador, "que se confesó autor". Pero por el de Cambios Nuevos se inició un proceso que se hizo famoso en el mundo, bajo el nombre tétrico de "Montjuich", el castillo famoso, que pudo haber sido considerado en España, por su triste destino, como la Bastilla en Francia. Sin embargo, la República lo ha respetado, quedando así como un estigma sombrío ante la civilización. La Bastilla, al menos, ha quedado como un recuerdo estimulador en los pueblos... ¿Por qué la República española ha respetado a Montjuich? La pregunta está mal hecha. Debimos haber dicho así: ¿Por qué el pueblo español, sobre todo el sector catalán, dejó intacto el castillo, una vez que cayó para siempre la monarquía borbónica, de tan ingrata recordación?

Entre los deportados cubanos a Chafarinas y Fernando Poo, pudieran encontrarse algunos que se relacionaron con los deportados a consecuencia del proceso de Montjuich. Creemos que Juan Gualberto Gómez, recientemente fallecido y Alfredo Zayas, ex presidente de la República, trataron en el destierro a algunos de estos hombres, que por coincidencia, eran deportados por el mismo Gobierno español. Efectivamente, la rebeldía del criollo llevó a los penales españoles a muchos de ellos, sobre todo a los penales de Chafarinas y Fernando Poo. ¡Y allí estaban también deportados otros rebeldes españoles, solamente por sustentar ideas "subversivas", aunque se disfrazara el proceso en que fueron encartados, con atentados en que jamás tomaron parte! Entre esos deportados se encontraba un hombre a quien hemos tratado mucho, considerando como un tipo sobresaliente entre los demás hombres: nos referimos a Domingo Mir, que por largo tiempo estuvo empleado en la Estación Experimental, Agronómica de Santiago de las Vegas. En la fotografía que acompaña este trabajo se puede comprobar lo que decimos. Domingo Mir sostuvo relaciones tan cordiales con algunos de los deportados cubanos, que andando el tiempo y constituida la República, obtuvo el puesto a que antes hicimos referencia y en él se mantuvo hasta que lo jubilaron. Espíritu abierto a las grandes idealidades sociales, Domingo Mir se captó la simpatía de cuantos le trataron, siendo en todo momento un compañero cordial y un hombre con-

vencido, que jamás ha hecho dejación de sus ideales. La última vez que vimos a Domingo Mir fué en Santiago de las Vegas, cuando termináramos una de las tantas conferencias que hemos pronunciado en defensa del proletariado y la justicia entre los hombres.

Por lo emocionante que resultan, publicamos a continuación algunas de las cartas de las víctimas, en que relatan los tormentos a que fueron sometidos, cartas que se deben a la perseverante labor de Federico Urales, de quien nos ocuparemos en próximos trabajos, por la fecunda labor que realizó en pro de la libertad de los que quedaban prisioneros en los presidios españoles.

CARTA DE ANTONIO NOGUÉS.—"Compañeros: Como habéis podido ver en el Consejo, yo, Antonio Nogués, con tres más, soy uno de los principales acusados que más papel hago en este proceso. Pero también sé decir que he sido uno de los que más fuerte han sentido el bárbaro rigor del martirio. Tanto es así, que acto seguido de ser detenido, me tuvieron ocho días consecutivos sin comer ni beber, haciéndome pasear, látigo en mano, noche y día; y como si esto no fuera bastante para sus fines, redoblaron el martirio, para lo cual me despuaron, haciéndome trotar como si fuera un caballo, hasta que me rindido por el cansancio y extenuado por el hambre, caí sin sentido. Entonces encendieron un hornillo, en el que encendieron hierros, los cuales en este estado me los aplicaron al cuerpo, hasta que, sin poder resistir por más tiempo, me declaré autor, a lo que respondieron que no era verdad, que tenían preso al autor; pero que si era cierto que yo había entregado a éste las bombas y que obraban en mi poder, seis más, y que yo, junto con otro, había abandonado las encontradas en la calle Fivaller, lo cual me apresuré a confirmar para que cesaran mis tormentos. No obstante, me tuvieron amordazado veinticuatro horas por no saber los nombres de

mis cómplices, hasta que por fin no tuvieron más remedio que indicármelos, y entonces pasé a declarar, puesto de cara a la pared, con dos verdugos látigo en mano.

"A más del T. Portas, quiero daros a conocer el nombre de los verdugos o individuos, no sé cómo calificarlos, puesto que el epíteto más denigrante les hace honor. Principiaré por los tres que ya se distinguieron otra vez con los fusilados Codina y Compañía, pues éstos son Mayans, Astorqui, Corral, los tres casados y con hijos, teniendo el primero un también que es inquisidor. Los tres por sus méritos de verdugos prestados en la otra vez ya dicha, disfrutaban de treinta reales mensuales, quedando ahora Parrillas, Carreras y Ruiz y el cabo Botas, también casados y con hijos, distinguiéndose Mayans, Ruiz, Parrillas y Corral con el látigo y la mordaza; Carreras con el fuego, siendo éste después el practicante; Astorqui en retorcer las partes sexuales y el cabo Botas con sus puñetazos.—Antonio Nogués".

CARTA DE JUAN BAUTISTA OLLE.—"El día 4 de agosto por la noche fui llamado por el oficial de guardia, lo mismo que Ascheri y Grana y nos pusieron en manos de los verdugos, bien conocidos, los cuales nos hicieron entrar en el calabozo número 1. Una vez dentro, me ataron bárbaramente con las esposas, y bajo la amenaza del látigo y estrechamente vigilado, obligáronme a pasear. Al cabo de veinticuatro horas estaba extenuado. Cuando yo paseaba, Gana y Ascheri se paraban, y aunque separados, se oían los gritos de angustia que proferían. En esta situación permanecí treinta y nueve horas, sin comer ni beber y sin descansar un solo instante. Al cabo de este tiempo, entraron dos verdugos y me preguntaron si quería declarar; yo les dije que... entonces me arrojaron al subterráneo, donde se aplican los hierros candentes, y me dijeron, que de no declarar saldría muerto de allí, que yo y los demás éramos los que abandonaron las bombas en la calle

de Fivaller. Como no respondía afirmativamente, me golpearon bárbaramente, diciendo que aquello era sólo la primera parte y que la segunda se pasaría en dicho calabozo. Luego me enterraron en el "cero"; realmente, tal como dijeron aquellos miserables sali como muerto, negro mi cuerpo por los golpes recibidos. Perdí el conocimiento, me subieron después al calabozo y ya en él, comencé a arrojar sangre por la boca y nariz (quince días después aun sangraba y mis pies estaban destrozados aún). Una hora después, ensangrentado como estaba, condujéronme ante el inquisidor, el cual me dijo: "¿Es decir, que no quieres decir nada?" Y me interrogó sobre diversos individuos, de los cuales sólo algunos conocía de vista, mandando luego que me retirara. Uno de los verdugos me dijo: "Ahora si que dirás lo que sepas". Dos horas después me sirvieron un caldo y por la noche Portas entró, preguntándome: "¿Quiénes son los terroristas?" "Lo ignoro". Si, tú lo sabes, tú eres amigo de Luis Mas y debes conocerlo; te doy diez minutos para que los nombres, de lo contrario, volverá a principiar el baile".

Transcurrido este tiempo, me hicieron levantar, torturándome de nuevo. Yo me encontraba en un estado tal de debilidad y las plantas de los pies me hacían tanto daño, que tuve que permanecer descalzo. ¡Cuánto tiempo he sufrido de este modo! Estaba mi cuerpo adolorido, y como yo me quejara y detuviera, un verdugo entró y me dió dos golpes con la punta de un palo, uno en la cabeza y otro en el costado, lo cual me hizo perder las pocas fuerzas que me quedaban. Me levantó, diciendo: "Ya que no puedes tenerte en pie, al muro". Y así estuve hasta la mañana en que, rindiéndome el dolor, me dejé caer. De nuevo me levantaron, caí de nuevo, dándome de puñetazos y patadas y maltratándose horriblemente. Después se marcharon, cual si hubiesen cumplido un deber sagrado.

Una hora después me dieron un poco de comida, y como les pidiera agua me la negaron. Dos horas más tarde me ataron fuertemente y el paseo con acompañamiento de golpes empezó de nuevo. La sed me devoraba. Cuando les pedía agua, me decían: "Declará lo que sabes; tú conoces a muchos de los que están encartados y entre compañeros se sabe todo. Cuando hables te daremos agua y te dejaremos tranquilo. De otro modo, morirás".

Por la noche me cambiaron de calabozo, y Portas me dijo que iban a matarme si no les decía dónde estaba Luis Más. Respondíles que podían matarme, pero que me era imposible el decirlo, porque lo ignoraba. Las amenazas me espantaron de tal modo; que cometí toda clase de atrocidades. Comí pedazos de cal de las paredes, bebí el petróleo de las lámparas del calabozo, mis orines, etc., pero todas estas porque-

(Continúa en la Pág. 64.)



LOS CONDENADOS DE MONTJUICH.—De pie, empezando por la izquierda: Domingo MIR (vive actualmente en Cuba, en Santiago de las Vegas); Francisco VILLARUBIAS; Juan CARBONELL; Rafael MIRALLES; Antonio CEPERUROS; Baldomero OLLE; Juan SALA; Lorenzo SERRA; Jaime VILELLA; José PONS; VALAPLANA. Sentados en el banco: Juan CASANOVA; José VILAS; Jacinto MELICH; José MESA; Antonio COSTAS; Epifanio CAUS; Rafael CUSIDO; Francisco LIS; Juan TORRENS. Sentados en el suelo: Cristóbal SOLE; Mateo RIPOLL; Juan Bautista OLLE; Sebastián SURE (el más bárbaramente apaleado, según venenos en próximo trabajo).

de una sorprendente perfección técnica; una rueda impulsa a la siguiente; ésta impulsa a una tercera, y así sucesivamente, sin que, en todo ese mecanismo complicado, haya otra cosa que viento. Era el "sistema". La Compañía concedía al Estado un crédito en billetes de banco, para que el Estado pudiera pagar a sus antiguos acreedores, y obtenía por sí misma ese crédito, emitiendo acciones que a su vez debían ser pagadas en billetes de banco".

La rotación de esa maquinaria duró exactamente doscientos días; doscientos días que prepararon el *crash* más sensacional de la historia, y causaron la ruina de millares y millares de individuos.

vista, le dijo que no necesitaba usar cristales, y se limitó a recetarle unos baños oculares, que usados mañana y noche, hicieron que sus dolores de cabeza disminuyesen en intensidad y frecuencia hasta que desaparecieron por completo, sin que ella tuviese necesidad de usar espejuelos como temía.

Y, ya que de espejuelos hablamos, he de mencionar la tendencia moderna a declarar innecesario su uso. Destacadas autoridades de cultura física, y a su cabeza, Benarr Macfodden, como Sumo Pontífice, con sus gloriosos sesenta y cinco años, ostentados orgullosamente con su cuerpo perfecto, dinámico de salud y vigor, abogan por abolir el uso de los espejuelos, que consideran, más que innecesarios, perjudiciales, alegando que su uso en nada fortalece a los ojos, sino que por el contrario, como las muletas, sólo tienden a debilitar y a atrofiar cada vez más los músculos que en ellas se apoyan.

Como prueba, en apariencia considerable, aducen que nadie ve mejor con los espejuelos al comenzar a usarlos, sino que necesita adaptarse a ellos, padeciendo no pocas molestias y a veces sufrimientos, hasta conseguir acostumbrarse a su uso.

Una de las primeras autoridades científicas que defienden esta teoría, el Dr. W. H. Bates, después de más de treinta años consagrados al estudio de las condiciones del ojo humano, ha llegado a la conclusión de que los errores en refracción no se deben a la modificación orgánica de la retina o la constitución del cristalino, como se había creído hasta ahora, sino a un trastorno funcional y por lo tanto curable de la acción de los músculos extrínsecos; alegando que los ojos pierden la vista no porque se cansen o debiliten, sino por una indebida tensión que pone rígidos sus músculos, impidiendo el paso de una cantidad adecuada de sangre para la nutrición de los tejidos.

Por consiguiente, esta tensión es el enemigo que es preciso combatir y vencer para conservar la belleza y juventud de los ojos, sin ocultarlos con espejuelos, y al propio tiempo, disfrutar en toda su plenitud el maravilloso don de la vista, la más luminosa y amplia de las cinco puertas que los sentidos abren al hombre para conocer el universo.

Como axiomáticamente ha expresado el propio doctor Bates, "el ojo reposa cuando está en movimiento" — aparente paradoja cuya verdad hasta el más profano penetra a poco que reflexione, — y por consiguiente, para proporcionar un reposo reconstructor, que evite o por lo menos ali-



Sólo unos pocos especuladores tuvieron la prudencia de cambiar los billetes de Law por valores ingleses, antes que se iniciara la *degringolade* del dinero-papel emitido por el *Banco Real*. Descalificado, vilipendiado, odiado por todo el mundo, John Law huyó de Francia, con un falso pasaporte, a fines del año 1720. Primera víctima de un sistema, cuyas consecuencias no supo calcular, se marchaba casi pobre, después de haber tenido millares de millones entre sus manos...

(Continuación de la Pág. 14)

Más de ochocientos empleados tuvieron que trabajar sin tregua, durante seis meses, para liquidar las montañas de billetes y de acciones emitidas por el *Banco Real* y la *Compañía del Inglés*. Se necesitaron tres mil libros de contabilidad, para establecer un balance de las astronómicas cantidades de dinero-papel y títulos que regresaban a las ventanillas del banco...

Pero el demonio de la especulación se había soltado por París. A pesar de la desvalorización

total de las acciones de Law, a pesar de la ruda lección recibida, el espíritu de la rue Quincampoix había trastornado las nociones económicas que hasta entonces se tenían. En 1724, París tuvo su Bolsa oficial. La palabra *Capital* iba cobrando un sentido nuevo. Como diría Mercier, en vísperas de la Revolución Francesa, "Hoy se habla de un millón, como hace cien años se hablaba de mil *luis de oro*. Se cuenta por millones. Los millones danzan ante nuestros ojos..."

...Ya conocéis ahora el interés histórico que encierra la pobre calleja, vecina del Mercado, que todavía conserva el nombre extraño de rue Quincampoix...

En Pos...

(Continuación de la Pág. 46)

vie la tensión causada por la fijeza, tenemos el recurso de los ejercicios, que además de proporcionar a los ojos el reposo del movimiento de que nos habla el famoso oftalmólogo, sirve para fortalecer sus músculos, que responden al igual que todos los demás músculos del cuerpo, a un inteligente plan de ejercicios.

Pueden ser practicados, en un paréntesis de descanso, en la lectura o el trabajo, o bien a continuación de los ejercicios físicos que presumo que mis lectoras realizaban a hora fija todos los días.

De pie o sentada, — personalmente creo preferible sentada en un asiento de respaldo alto y vertical, que ayude a mantener inmóvil la cabeza — se fijará la mirada en un punto imaginario en la pared, a nivel con los ojos, y entonces se levantará la mirada todo lo que sea posible, realizándolo en tanto una profunda aspiración; por un instante se contendrá la respiración, y se volverá entonces la mirada al punto de partida, a nivel de los ojos, exhalando la respiración según se baja la mirada. Repítase seis veces.

Contemplando el mismo punto imaginario, se baja la mirada como si quisiéramos mirar nuestra barbilla, inhalando profundamente, y después de detener la mirada un segundo, se vuelve al nivel de los ojos, exhalando la

respiración contenida. Repítase seis veces.

Partiendo siempre del mismo punto, elévese la mirada diagonalmente hacia arriba a la derecha, y entonces hacia abajo a la izquierda. Repítase dos veces y vuélvase la mirada al primer sitio.

Hágase el mismo ejercicio, a la inversa, o sea, elevando la mirada desde el punto de partida, diagonalmente hacia arriba a la izquierda, y entonces, hacia abajo a la derecha. Repítase dos veces.

Gírese la mirada en redondo, describiendo un círculo completo, primero de derecha a izquierda, y después de izquierda a derecha. Hágase una aspiración profunda al comenzar y reténgase mientras se gira la mirada, procurando describir con ella dos círculos completos antes de exhalar la respiración. Entonces gradualmente, trátese de aumentar las veces que se puede girar la mirada por completo en derredor conteniendo la respiración.

Fíjese la mirada en algún mueble grande o en un cuadro o adorno en la pared, y recórrase con ella muy lentamente sus contornos, como podría repararlos una mosca. Este ejercicio es excelente para aflojar la tensión, pero toda su eficacia estriba en la lentitud con que sea ejecutado.

A riesgo de parecer un fanáti-

co de los regímenes alimenticios correctos, quiero insistir en la importancia de la dieta para la salud y buen funcionamiento de los órganos visuales. Recordemos que nuestro cuerpo está en incesante renovación, utilizando en ella los elementos que le suministramos, y de la calidad de estos dependerá, naturalmente, la calidad del cuerpo que construyamos, y un organismo intoxicado por alimentos nocivos, pesados, o ingeridos en cantidades excesivas no puede rendir de manera adecuada sus funciones naturales, entre las cuales una de las más importantes y delicadas, es, sin duda, la de la vista.

Los sencillos cuidados que he enumerado, que han merecido la aprobación de reconocidas autoridades, bastan para asegurar la salud, y por consiguiente, conservar la belleza natural de los ojos. Sin embargo, para hacer resaltar su hermosura, nos queda un recurso, cada día más generalizado: el maquillaje.

Pensé tratarlo en este mismo artículo, pero en vista de las proporciones que ha alcanzado, así como de la importancia del maquillaje de los ojos, que alcanza caracteres de arte sutil y complicado, reservo este tema para glosarlo con debida extensión en mi siguiente trabajo.

El Misterio...

(Continuación de la Pág. 31)

—Voy a darle una ojeada a mi auto,—dijo Raúl.—¿Me acompañan?

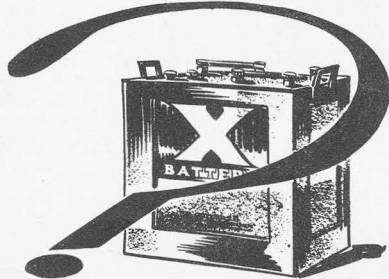
Encamináronse al cobertizo inmediato a la iglesia de la aldea, donde era guardado el automóvil. Este se hallaba en excelentes condiciones y el motor funcionaba regularmente.

A las siete, Raúl se separó de Bertranda y Catalina, diciéndoles que iría a buscarlas al día siguiente, a las seis y media de la mañana. Después fué a reunirse con Béchoux en la cabaña de éste, en la cual, para más comodidad, debían pasar aquella última noche.

Después de comer, uno y otro ganaron sus cuartos, y a poco Béchoux roncaba a toda orquesta. Entonces, Raúl salió de la cabaña; tomó de sobre el techo de la misma una escalera que se hallaba suspendida de dos garfios; cargó con ella, siguió el sendero que bordeaba, a la derecha, el muro de la Barre-y-va, dobló hacia arriba a la izquierda y se encaramó en dicho muro. Cuando estuvo arriba, en la espesa sombra de un árbol cuyas ramas caían en torno suyo ocultándole, hizo resbalar la escalera hacia afuera con

(Continúa en la Pág. 56)

¿Qué confianza pondría Vd. en un desconocido?



Los mercados se inundan ahora de productos desconocidos. ¡No se deje defraudar por gangas! Cuando le ofrezcan un acumulador de automóvil desconocido, tome las mismas precauciones que ante una persona desconocida.

De hacerlo, el sentido común

Exide
EL ACUMULADOR DE LARGA VIDA

le llevará a comprar un acumulador EXIDE. Vd. sabe que todo EXIDE está respaldado, no sólo por el fabricante más importante del mundo en su clase, sino por una compañía que ha venido haciendo acumuladores durante 44 años. UN EXIDE le da a Vd. la seguridad de un servicio seguro y duradero.

Distribuidores para Cuba:
COMPAÑIA NACIONAL DE ACUMULADORES, S. A., HABANA
Ave. de la República, 93, Tek M-1524
THE ELECTRIC STORAGE BATTERY CO., Philadelphia, E. U. A. N.

—¿Corazón?... ¡Bah!... ¿Que ganaría con tener un corazón?... Dime, Miguel: ¿he de ser yo quien te enseñe a dominar los nervios? Amas a la princesa Nadeya. Me has traído a su palacio. Perfectamente... De acuerdo con lo pactado, no tengo derecho a mostrarme celosa. Creo haber cumplido con mi deber... Pero soy joven. La vida de la corte me entusiasma... Te agradezco que

(Continuación de la Pág. 51).

te, por el parque, Miguel Semenov y la princesa Nadeya se hallaban solos en la salita donde habían vivido muchas horas de amor. La esposa del general, recostada en un diván, fumaba indolentemente un cigarrillo. El conde Miguel, pensativo, la miraba en silencio.

—Miguel—dijo de pronto Nadeya con su voz metálica.—Lamento mucho que te hayas casado. Convendría poner fin a esta situación...

—¿Es que por ventura...—insinuó el conde—Silvia os ha ofendido en algo, princesa?

—No... de cualquier manera, me parecería bien que la mandarais a Francia...

—¿Para siempre?—articuló Semenov, palideciendo.

—Tal vez...

—¡Princesa!—protestó el conde.—Me permito recordaros que mi matrimonio se efectuó obedeciendo a una orden vuestra... Sería absurdo, ahora, exigir el destierro de mi esposa. He cumplido mi palabra y creo que no tenéis motivos para estar celosa.

—¿Celosa?... ¿Yo?—prorrumpió orgullosamente la princesa.—¡Jamás me mostraré celosa!... Lo que me disgusta es que... mi esposo se ocupe de tu mujer... y que no te des cuenta de ello.

Miguel se mordió los labios, humillado. Reflexionó un instante y, luego, preguntó con la voz más natural que pudo fingir.

—¿Cuándo queréis que parta, princesa?

—Mañana, si es posible.

—¿Me permitiréis acompañarla?... Al general le sorprendería ver que mi esposa parte sola.

—Cierto—admitió Nadeya, tranquilizada por la obediencia de su esclavo.—Acompáñala. Pero regresa inmediatamente.

Esas tardes, Silvia y el príncipe Schomberg se encontraron en la salita donde Nadeya y Miguel habían decidido la suerte de la joven parisense. Ella había sido enterada ya por el esposo del próximo viaje que debería emprender; y adivinaba en esa brusca determinación la voluntad de la princesa Nadeya.

El general Schomberg hombre rudo y tímido al mismo tiempo, advirtió la tristeza de Silvia y quiso indagar la causa de ello.

—¿Qué os sucede, condesa? Parecéis triste...

Silvia hubiera querido no ser interrogada; pero luego, cediendo a su propio dolor, mostróse confidencial:

—Mi esposo quiere conducirme a Francia—repuso con voz velada.—Y me dejará allí sola. Dice que por razones de servicio debe regresar inmediatamente a nuestro lado.

—Tal vez sea exacto. Pero volverá en seguida a buscaros.

Silvia no contestó. Miraba al general con una vaga sensación de gratitud y de remordimiento.



“EL” se disgustó al notar mis labios “PINTADOS”

Los labios recargados de “pintura” es algo que los hombres no toleran. Por lo mismo, admiran los labios avivados con Tangee.

Se ven naturalmente hermosos. No parecen “pintados” porque Tangee adquiere sobre los labios el tono que más armoniza con el rostro. Es permanente. No engrasa. Protege, suaviza y es económico: dura el doble que muchos lápices labiales.



TANGEE
“EL LÁPIZ DE MÁS FAMA”
Nuevo Estilo de Creyón a 40 cts.
Agente: RICARDO G. MARIÑO
Apartado 1096. Habana

Aquel hombre era el único que se había dignado dirigirlle palabras de ternura.

—No os aflijáis—continuó el general Schomberg, sentándose junto a ella.—Si este viaje tiene la culpa de vuestra tristeza, lo evitaremos. Una orden mía bastará para anularlo.

—¡Oh, gracias general!... ¡Gracias!... ¡Qué bueno es usted!...

Los ojos de Silvia se habían humedecido de lágrimas. El general, conmovido, le acarició los cabellos atrayendo hacia él la cabeza de Silvia.

Abrióse en ese momento la puerta, y Nadeya, brusca, altanera, encaróse con Silvia para reprocharle:

—¡Qué osadía!... ¡Vuestro esposo está aquí, en el palacio!...

—Te aseguro, Nadeya...—intervino el general, pues Silvia había enmudecido de indignación y de vergüenza.—Te aseguro que... se trata de algo muy sencillo... e inocente.

—¡Inocentísimo!—replicó Nadeya con ira mal reprimida.—Era la

despedida con motivo del viaje ¿verdad?

El general Schomberg se irguió: —¡La señora Semenov no puede marcharse en estas condiciones!—dijo.—¡Y no puedo permitir que se la ofenda!...

El paso del conde Miguel resonó en el corredor. Nadeya, acudiendo al encuentro del amante, le susurró rápidamente algunas palabras, la mirada encendida:

—General—dijo cuadrándose.—Renuncio desde este instante al honor de continuar siendo vuestro ayuda de campo.

—Miguel...—repuso el general con una sonrisa bonachona.—¿Te consideras ofendido por esto?... Sin embargo, la explicación es muy sencilla...

—Podréis dar esa explicación, general, a los dos caballeros que vendrán a entrevistarnos en mi nombre.

Saludó al general con aire glacial, y ordenó a Silvia:

—Sígueme.

Cuando estuvieron solos, dijo con voz alterada a la esposa:

—Te has vengado perfectamente... Quizás tuvieses derecho a ello. Ahora... me perdonarás si no te acompaña a Francia... El príncipe Schomberg podría encargarse de ello.

—¡Miguel!—exclamó ella.—Basta, por favor!... ¡No sigas martirizándome!... Sabes que soy inocente; pero amas tanto a la princesa que no puedes sospechar cuánto me odia...

—¿Si?... ¿Y era la princesa quien te arrojaba a los brazos del príncipe Schomberg?

—Te ruego que calles—contestó Silvia con dignidad.—Si quieres que me marche, me marcharé. Regresaré al convento de donde no hubiera debido salir jamás, y seguiré siendo una humilde maestra de canto... Acepté un pacto indigno, absurdo, y recibo ahora el castigo que merezco... Puedes entablar demanda de divorcio. No me defenderé... Y en adelante serás definitivamente libre...

Su voz era entrecortada por los sollozos. Su temperamento tierno y sensible se abandonaba al dolor con una efusión, con un ardor que revelaban ocultos tesoros de pasión.

Miguel la miraba ansioso. ¿Qué clase de mujer era Silvia?... La había considerado al principio una criatura ingenua, luego una mujer coqueta y perversa; ahora veía ante él a una esposa tierna y apasionada. No la comprendía. Comprendía, únicamente, que Silvia estaba por desaparecer de su vida...

—¡Silvia!—exclamó de pronto. —¡Silvia!... ¡Perdóname!... Yo hubiera sido el hombre más dichoso del mundo, a tu lado. Tú misma te opusiste a ello, recordándome un pacto ridículo... Aléjate, si quieres. Pero no nos divorciaremos. Seguirás siendo la condesa Semenov... Desde aquí trataré de velar por tu vida... Adiós... (Continúa en la Pág. 59)

DOLORES de espalda, en los músculos, o debidos al reumatismo, o se van pronto con el

LINIMENTO de IOAN

—Mata—dolores

me hayas traído a este país ma raviloso donde los hombres saben admirar la belleza de las mujeres... Lo lamentable es que ahora te sientas herido en tu amor propio... Tranquilízate, mi buen Miguel. No quiero amargarte la vida... Aunque, al ver cómo me tratas... por momentos siento tentaciones de tener un amante... —¿Y nunca pensaste que deberías... a pesar de todo, amar a tu marido?

—No. Eso iría en contra de lo pactado.

El conde Semenov delataba en la palidez de su rostro y en la contracción de sus labios la turbación que lo dominaba. A pesar de ello, quiso tener un rasgo gentil, e inquirió:

—¿También violarías el pacto si me diesses esa flor, prendida en tu escote?

—Puedes tomarla, si te agrada. Súbitamente, Semenov se inclinó y posó sus labios en el cuello de Silvia, al mismo tiempo que tomaba la flor.

Pero en ese instante resonó la voz del general Schomberg:

—¡Oh, los enamorados!... La campana del almuerzo ha sonado hace rato... ¿Cómo iban a oírse?...

Silvia se empujó. Semenov, volviéndose rápido, sonrió e hizo una reverencia al general y a la princesa Nadeya, que los habían estado observando desde lo alto de la escalinata.

Poco después, cuando se habían sentado a la mesa, la esposa del general dijo al conde de Semenov en voz baja:

—El perfume de esa flor es muy fuerte... Quitesela del ojal, por favor.

Y el conde Miguel Semenov obedeció. Los labios de Silvia tuvieron un rápido temblor que en seguida disimularon con una sonrisa dirigida al general Schomberg.

El general Schomberg había salido. Silvia paseaba, seguramen-

El general Schomberg había salido. Silvia paseaba, seguramen-

MALTA HATUEY Fosfatada
elaborada por
BACARDÍ

la ayuda de una cuerda, y la dejó oculta entre las yerbas.

Durante media hora, permaneció en el árbol. Desde allí veía todo el parque, iluminado por una luna brillante, que difundía una claridad lechosa y tranquila, parecía registrar en las tinieblas y se bañaba en el agua argentada del río.

A lo lejos, una a una, fueron extinguiéndose las luces de la mansión, y el reloj de Radicatef dejó oír las diez.

Raúl velaba. No creía que el menor peligro amenazara a las dos jóvenes; pero no quería dejar nada al acaso. Aun suponiendo que no fuera tendida ninguna emboscada, el enemigo podía rondar, proseguir sus preparativos, aproximarse al fin que ya creía alcanzar y tratar de asegurarse si él mismo no era vigilado.

De pronto, Raúl tuvo un estremecimiento. ¿Era que los acontecimientos le daban la razón e iba a sorprender alguna maniobra? A cincuenta pasos de él, en el interior del recinto, no lejos de la puertecita por donde había entrado Catalina la mañana de su llegada, hallábase una forma inmóvil, adosada al tronco de un árbol. La sombra osciló varias veces, y luego pareció disminuir en altura, hasta que se extendió sobre el suelo. Si Raúl no hubiera observado aquel movimiento imperceptible, jamás habría distinguido aquella sombra que se mezclaba con la de un gran tejo y que se puso a reptar en la misma dirección de la oscuridad.

Así ganó el montículo que se había formado en torno y encima del invernadero en ruinas, verdadero montón de piedras, hierbas y matorrales, a través del cual dibujábase la curva blanquecina de un sendero; se elevó poco a poco, siempre a rastras por el suelo y desapareció al cabo entre los matorrales.

Inmediatamente, seguro de no ser visto, Raúl bajó del árbol y se puso a correr, escogiendo los lugares a que no llegaba la luz de la luna. Sus ojos no se apartaban del punto culminante de las ruinas. Algunos minutos le bastaron para llegar a a base de éstas, y en seguida, sin más precauciones, se aventuró por el pasaje practicado en medio de los escombros y subió por el sendero serpenteante.

Revólver en mano, porque no dejaba de experimentar cierta desconfianza, llegó a la cima y la recorrió con la mirada. Como no viera nada sospechoso, pensó que el enemigo estaría bajando por la otra pendiente y avanzó otros tres pasos.

Aun vaciló uno o dos segundos. Y es que hay momentos en que el exceso de calma, o la extraordinaria quietud de las hojas y de las hierbas, parecen otras tantas amenazas. Avanzó, sin embargo, con todos sus sentidos en acecho, y bruscamente tuvo la impresión de que bajo sus pies crujían ramas y que una hendidura se abría en medio del montículo de escombros.

Cayó en el vacío, y sin duda, su caída había sido combinada de tal forma que recibió a la altura del pecho un golpe formidable que le impidió caer de pie, le hizo perder el equilibrio y lo abatió como una masa inerte. Inmediatamente, fué envuelto en una especie de manta, arrollado y atado antes de que tuviera tiempo de rehacerse y de intentar un ensayo de resistencia.

Todo aquello fué llevado a cabo con una rapidez extraordinaria, y en lo que él pudo juzgar, por un solo agresor. No menos rápido fué

El Misterio

lo que siguió a esta operación. Rodeáronle otras cuerdas que debieron ser amarradas a lugares sólidamente fijados, y luego sobrevino un desmoronamiento de piedras y arena, que se precipitó sobre él desde lo alto. Después, nada más: el silencio, las tinieblas, el peso de una losa sepulcral. Raúl había sido sepultado vivo.

Pero no era él hombre para considerarse perdido y abandonar toda esperanza. En cualquier ocurrencia, sin perder de vista la gravedad de la situación, examinaba primero los aspectos tranquilizadores. Aquí había que comenzar por decirse que, después de todo, habían podido matarlo y no lo habían hecho. ¡Hubiera sido tan fácil! Una puñalada, y habría desaparecido el obstáculo, en cierto modo invencible, que constituía él para su adversario. Si no le habían matado, es que su supresión no era indispensable, y que a lo mejor podían contentarse con te-

(Continuación de la Pág. 54)

nerlo reducido a la impotencia durante los días necesarios a la tarea emprendida.

Esta hipótesis, por lo demás, hallábase de acuerdo con lo que ya sabía d'Avenac. Pero, no obstante, el enemigo no retrocedería ante una solución criminal. Colocaba la decisión en manos del destino: si Raúl sucumbía, tanto peor para él.

—No sucumbiré—se dijo d'Avenac.—Lo esencial es que no haya otro ataque que temer.

Y desde el primer momento, llevado por su instinto a adoptar la mejor posición posible, había empleado todas sus fuerzas en doblar una rodilla, extender los brazos e hinchar el pecho. De este modo lograba cierta libertad de movimientos y espacio para respirar. Por otra parte, se daba exacta cuenta del lugar en que se encontraba. Varias veces, en efecto, inspeccionando los escombros del invernadero, en busca de los re-

fugios en que podía ocultarse el hombre del sombrero, había observado aquel vacío situado no lejos de la entrada de antaño.

Había, pues, dos esperanzas de salvación: por arriba a través de los ladrillos, las piedras, la arena y toda la armazón de hierro derrumbada; por abajo, por el mismo suelo en que en otro tiempo había sido levantado el invernadero. Pero, para intentar la evasión, era necesario moverse, y esa era, tal vez, la dificultad invencible, por razón de que las cuerdas hallábanse anudadas de tal forma, que al menor esfuerzo estrechaban su amarre.

No obstante, trató por todos los medios de moverse y de procurarse espacio. Al propio tiempo, prosiguiendo el curso de sus ideas, imaginaba todas las fases de la emboscada, la vigilancia ejercida sobre todos sus actos; el modo como le habían descubierto sobre el muro, entre las ramas del árbol, y la hábil manera como su adversario le había atraído al lazo.

Cosa curiosa: a pesar de la manta que le rodeaba y no obstante la muralla que levantaban en torno suyo los escombros acumulados, percibía con increíble nitidez los ruidos exteriores, o por lo menos, los que llegaban del lado del Sena. Sin duda, penetraban por algún intersticio abierto entre los escombros, junto al suelo, y que formaba, en dirección del Sena, una especie de conducto de chimenea casi horizontal.

De ese modo oyó sirenas de barco mugir sobre el río y bocinas de automóvil resonar en la carretera. El reloj de la iglesia de Radicatef dió las once, y no había sonado la última campanada, cuando oyó los primeros ronquidos de un motor que era puesto en marcha. Era el de su auto: lo habría reconocido entre mil.

Y fué su auto, ciertamente, el que partió, dió la vuelta a la aldea, tomó la carretera, y a una velocidad creciente se fué en dirección de Lillebonne. Pero, ¿era Lillebonne el fin propuesto? El enemigo, porque no podía ser más que él, ¿no continuaría hasta Ruan, hasta París?

Un poco cansado a causa de su duro trabajo de liberación, reposó y reflexionó. En el fondo, la situación presentábase así: al día siguiente, 11 de septiembre, a las diez y media de la mañana, él debía ir a la mansión y salir con Catalina y Bertrand. Por tanto, hasta las diez y media y hasta las once, nada de anormal. Catalina y Bertrand no se inquietarían, no le buscarían. Pero ¿y después? En el curso de la jornada, ¿no provocaría su desaparición, tan evidente, investigaciones que podrían salvarle?

En todo caso, el enemigo debía prever que las dos jóvenes permanecerían en la Barre-y-va y esperarían. Ahora bien: ello significaba el fracaso de toda la combinación, puesto que el proyecto del enemigo suponía una absoluta libertad de acción. En resumen: era preciso que uno de las dos partiera. ¿De qué modo? De uno solo: llamarlas a París. Por carta, la escritura podía ser reconocida. Por consiguiente, un telegrama... un telegrama firmado por Raúl, diciéndoles que había tenido que irse repentinamente y recomendándoles que tomaran el tren en cuanto recibieran el mensaje.

—¿Y cómo dejarían ellas de obedecer?—pensaba Raúl.—¡Les parecería tan lógico! Por otra parte, por nada del mundo se quedarían en la Barre-y-va sin mi protección.

Mejores fotografías más fáciles de tomar . . .

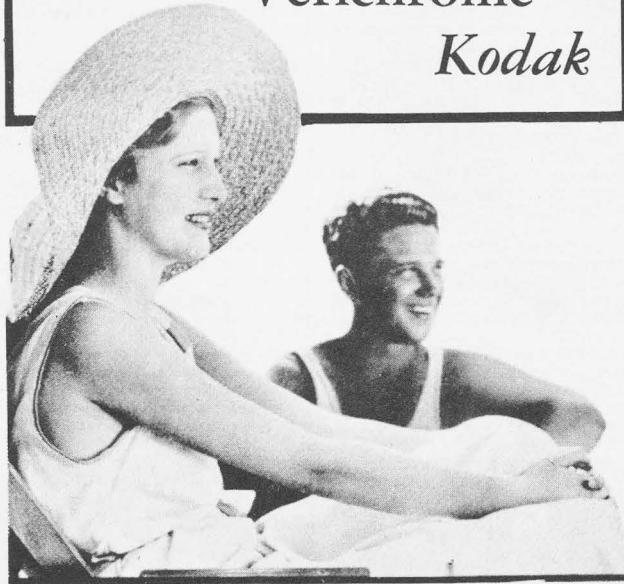
● Tomar fotografías es ahora más fácil que nunca. Sí, hasta las instantáneas tomadas en la sombra o con tiempo nublado resultan claras, nítidas, superiores, cuando se toman en



Película

Verichrome

Kodak



KODAK CUBANA, LTD.

Zenea 236, Habana

Siguió trabajando parte de la noche; durmió durante un rato bastante largo, aunque le costara cierto trabajo respirar, y en cuanto despertó, volvió a emprender la tarea. Sin estar seguro de ello, creía avanzar hacia el lado de la salida, porque los ruidos exteriores le llegaban con mayor precisión. Pero ¿de cuántos centímetros se componía aquel avance, obtenido al precio de tanto esfuerzo?

En cuanto a sus ataduras, seguían iguales. Únicamente las cuerdas amarradas a lo que él suponía salientes, iban aflojándose poco a poco.

Hacia las 6 de la mañana, creyó reconocer el familiar escape del motor de su automóvil. Error sin duda, porque el ruido cesó mucho antes de llegar a Radicatel. Por otra parte, ¿cómo iba el enemigo a volver con aquel coche, cuya presencia habría comprometido el efecto del telegrama?

Pasó la mañana. A mediodía, aunque no percibió ningún ruido de motor, supuso que las dos hermanas habían abandonado a Radicatel en cuanto recibieron el mensaje, para ir a tomar el tren en Lillebonne.

Pero, contra sus conjeturas, hacia la una,—el reloj de la iglesia de la aldea seguía informándole del tiempo,—escuchó una voz que gritaba, no lejos de él:

—¡Raúl! ¡Raúl!

Era la voz de Catalina. Igualmente, se dejó oír la de Bertrand:

—¡Raúl! ¡Raúl!

A su vez, él gritó los nombres de ambas. Nada.

Las voces de las dos jóvenes siguieron dejándose oír, pero cada vez más distantes.

Luego, reinó el silencio de nuevo

XII

EL DESQUITE

—Me he engañado,—pensó Raúl.—No han recibido ningún telegrama y están buscándose.

Inmediatamente se le ocurrió la idea de que estas investigaciones no serían inútiles, y que, sobre todo, Béchoux, especialista en la materia, lograría encontrarle fácilmente. Después de todo, la propiedad no era de grandes proporciones, y los lugares en que habían podido ocultarle—suponiendo que le hubieran creído muerto o herido,—no eran tan numerosos. ¿Dónde disimular un cadáver, como no fuera en las rocas del desfiladero, la Colina de los Romanos, las ruinas del invernadero, y otros dos o tres lugares que todos conocían y que él había inspeccionado frecuentemente en compañía de Béchoux?

Pero las horas pasaban y las esperanzas de Raúl disminuían.

—Béchoux,—se decía,—no está en forma actualmente. Por mucho que trate de encontrarme, el amor le priva de parte de sus facultades. Y luego, estoy seguro de que anda extraviado con las dos jóvenes y los criados por las colinas, el bosque o el Sena... Pero, ¿quién sabe? A lo mejor no se han conformado con la hipótesis de un crimen. Pueden creer que he tenido que irme por razones imperiosas, sin tener tiempo de advertírseles, y que estoy llevando a cabo una expedición preparatoria... ¡Y me estarán esperando!

En efecto, la jornada terminó sin nuevas llamadas. No le llegaron más ruidos que los de los barcos o los automóviles.

Las horas continuaron sonando y por la noche, cuando se dejaron oír las diez, se dijo que Ca-

talina y Bertrand no se hallaban protegidas por él y que debían estar temblando de miedo. Redobló sus esfuerzos. Las cuerdas le apretaban con menos rigor, y los lugares en que se hallaban amarradas parecían haber cedido, por lo que ya le era posible evolucionar con más soltura hacia la salida que sospechaba. Respiraba mejor al través de la manta que le cubría. Pero el hambre, sin causarles molestias aún, hacía la tarea más difícil y menos eficaz.

Se durmió. Sueño febril, lleno de pesadillas que le despertaban sobresaltado, y del cual salió de pronto, gritando de angustia sin saber por qué.

—¡Vaya!—exclamó en alta voz, para equilibrar sus nervios.—¿Es que voy a perder la cabeza por dos desgraciados días de fatiga y de dieta?

Sonaron las siete. Era la mañana del día 12 de septiembre, primero de los días fatídicos anunciados por él, y todo hacía suponer que el enemigo ganaría la batalla.

Esta idea hizo despertarse en él una energía, a la cual se mezclaban la rabia y la desesperación. La victoria del otro, era la derrota y la ruina de las hermanas, el gran secreto robado, la impunidad del culpable... y su propia muerte. Si no quería morir, si quería vencer, tenía que levantar la losa de su tumba y escapar de ella.

En la frescura del aire que respiraba, advertía la proximidad de la salida. Una vez fuera, llamaría, acudirían y estaría en salvo.

Hizo un esfuerzo supremo. Parecía hallarse a punto de triunfar, cuando tuvo la impresión de que en torno suyo ocurría un cataclismo. Todo el montículo se vino abajo. ¿Habían provocado sus esfuerzos el derrumbe, o era aquello obra del enemigo que, al advertir sus progresos hacia la liberación, había derruido de un golpe de pico el montón de escombros? Sea como fuere, se sintió aplastado, comprimido, sofocado, perdido...

Resistió. Volvió a encorvarse, retuvo la respiración... Pero apenas si podía levantar el pecho y respirar bajo el peso que le oprimía.

Pensó:

—Tengo para quince minutos... Si: quince minutos...

Contó los segundos. Pero sus sienes se pusieron a latir, las ideas atropelláronse en su cerebro y ya no supo lo que siguió.

*

Volvió en sí en su lecho, en la alcoba que había ocupado antes en la mansión. Al abrir los ojos, advirtió que se hallaba vestido, que Catalina y Bertrand le observaban ansiosamente y que el reloj señalaba las siete y cuarto. Murmuró:

—Quince minutos... No más ¿eh?

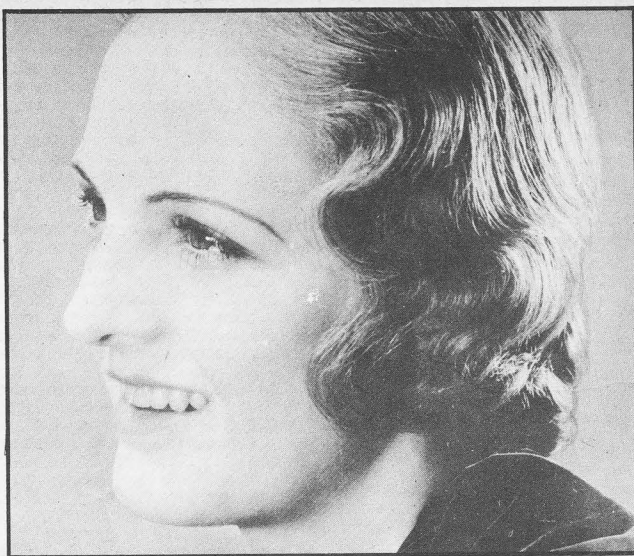
Oyó la voz de Béchoux que ordenaba:

—Pronto, Arnold: corra al pabellón y traiga su maleta. Y usted, Carlota, ¿quiere hacer el favor de una taza de té y unos bizcochos? Y regresando al lecho, le dijo a Raúl:

—Tienes que comer, viejo... No mucho ¿eh? ¡Pardiez! Nos has hecho pasar un mal rato. ¿Qué te pasó?

Catalina y Bertrand lloraban. Le cogieron las manos y Bertrand murmuró:

—No responda, no hable... Debe estar muy cansado. ¡Qué miedo hemos tenido! No podíamos comprender su desaparición. Diganos... Pero no: no nos diga nada... Descanse. (Continúa en la Pág. 60.)



DIENTES HERMOSOS

no se pueden reemplazar pero pueden protegerse contra

Acidez Bacterica

ORIGEN DE LA CARIES DENTAL

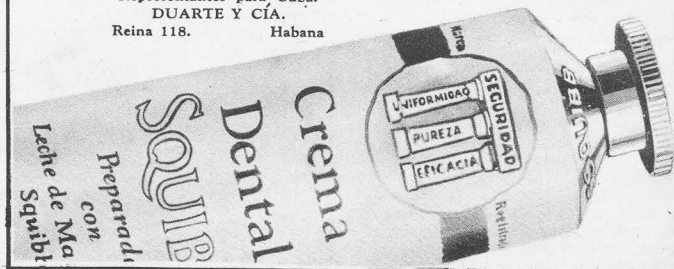
La Acidez Bacterica se forma en todas las bocas, en la Línea del Peligro—donde la encía toca al diente. Proviene de partículas de alimento en sitios inaccesibles al cepillo, que luego se fermentan. Esta acidez produce la caries.

Pero usted puede contrarrestar estos destructores ácidos bucales usando la Crema Dental Squibb, que contiene Leche de Magnesia Squibb, un antiácido inofensivo. Protege y conserva los dientes al mismo tiempo que les da brillo. Contrarreste los ácidos bucales científicamente, usando Crema Dental Squibb.

CREMA DENTAL SQUIBB

CONTRARRESTA LA ACIDEZ BACTERICA

Representantes para Cuba:
DUARTE Y CIA.
Reina 118. Habana



La MANO CRISPADA

por James Edison Bell

ESTO sucede porque usted es millonario y yo pobre —concluyó Corliss, dejando de mirar al hombre que estaba sentado frente a él en el escritorio, y llevándose el cigarrillo a los labios con mano trémula.

—La historia del millonario que ayuda a su amigo pobre es un argumento que ya no convence, Corliss—replicó Chester.—Cada uno

Corliss estaba perdido, pues. La falsificación de la firma de Chester no tardaría en ser descubierta. Y eso significaba la cárcel.

¿Qué salvación podía esperar Corliss?... Ya no le quedaba ningún amigo a quien dirigirse en demanda de quinientas libras para levantar el pagaré... ¿Huir? Imposible en esta época de telegrafo sin hilos; más imposible aun si se carece de dinero para trasladarse rápidamente de un punto a otro eludiendo la persecución policial.

Quedaba, sin embargo, otro recurso; y un recurso terrible, desesperado: matar a Chester.

Acariciando esta idea, permaneció largo rato con los ojos fijos en su copa de whisky. Luego, dirigióse a una de las cabinas telefónicas del bar.

—¡Hola!... ¿Es usted, Loftis?—preguntó.—¿Por qué no viene a cenar conmigo?

—Lo lamento mucho, Corliss, pero me es completamente imposible.

—¡Qué lástima!... Necesito conversar con usted. ¿Estará esta noche en su laboratorio?...

—Sí. Aunque me temo que...

—No, Loftis: no iré a pedirle dinero. Al contrario: dentro de poco podré pagarle lo que le debo.

—Me alegraría por usted, sobre todo, Corliss... Estaré en el laboratorio hasta pasadas las doce.

—Bien. Entonces iré a eso de las diez.

—Perfectamente. Cruce el jardín, y entré en el laboratorio sin llamar. Estaré solo...

Corliss fué a cenar al círculo. Sabía que los socios rehuían su compañía. Pero Corliss sólo deseaba ver al telefonista. Lo vió en un ángulo de la sala; se acercó a él y le entregó una hojita de papel:

—A las diez en punto—dijo Corliss al telefonista.—llame a este número y pregunte por el señor Lestoff. Le contestarán que allí no vive ningún señor Lestoff. Finja no haber entendido la respuesta, en forma de obligar al que atiende a permanecer por lo menos un minuto en el aparato. Después, discúlpese, confesando

que se ha equivocado. Nada más.

—Entiendo—dijo el telefonista, que ya había prestado a Corliss otros servicios por el estilo.—¿Una mujer?...

—Sí—sonrió Corliss, confidencial.—Necesito recuperar ciertas cartas.

En su casa de campo, Richardson recibió a cinco amigos. Como ninguno de los huéspedes jugaba al bridge, las horas de la noche eran pasadas en el billar o en la biblioteca. El millonario Chester, especialmente, parecía encantado con la magnífica colección de libros de su amigo Richardson; solía quedarse hojeando algún volumen raro cuando los demás huéspedes se habían retirado a sus habitaciones.

Una noche, a las diez, Corliss entró en la sala de billar. Fué invitado a tomar parte en el juego, pero no aceptó. Prefirió sentarse en un ángulo. Se proponía saber si Chester iría esa noche a la biblioteca, como otras veces. Además, necesitaba hacer una observación importante para el éxito de su plan. Se sirvió una copa de cognac, miró el juego, y por fin, preguntó a Richardson, que se le había acercado:

—¿Me permite abrir un rato la ventana?

—¡Cómo no!... La atmósfera está un poco cargada.

Richardson hizo funcionar la falleba y abrió la ventana. Corliss le advirtió, entonces:

—A un ladrón no le sería muy difícil violentar esta ventana.

—Tal vez... Pero yo no temo a los ladrones—aseguró Richardson.

—Saltando por esta ventana, un ladrón puede pasar tranquilamente a la biblioteca...—intervino Chester.

—¡Oh!—sonrió el dueño de casa.—¡A los ladrones no les interesan los libros! Pero supongo que esta noche usted renunciará a sus lecturas, Chester. Mañana tenemos que madrugar.

—No importa. Cinco horas de sueño me bastan—contestó el millonario.—Así que también esta noche hojearé algunos libros.

—Yo tengo, en cambio, el propósito de acostarme muy tem-

prano. A las once estaré durmiendo.

Los demás jugadores manifestaron el mismo propósito. Corliss dijo:

—Si ustedes me lo permiten, yo me retiraré en seguida. Estoy muy cansado... Buenas noches...

—Buenas noches—contestó Richardson.—Si necesita algo, llame...

—Muchas gracias...

¡Rejuvenezca Su Rostro!

Unos pocos días bastan para que se note cómo la Cera Mercolizada trae nuevo encanto a una tez ajada o descolorida. Usada según las instrucciones contenidas en cada cajita, con la Cera Mercolizada el cutis mejora pronto y no evidencia manchas ni otras imperfecciones tales como excesiva crasitud, ronchas, espinillas. Se ve claro, terso, suave. La Cera Mercolizada ayuda a descubrir la belleza oculta. **Saxolite en Polvo refresca y estimula la piel.** Disuélvase 30 gramos de Saxolite en Polvo en ¼ de litro de extracto de hamamelis, y úsesese a diario como loción facial. En todas las boticas.

Corliss se dirigió a la puerta de la sala. Chester lo saludó:

—Buenas noches, Corliss...

Y pareció que el millonario quería agregar algo; pero Corliss, sin siquiera detenerse a mirarlo, salió rápidamente y cerró la puerta. Luego, permaneció un instante en la antecámara, escuchando. Pasó en seguida a la biblioteca y depositó su cigarrera sobre el escritorio. Por último, subió la escalera, penetró en su cuarto, cerró la puerta con llave y se dejó caer, jadeante, en una silla. Estaba pálido y tenía la frente perlada de sudor.

Un minuto después, oyó que dos huéspedes y Richardson se dirigían a sus respectivas habitaciones, situadas en el otro corredor. La de Chester quedaba frente a la de Corliss. Richardson se detuvo en el pasillo y llamó a la puerta de Corliss:

—¿No necesita nada?

—No. Gracias. He tomado un sello y espero dormirme dentro de cinco minutos. Buenas noches.

Richardson se alejó por el pasillo.

Media hora después, Corliss abrió la más pequeña de sus maletas y extrajo de ella un revólver de aire comprimido, de largo cañón. En una cajita de cartón llevaba una pequeña pinza y tres proyectiles de forma cónica. Corliss había hecho trescientos kilómetros en tren para adquirir esos objetos, tomando toda clase de precauciones: se fingió cojo y desfiguró su rostro con un par de bigotes, una peluca y anteojos ahumados.

Colocó el revólver y la pinza sobre el tocador. Guardó dos proyectiles en su bolsillo. Acercó la silla al tocador, tomó asiento en ella y, valiéndose de un cortaplumas, trazó pequeños surcos alrededor del cono del tercer proyectil. Luego raspó el proyectil con cuidado, hasta alisarlo nueva-

FORTIFIQUE SU CEREBRO



CON **Píldoras Trelles** 80 CTS. FRASCO

es lo que se propuso ser. Yo quise ser millonario, y lo conseguí. Usted... se ha pasado la vida jugando. Además... usted es un vulgar estafador, Corliss.

Con voz angustiada Corliss articuló:

—Escuche, Chester: déme por lo menos una última posibilidad...

—No. Lo ayudé infinidad de veces, con la esperanza de verlo reconstruir su vida. Pero, usted no es un caído; es un hombre que se ha precipitado voluntariamente en el abismo.

—¡Chester!... ¡Cuidado!... ¡Quizás tenga que arrepentirse de esta actitud! ¡No olvide que mi situación puede llevarme a cualquier extremo!...

Chester fingió no haber oído. Un minuto después, Corliss se dirigió hacia la puerta. En el umbral se detuvo:

—A propósito, Chester: ¿sabe usted que estamos invitados los dos a pasar unos días en casa de Richardson?... Yo iré. ¿Y usted...?

Chester contestó casi de buen humor:

—También iré. Pero no tema, Corliss: allí sabré mostrarme cordial con usted, como si nada hubiera sucedido entre nosotros. Soy un hombre discreto. Nada diré a Richardson acerca de esta ingrata entrevista.

Corliss vaciló un instante. Se mordió los labios y, por último, salió.

Corliss había dejado de ser un hombre decente. El objeto de su preocupación era, esa tarde, una hoja de papel guardada en la caja de hierro de un banquero. Dentro de una semana, el banquero reclamaría a Corliss el pago del documento, y sufriría una desilusión; luego se dirigiría a Chester, cuyo nombre figuraba al pie de la hoja sin que el millonario lo supiese.

Resfriados

Como primera medida tómese una buena dosis de Sal de Fruta ENO que al despejar los intestinos facilita la cura.

'SAL de FRUTA'
ENO

Se vende en frascos de tres tamaños: grande, mediano y pequeño.



Las palabras "ENO", "Fruit Salt" y "Sal de Fruta" son marcas registradas

mente. Recogió por último las u-
maduras de plomo que habían
caído sobre el tocador, y las
arrojó al fuego de la chimenea.
Quemó en seguida la caja de
cartón.

Liegaba al momento delicado
de su trabajo. Oprimió un tubito
e hizo caer sobre una hoja de
papel impermeable una gota de
aquella preparación a base de
glicerina. Retiró de la maleta otra
caja chata que había comprado
minutos antes de visitar a Loftis
en su laboratorio. La caja conte-
nía una cucharada de polvo blan-
co y cristalino. El polvo procedía
del laboratorio; Corliss lo había
robado aprovechando el momento
en que Loftis fué llamado al apa-
rato por el telefonista del círculo.
El químico había declarado un
mes antes a Corliss que ese polvo
era uno de los venenos más po-
tentes conocidos por la ciencia.

Conteniendo la respiración, vol-
có el polvo en la hojita de papel y
echó la cajita al fuego. Acercando
la llama de un fósforo, mezcló el
polvo y la glicerina hasta obte-
ner una pasta espesa. Sujetó con
la pinza el proyectil estriado tan
pacientemente, y lo hizo rodar en
la pasta. Introdujo la bala en el
revólver, utilizando también para
esto la pinza.

Deposité el arma sobre el toca-
dor e hizo arder la hoja de papel
en el fuego. Quedaba la pinza. Le-
vantó la alfombra y examinó el
piso de madera. Entre dos tablas
descubrió una hendidura. Un li-
gero esfuerzo, y la pinza desapa-
reció debajo del piso. Corliss ex-
tendió la alfombra. Y se detuvo,
empapado de sudor.

Cuando hubo dominado su ner-
viosidad, cargó en el revólver las
otras dos balas y miró el reloj.
Era demasiado temprano: las once
y media. Debía aguardar una
hora más.

A las doce y veinte, Corliss se
incorporó, tomó el revólver y sa-
lió al corredor, sigilosamente.
Escuchó. Ningún rumor.

Bajó la escalera y se detuvo en
la penumbra de la antecámara.
La biblioteca quedaba a la iz-
quierda y daba a la parte poste-
rior de la casa. La puerta estaba
entornada. El cortinaje que se-
paraba la biblioteca propiamente
dicha de un pequeño rincón des-
tinado a los libros antiguos y ra-
ros, dejaba un espacio libre por
donde se filtraba la luz de una
lámpara. En ese rincón debía ha-
llarse Chester.

Corliss notó un olor a tabaco
turco. El silencio era absoluto en
la planta baja. Desde el lugar
donde se hallaba, Corliss podía
distinguir el perfil de Chester.
Observó también una mesita en
la que había un cenicero.
En el borde del cenicero se co-
nsumía un cigarrillo. De pronto,
una mano retiró el cigarrillo. Po-
cos segundos después, la mano
reapareció precedida de una nube
de humo y el cigarrillo fué de-
jado en el cenicero. Corliss avan-
zó otro paso. Vió entonces la
diestra de Chester, que sostenía
un libro encuadernado en per-
gamino. Un último paso, y dis-
tinguió la cabeza y los hombros
de Chester.

En ese momento sus nervios
amenazaron traicionarlo. Corliss
tuvo la impresión de estar obser-
vando la escena a través de un
cristal. Chester, repantigado en
una butaca de respaldo bajo, es-
taba absorto en la lectura. Se ha-
llaba frente al espacio que el cor-
tinaje dejaba libre. Le hubiera
bastado levantar la vista para
sorprender la mirada de Corliss.



Este se sintió como ahogado de
angustia. Hizo un último esfuer-
zo de voluntad, apretó los dien-
tes, levantó el arma y oprimió el
gatillo.

La leve detonación que siguió
fué percibida por Corliss como si
se hubiese tratado de un cañona-
zo. Distinguió, sin embargo, el
ruido seco que el proyectil produ-
jo al chocar con algo duro. Cor-
liss corrió a ocultarse tras la
cortina de una ventana. Necesi-
taba ahora recuperar toda su san-
gre fría y disponerse a represen-
tar su papel hasta el fin. Diría
que al dirigirse a la biblioteca en
busca de su cigarrera, había sor-
prendido a un ladrón en trance
de disparar su arma. El ladrón
había saltado por la ventana.

Corliss volvióse para abrir la
ventana, pero interrumpió de
pronto su ademán. ¿A qué se de-
bía ese profundo silencio?...

Se formulaba esta pregunta
cuando oyó un ronquido e inme-
diatamente después el rumor de
un cuerpo que cae. ¡El proyectil
había herido a Chester, entonces,
antes de ir a chocar contra aquel
objeto duro!... ¡El veneno ha-
bía producido su efecto!...

Una espera larga, muy larga,
cuyo silencio era ritmado por los
latidos del corazón de Corliss.
Convenía abrir la ventana. Corliss
hundió su mirada en la noche llu-
viosa y arrojó lejos el revólver.
Luego, dejando la ventana abier-
ta, atravesó la biblioteca y entró
en la pequeña salita de los li-
bros raros.

Chester estaba tendido en el
suelo. Una expresión de dolor con-
traía sus facciones. Su herida de-
bía ser superficial, pues la bala

había ido a quebrar un espejo an-
tiguo que cubría la totalidad de la
pared. Esa herida no era visible.
A Corliss no le interesaba, en re-
alidad, verla. Un detalle le intriga-
ba, sin embargo. La butaca pare-
cia colocada al revés, y no como
la viera desde la biblioteca al
efectuar el disparo. Probable-
mente, Chester la había desplaza-
do al caer. Corliss no había oído
el rumor de ese desplazamiento.

Corliss permaneció un rato mi-
rando el cadáver, y reflexionó. La
idea de despertar a todos los mo-
radores de la casa ya no le pare-
cía genial, como en un principio.
¿No era mejor regresar a la habi-
tación y dejar que el resto se des-
envolviese normalmente?

Pero no. Convenía meditar aún
unos instantes. ¿Estaba seguro,
por ejemplo, de no haber dejado
ningún rastro?... La bala rayada
tendría que llamar la atención de
los detectives. ¿Por qué no hacer
desaparecer esa bala?... El pro-
yectil había caído cerca del espe-
jo, seguramente. ¿Si los inspec-
tores de Scotland Yard examinaban
la bala y descubrían el veneno,
consultando luego a un perito...
a un perito que podía ser el mis-
mo Loftis...? No; no. Era nece-
sario encontrar el proyectil.

Nerviosísimo, Corliss avanzó
hasta el espejo, se dejó caer de
rodillas y buscó la bala...

En ese momento, un rumor, pro-
ducido quizá por su imaginación,
le obligó a volver la cabeza. ¿Se
había movido Chester? No; no
podía ser.

Corliss prosiguió, agitado, su
búsqueda. Un fragmento de vi-
drio le produjo una ligera herida

en la palma de la mano. No le
concedió importancia.

De pronto, un voz exclamó:
—¿Es usted, Corliss?... Me ale-
gra verlo... ¡Tenía usted razón
al afirmar que los ladrones po-
dían llegar fácilmente a la biblio-
teca!...

Chester irguióse con rapidez,
luego de pronunciar estas pala-
bras desde el suelo.

—Busca el proyectil, ¿verdad?
—continuó el millonario.—¿Vió al
ladrón?... Seguramente había
apuntado a mi imagen reflejada
en el espejo... Consideré prudente
hacerme el muerto, para evi-
tar que disparase por segunda
vez... Pero... Pero... ¿qué le
pasa, Corliss?... ¿Está herido?...

Con un esfuerzo, Corliss consi-
guió sentarse. Luego miró su ma-
no derecha, cerrada en violenta
crispación. Alarmado por la pal-
idez de Corliss, Chester mur-
muró:

—Un poco de agua... Le daré
un poco de agua...

Miró a su alrededor. No había
allí ninguna jarra con agua. Se
precipitó entonces, al timbre, lo
oprimió, y salió de la biblioteca.

Un minuto después, el millona-
rio regresaba con un vaso de
agua. Al entrar, vió que Corliss re-
clinaba la cabeza. Chester miró la
faz descompuesta del amigo, y se
detuvo. El vaso se le cayó de las
manos, quebrándose en el suelo.

Más tarde, cuando todos los
ocupantes de la casa bajaron a
la biblioteca, en la diestra crista-
da de Corliss fué descubierto el
proyectil envenenado.

Corliss estaba muerto.

Quel Matrimonio...
(Continuación de la Pág. 55)

—Adiós...—repuso ella con voz
apagada. Y avanzó para retirarse
de la estancia; pero al llegar
al umbral extendió la diestra bus-
cando el apoyo de la pared, y se
derrumbó como muerta a los pies
del esposo.

Miguel se precipitó sobre aquel
cuerpo. La levantó en sus brazos.
Silvia parecía en su desmayo frágil
como una flor; estaba helada;
su respiración era casi imper-
ceptible, como la de un ángel
dormido.

Miguel, no sabiendo qué hacer
para reanimarla, la llevó corrien-
do a su propia habitación, deposi-
tándola en el lecho. La abrazaba,
la besaba en las manos, en el
rostro, en los cabellos...

—¡Silvia!... ¡Silvia!... ¡Te
amo!... ¡Te amo!...—repeta.—
¡Perdóname!... ¡Perdóname!...
¡Perdóname!... ¡Te adoro!...

Bajo los labios ardorosos de Mi-
guel, el rostro de Silvia fué colo-
reándose.

—¡Déjame; déjame, Miguel!...
—murmuró, abriendo los ojos.—
Déjame...

—No... ¿No eres mi esposa, mi
mujerita?... Escucha, Silvia...
Partiremos mañana, sí, para
Francia... Pero no regresaremos
nunca, nunca más...

—¿Nunca... nunca más?...—
balbuceó Silvia, incrédula, parpa-
deando como en presencia de una
visión milagrosa.

—¡Nunca, nunca más!...
Y entonces Silvia, ebria de iú-
bilo, le echó los brazos al cuello;
y en forma entrecortada, bajo
una lluvia de besos, fué diciendo:
—Yo... Yo... también... te
amo... Miguel... ¡Te amo!... ¡Y
ahora serás... ¡Y ahora serás...
mío... única... únicamente!...

COMO...

(Continuación de la Pág. 16.)

Era una locura tenaz y sin remedio, locura que Cristina no podía tolear por injusta e incalificable. ¿De manera que él quería trocársela en perjurá, en despiadada para con la inocente, sin respeto al sagrado vínculo de la amistad que la unió a los amigos muertos?... Cualquiera cosa menos eso, cualquier cosa...

Pero el caso era que se estaba



No basta..:

No basta cuidar hasta el último detalle del sombrero y el vestido para ir a la moda...

Una Mujer Elegante

necesita conocer el secreto del arte de pintarse para lucir bellos colores naturales, y no el artificio de una muñeca.

Michel

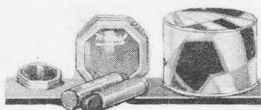
MICHEL

le ayudará en este empeño con sus productos científicamente elaborados: Creyón para los labios, Arrebol y Polvos, Cosmético y Sombra para los ojos.

Luza los bellos colores de un cuadro de Rafael con toda la frescura natural.

MICHEL no puede ser imitado porque es el único en el mundo que fabrica sus colores

Conserve su mayor tesoro, su bello rostro, usando afeites que no lo manchen ni enfermen, aunque por su pureza, sean costosos



GUSTAVO E. MUSTELIER
Aptdo. 661. Habana
Michel Cosmetics, Inc., New York

Envíe 10 cts. en sellos de correo o timbre y recibirá una muestra de creyón en tono claro, me llamo u oscuro. No es necesario recordar este anuncio.

jugando la felicidad. Porque, ¿podría vivir sin Julián? ¿No era el amor de ambos tan vivo, tan puro? ¿No se complementaban tan bien?

¿Entonces?... La interrogación se abría ante sus ojos llenos de lágrimas, turbios por ellas como el porvenir que vislumbraban. ¿Entonces?...

Allí se quedaba, sin avanzar, como aquel que al borde de un abismo vacila a sabiendas de que al dar un nuevo paso lo engullirán sus fauces insondables y negras.

Nada que hacer, nada nuevo que decir... Dejar que las cosas siguieran su curso. La noche anterior, su prometido se había marchado dispuesto a romper. Podía llamarlo, ofrecerle... Mas su deber era al lado de la niña, aunque su amor la impulsase, devoto y ardiente, hacia él...

Sonó el teléfono, agudo, pertinaz, sobresaltándola. ¡Si fuera Julián, arrepentido!

Y era Julián, pero con voz severa, amarga como un tósigo:

—Allá va un mandadero con tus cartas y todos tus presentes de cariño, tan poco sinceros.

Un ruido seco... ¡El teléfono quedó sin palabras!...

La joven cayó sobre el taburete cercano con el auricular sobre las piernas, bañada en sudor, con la cabeza vacía, atontada, casi a punto de romper en llanto. Y luego, de prisa, sacudiendo su abatimiento como un trapo, dejólo tras sí, dirigiéndose hacia la alcoba donde guardaba las menudencias restantes del último trozo sentimental de su existencia.

Flores, bibelots, libros, papeles perfumados, retratos, fué amontonando, sin mirarlos. ¡Únicos restos de una dicha que acababa de romperse!

Ya alguien tocaba a la puerta. El paso menudo de la niña y su voz cilla interrogante dejóse oír... Y luego ¡vidrios, vidrios que caían sin tregua!

Cristina corrió asustada hacia el tintineo argentino de cristales. ¡Oh destrozo! Desde la tarima donde se alineaban, varias lindas muñecas habían caído, haciéndose pedazos a los pies de Nina, quien sin inmutarse se sostenía abrazada a la que le había regalado esa mañana.

La interrogó, sintiéndolo. —¡Qué lástima!—dijo. —Y la niña, encogiendo de hombros:

—¡No importa, madrinita! Ya eran viejas. Piensa que me las regalaste la semana pasada... Por ésta sí; por ésta hubiera llorado de haberseme roto... Las otras, ¡bah!

—¿Pero no recuerdas, no recuerdas que con ellas te sentiste feliz? ¿No me las pediste tanto?

Y la niña, como haciendo un esfuerzo para recordar.

—¿Esas?... ¡Madrinita... no me parece! ¡Hace ya tanto tiempo! Y acariciando a la nueva con faz sonriente:

—Con ésta me basta. —Por ahora, ¿verdad? ¡La que-rrás mañana como la quisiste hoy?

Lo pensó; no lo dijo. Era demasiado hondo aquello para exponerlo a los oídos inocentes de su ahijada, pero ¡qué lección, qué lección!

La dicha: un juguete. Hoy todo, mañana, ¡nada! Necesidad espiritual hecha de mil detalles pasajeros, efímeros, que el hombre se empeña en eternizar. Un ansia renovada, un deliquio que mientras vive en la ilusión, perdura, y al caer en la realidad, se acaba. La dicha: nunca igual. ¡Si logra-da, desvaneciéndose; si frustrada, suspirando por ella!

¿Valía la pena sentirla? ¿Los fracasos que tuvo en el curso de su vida, la habían interrumpido acaso? Se esforzaba en recordarlos muchas veces, sonriendo a su costa, ¡como pudo sufrir tanto por ellos! Y este, este de ahora, ¡no sería como los demás, al pasar el tiempo, una memoria apenas?

Nina repetía aún: —Si se me hubiera roto esta, si se me hubiera roto esta... Entonces sí...

Lo mismo que le estaba pasando: ¡la actualidad! Era el momento psicológico. Después...

Abrió la puerta, recibió el paquete, y sin mirar al hombre, que a una seña suya recogía en la alcoba los fragmentos diseminados de su felicidad hecha pedazos, pensando en Nina, en los trozos de vidrio que a sus pies yacían, en el mañana que llegaría a ser un hoy indiferente y frío, segura de la veracidad de su concepto, con voz inexpressiva y seca como su filosófica disertación, casi para sí misma susurraba:

—¡Como las muñecas! ¡Como las muñecas!

El Misterio

(Continuación de la Pág. 57)

Callaron; pero ambas se hallaban en tal estado de excitación, que seguían haciendo preguntas a las cuales le prohibían inmediatamente responder. Lo mismo le ocurría a Béchoux, a quien los peligros corridos por d'Avenac parecían haber desconcertado por completo. Pronunciaba palabras incoherentes y se interrumpía para dar órdenes absurdas.

Cuando hubo bebido el té y comido unos bizcochos, sintiéndose confortado, Raúl preguntó:

—¿Recibieron un telegrama de París, verdad?

—Sí,—respondió Béchoux.—Nos pedías que fuéramos en el primer tren a reunirnos contigo, en tu casa.

—¿Y por qué no fueron? —Yo quería, pero ellas no quisieron.

—¿Por qué? —Desconfiaron,—dijo Béchoux.

—No creían que pudieras haberlas dejado así. Entonces buscamos... afuera sobre todo, en el bosque. Nos sentimos desorientados, sin saber si habías partido o no... Las horas pasaban en tanto y no dormíamos.

—¿Avisaste a la gendarmería? —No.

—¿Magnífico! ¿Y cómo me encontraron?

—Fué Carlota. Esta mañana vino corriendo a decirnos: "Hay algo que se mueve en las ruinas del invernadero... Lo he visto desde la ventana de mi cuarto"... Acudimos y practicamos una abertura...

Raúl dijo en voz baja: —Gracias, Carlota.

Y cuando le preguntaron sus proyectos, dijo con voz firme:

—Primero dormir y después irnos... Iremos algunos días al Havre... El aire del mar me hará bien.

Le dejaron solo, después de bajar las persianas y de cerrar las puertas y se durmió.

Cuando, a eso de las dos de la tarde; Bertrandá acudió a su llamada, le halló en su sillón afeitado, vestido de limpio y con un rostro mejor. Ella le contempló un instante, y en seguida, sencillamente, se acercó a él y le besó en la frente. Luego le besó, también las manos, mojándoselas con sus lágrimas.

Carlota les sirvió la comida en la alcoba de Raúl. Este comió poco. Parecía muy cansado y de-seoso de abandonar la mansión.

Béchoux tuvo que sostenerle, llevarle casi hasta el automóvil. Le acomodaron en éste, y poniéndose al timón, Béchoux guió el coche como pudo. Arnold y Carlota debían tomar el tren de la noche para París.

En el Havre, Raúl, por razones que no quiso explicar, no permitió que bajaran las maletas del automóvil ni que se instalaran en un hotel. Se hizo conducir a la playa de Sainte-Andresse, se echó en la arena y permaneció sobre ella todo el día, sin decir palabra, respirando a plenos pulmones el viento fresco.

Al cabo, el sol se puso entre nubes de color de rosa, y cuando su último rayo se hubo extinguido en el horizonte, las dos hermanas y Béchoux asistieron a un espectáculo inesperado. Raúl d'Avenac se irguió de un salto sobre la playa desierta en que se hallaban los cuatro, y se puso a bailar una danza disparatada.

—Vaya: ¡tú estás loco!—exclamó Béchoux.

Raúl le asió por el talle, le hizo dar varias vueltas, y finalmente, lo levantó del suelo y lo mantuvo en el aire, sobre sus brazos extendidos.

Catalina y Bertrandá reían estupefactas. ¿De dónde surgía



¡Proteja su niño contra la PIORREA!

Él la estará agradecido dentro de 10, 20 o 30 años.

La terrible enfermedad de la boca, la piorrea, es desagradable, insidiosa y a veces invisible! Tal vez de aquí a 10 o 20 años su hijo no sea el hombre saludable que Ud. se imagina que sea, pues puede ser una víctima de la piorrea, en 30 años puede que sea un fracasado y arruinado.

Ayude ahora a sus hijos para que en el futuro sean fuertes y robustos. Haga que ellos usen Forhan's para las Encías, por las mañanas y por las noches, pues no solamente mantendrán sus dientes limpios y blancos, sino que también evitarán la terrible piorrea.

Forhan's para las Encías, es tan fino, puro, delicado y suave que no puede dañar el más delicado esmalte del diente de su hijo más pequeño.

Forhan's para las Encías, elaborada según fórmula del Dr. R. J. Forhan, especialista en enfermedades de la boca, contiene el astringente Forhan, descubierta por el Dr. Forhan y usado por casi todos los dentistas del mundo en el tratamiento de la piorrea.



aquella fuerza súbita, en él, que desde que habían salido de la mansión parecía extenuado por la dura prueba sufrida?

—¿Pero es que se creían ustedes —les dijo él arrastrándolas consigo—, que iba a seguir así muchos días? ¡Nada de eso! Me sentía bien desde la mansión, después de la taza de té y de las dos horas de sueño. ¡Ahora, a la tarea! Y desde luego, comamos. ¡Tengo un hambre feroz!

Condujo a sus acompañantes a un mesón e hizo ante sus ojos asombrados una comida digna de Gargantúa. Jamás le habían visto tan lleno de animación, y el propio Béchoux hallábase confundido:

—¿Te has rejuvenecido en la tumba! —le dijo.

—¡Hay que compensar tu decaimiento, viejo! —contestó Raúl.—En verdad, me has dado lástima durante toda esta crisis. ¡Y qué malo eres conduciendo un automóvil! Te aseguro que a veces temblaba de miedo. ¡Hombre! ¿Quieres que te dé una lección?

Era ya de noche cuando volvieron a subir al vehículo. Raúl tomó el volante e hizo que Béchoux se sentara junto a él y las dos hermanas en el fondo.

—Sobre todo, —recomendó,—no se asusten. Tengo necesidad de desentumecermos, y por otra parte, mientras más adelantemos mejor será.

El vehículo pareció saltar, y a renglón seguido se precipitó por las calles empedradas hasta hallar la carretera que lleva a Harfleur. Atravesaron como una tromba el pueblo de Saint Roman y tomaron la carretera de Lillebonne.

A veces, Raúl entonces un canto de triunfo o apostrofaba a Béchoux:

—¡Eh, viejo! ¿Qué te parece? No muy mal para un moribundo ¿verdad? Observa cómo conduce un caballero. ¡Cómo! ¿Tienes miedo? ¡Eh, Catalina!... ¡Bertranda!... ¡Béchoux tiene miedo! En ese caso, será mejor que pare... ¿Qué dicen ustedes?

Viró sobre la derecha, antes de emprender la larga bajada de Lillebonne, y se dirigió hacia una iglesia cuyo campanario destacábase bajo la luna.

—San Juan de Folleville... ¿Reconocen ustedes la aldea, verdad? —interrogó, dirigiéndose a las dos mujeres.—Nos separan de la Barre-y-va veinte minutos a pie. Me ha parecido mejor llegar por arriba, para que no nos oigan hacerlo por el camino del Sena.

—¿Quién? —demandó Béchoux.

—Ya lo verás. Colocó el automóvil junto a la tala de una granja, y echaron a andar por el camino vecinal que une al castillo de Basmes, el bosque de la tía Vauchel y el valle de Radicatel. Marchaban en silencio, con precaución. Soplaban el viento y algunas nubes ligeras velaban la luna.

De ese modo llegaron a la parte alta del recinto de la mansión, no lejos de las hierbas en que, la antevíspera, Raúl había escondido la escalera. Tomándola, la apoyó contra el muro, subió por ella e inspeccionó el parque de la mansión. En seguida llamó a sus acompañantes.

—Son dos los que trabajan, —les dijo en voz baja,—y no me sorprende gran cosa.

Los otros subieron uno a uno, deseosos de ver, y asomaron la cabeza por encima del muro.

Dos sombras, en efecto, hallábanse en pie en cada orilla del río, a la altura del palomar, una en la isla, la otra sobre la margen del parque. No se movían y tam-

poco parecían ocultarse. ¿Qué hacían? ¿A qué misterioso trabajo estaban entregadas?

Una ligera bruma, en complicidad con las nubes, impedía reconocer a aquellos dos seres, si es que ya eran conocidos. Sus sombras parecían inclinarse cada vez más sobre el río: debían estar hundiéndose sus miradas en él, vigilando algo. No obstante, no se ayudaban en su inspección con ninguna linterna: se les hubiera creído dos cazadores furtivos en acecho, poniendo trampas.

Raúl llevó la escalera hasta la cabaña de Béchoux, e inmediatamente, todos se dirigieron a la mansión. Dos cadenas provistas de candados, reforzaban la cerradura de la puerta. D'Avenac había mandado hacer un duplicado de todas las llaves, y poseía uno de la que abría la puerta trasera de la mansión. Marchaban con precaución, pero no existía el menor peligro de que los otros, que se hallaban en el parque, en la parte delantera de la casa, pudieran oírles. Una linterna iluminaba débilmente el camino.

Raúl entró en el billar, y de una panoplia de armas antiguas y en desuso, tomó un fusil colocado allí de antemano.

—Está cargado, —dijo.—Confíes, Béchoux, que el escondite es bueno y que no podías imaginártelo.

—No irá usted a matarlos, —dijo Catalina.

—¡Oh, no! Pero voy a disparar.

—¡Oh! Le suplico... D'Avenac apagó la linterna y, silenciosamente, abrió una de las hojas de la ventana y levantó una de las persianas.

El cielo mostrábase cada vez más gris. No obstante, en el parque, a unos sesenta u ochenta metros de distancia, seguían viéndose las dos sombras inmóviles, semejantes a estatuas. El viento soplaban con fuerza.

Pasaron algunos minutos. Una de las sombras hizo un lento ademán. La otra, la que estaba en la isla, se inclinó aun más sobre el río.

—Raúl apuntó...

Catalina, temerosa, suplicó:

—Por favor...

—¿Qué quiere usted que haga?

—Correr a donde están y apresarlos.

—¿Y si huyen, si se nos escapan?

—¡Imposible!

—Preferiré estar seguro.

Apuntó.

El corazón de las dos mujeres cesó de latir. Hubieran querido que el terrible momento hubiese transcurrido, y al propio tiempo, temían escuchar la detonación.

En la isla, la sombra se inclinó aun más y luego se alejó. ¿Era la señal de partida?

Una tras otra, resonaron dos detonaciones: d'Avenac había disparado. A lo lejos, las dos sombras rodaron sobre la hierba, gimiendo.

—¡No se muevan de aquí! —conminó Raúl a Bertranda y a Catalina.—¡No se muevan!...

Y como ellas insistían en querer seguirle:

—No, no, —dijo.—Nunca se sabe cómo pueden reaccionar los bribones. Espérennos aquí y preparen lo necesario para curarlos. No deben ser heridas graves: les tiré a las piernas, con municiones. Béchoux: en el cofre del vestíbulo hay correas de cuero y cuerdas.

El mismo, al pasar, cargó con una silla de extensión, que podía ser utilizada como camilla, y sin apresurarse, se encaminó hacia el río, sobre cuyas orillas yacían inertes, gimiendo, los dos heridos.

Vigilados por Béchoux revolver en mano, Raúl le dijo al más cercano de sus adversarios:

—¡Eh, amigo! Nada de jugadas sucias. A la menor tentativa, el brigadier acabará contigo como con una bestia.

Se arrojó, proyectó la luz sobre el caído y se echó a reír sardónicamente.

—Ya me figuraba yo que eras tú, señor Arnold. Pero te las arreglabas tan hábilmente, que siempre lograbas disipar mis sospechas, y sólo esta mañana pude adquirir la convicción. ¿Y qué hacías aquí, viejo? ¿Pescabas polvo de oro en el río? Nos lo explicarás, ¿verdad? Béchoux: instálame a este sujeto en la camilla. Ponle dos correas en los puños: será suficiente. Y trátalo con suavidad ¿sabes? Tiene plomo en las alas, o mejor dicho, en las patas.

Cuidadosamente, le condujeron hasta el salón principal de la mansión, cuyas luces habían sido encendidas por las dos jóvenes, y Raúl dijo:

—Aquí tienen el paquete número uno: el señor Arnold. Sí... el criado: el fiel criado del abuelo Montessieux, su hombre de confianza. ¿No lo esperaban ustedes, verdad? Ahora, vamos por el número dos.

Diez minutos más tarde, Raúl y Béchoux recogían al otro herido, que había logrado arrastrarse hasta el palomar y cuya voz llorosa clamaba:

—Soy yo... soy yo... Carlota... Pero no estaba haciendo nada... no he hecho nada...

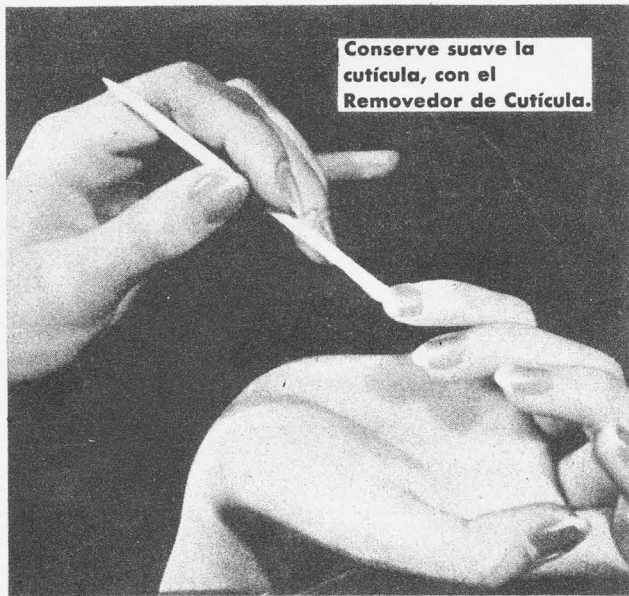
—¡Carlota! —exclamó Raúl rompiendo a reír.—¡Cómo! ¡La linda cocinera en blusa y pantalón! Te felicito, Béchoux... ¡Luce encantadora así tu bien amada! ¡Conque era Carlota la cómplice del señor Arnold! No había pensado en ello. Supongo que no le habré hecho mucho daño en lo más carnoso de su persona ¿verdad? Béchoux la cuidará. Algunas compresas refrescantes, colocadas con suavidad y renovadas con frecuencia...

Raúl inspeccionó las orillas del río y recogió una larga banda de tela fina, compuesta de dos fajas unidas de un extremo al otro y que iba de una a la otra orilla, sumergiéndose en el agua.

Un ancho pliegue formaba una especie de bolsillo en la parte inferior.

—¡Ah! —exclamó d'Avenac alegremente.—¡Aquí tenemos la red de la pesca! ¡Son nuestros los peces de oro, Béchoux!

*
¿A qué misteriosa tarea dedicábase los dos criados culpables? ¿Qué sensacionales revelaciones le harán a Lupin? ¿A qué "peces de oro" se refiere este? Busque las respuestas en los próximos números de CARTELES.



Conserve suave la cutícula, con el Remover de Cutícula.

Para que sus uñas revelen distinción

... siga el sencillo método CUTEX. Separe la cutícula excesiva y límpiela las uñas, usando el Remover de Cutícula y Limpia-uñas CUTEX. Después, mediante el Quita-Esmalte CUTEX, elimine el antiguo esmalte y aplíquese entonces el Esmalte Líquido CUTEX.



Escoja el tono adecuado a su vestido. Siendo CUTEX durará varios días sin caer, agrietarse o perder el color.

CUTEX

Cuanto hay para hermosear las uñas

Distribuidor Exclusivo:
IGNACIO SÁNCHEZ LEAL
Apartado 2211. Habana

—Juan no está aquí. Pero si quieres encontrarlo—le informó—llama a Marjorie Kendrick.

Antes de colgar, Laura pudo escuchar claramente una risa burlesca de Lou. ¡Juan en casa de Marjorie, y Lou riéndose de aquella manera! Llamó en seguida.

—¿Es la casa de Marjorie Kendrick?

—¿Quién la desea?—interrogó la doncella.

—Dígame que una vieja amiga. Hubo una pausa. Luego Laura escuchó la voz de Marjorie.

—¡Hello!

Las MELLIZAS

(Continuación de la Pág. 19)

—Juan, ¿podrías venir en seguida a casa?

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

—Te lo diré acá.

—Estoy contigo en unos minutos.

Estaba todavía sentada frente al teléfono cuando escuchó sus rápidos pasos en el portal.

—¿Estás bien?—interrogó al entrar.

—Lo estoy,—repuso Laura con calma.

—¿Qué te pasa?

—Siéntate, Juan. Me dijiste que ibas a pasar la noche con Dave Wheeler, y no fuiste a su casa. En lugar de eso, te reuniste con Marjorie.

—¿Y qué, Laura? ¿Qué piensas?

—Tú dijiste claramente "Wheeler".

—Cambió de idea al salir.

Laura lo miró con fiijeza.

—Tú vas a ver a Marjorie muy a menudo.

—Sí. Tú lo sabes.

—¿Está eso bien, quedándome yo siempre aquí para cuidar a las niñas?

Hubo una pausa. Juan se acercó y le puso las manos en los hombros.

—Quiero que me escuches, Laura.

—No quiero excusas, gracias.

—¿Excusas? ¿Quién ha hablado de ellas? ¿De qué voy a excusarme? Yo voy a casa de Marjorie muy a menudo. ¿Sabes por qué? Porque ella es una compañera agradable.

—¡Oh, sin duda!

—Es alegre, divertida... a pesar de cuidar bien a sus hijos.

—¿Quieres que yo siga ese miserable modelo?

El la miró intensamente.

—Laura, bien sabes que me di a ti entero, y ya desde antes de casarnos sabías que me iba a dedicar a ti completamente.

—Pero en cuanto tuve hijos en quienes pensar, en cuanto tuve que ser una verdadera criada en la casa... me abandonaste

¡No puedo competir con Marjorie Kendrick!

La mirada que él le clavó era más de curiosidad que de malhumor.

—¿Ves cómo has cambiado? Ya no eres exactamente la Laura de antes. Me obligas a salir.

Y, sin añadir nada, abandonó la casa.

Después de un espacio de tiempo que le pareció interminable oyó pasos en la escalera. Era increíble que hubiera sucedido aquello. ¡Entre Juan y ella! El estaba aburrido de su esposa, indudablemente; buscaba "mejores compañeras". Lo sintió llegar, y se fingió dormida. Lo sintió inclinarse sobre ella y pronunciar suavemente "Laura"; después, se alejó hacia su cuarto. Sus lágrimas empaparon la almohada. Era el fin del bello romance de dos amantes jóvenes. Las niñas lo habían matado. ¡Aquellos lindos pedacitos de carne que ahora permanecerían tranquilos y quizás sonrientes en sus cunas! Juan no podía tener idea de lo que ella había hecho por cuidarlas, porque fueran hermosas y saludables. Aquello sucedía porque ella había querido cumplir debidamente sus responsabilidades maternales. ¡Si él pudiera sólo suponer lo que el cuidado de dos niñas requería!

A las seis las mellizas despertaron, sollozando. Mientras se calentaban las botellas Laura se vistió con el traje que ella reservaba para sus poco frecuentes viajes a la ciudad. Cuando hubo terminado fué al cuarto de Edda y la despertó.

—Voy a la ciudad—le explicó—y quiero que des esta nota al señor Travers tan pronto como yo haya dejado la casa. Ayúdalo en el cuidado de las niñas todo lo que puedas.

—¿Se quedarán las mellizas conmigo?

—El señor se quedará para ayudarte, Edda.

—El no sabe nada de niños.

—Comprendo, Edda. Pero de todos modos tengo que salir, no pudo evitar que las lágrimas se asomaran a sus ojos.—Aquí tienes la nota. Recuerda que debes entregársela después de salir yo.

Laura se puso el sombrero, y salió. En el portal dudó un momento. Luego abandonó con paso ligero la casa. Una vez en el tren, se puso a considerar la nota que le había escrito a su esposo. Le decía que cuidara de los niños; después de todo ellos eran tan de él como de ella. Acaso así él

Creyon PARISSETTE
A PRUEBA DE BESO

LOS HAY EN TRES COLORES

DOBLE TONO
(TWO TONE)
ROJO VIVO
(LIGHT)
Y MEDIANO
(MEDIUM)

PRECIO
75 cts

EN SEDERIAS
Y FARMACIAS

PRECIO
30 cts

PIDA QUE LE MUESTREN
EL ARREBOLY DOBLE COMPACTO PARISSETTE

—Quiero hablar un momento con Juan.

—No hay inconveniente. Un minuto.

Poco después la voz de Juan pronunciaba:

—¡Hola!

paseaban por la espaciosa sala donde comían. Es decir, comenzaron a pasear. Entonces el secretario echó a correr, pero Zauditu le dijo que "un hombre de los amplios conocimientos del mundo que tiene usted, si no veía los resultados de los métodos de domesticar animales que se practican en Abisinia, dejaba de conocer lo más importante". El secretario, mientras presenciaba el desfile de las fieras andaba por la sala con cautela. Todo lo cual le sugirió al gran duque la siguiente observación: "Yo veía que sus labios se movían en ferviente oración y cuando le rogué que acariciara la cabeza de una hermosa pantera, se puso livido y engulló un par de píldoras".

Estos detalles corresponden al lado amable del exilio. Pobreza y humillación hubo en cantidad suficiente para equilibrarlos. Más adelante contempla los ejércitos de los emigrados sin hogar, vagando por toda la faz de la tierra. La mayoría de ellos viviendo de un trabajo manual y todos explotando su bella presencia o sus títulos nobiliarios, haciéndose artistas o hallando nuevo empleo para su educación profesional. "Unos pocos se han convertido en malhechores y son los responsables de ese semidesprecio con que una parte de los americanos habla de los refugiados rusos". Y tratando de justificarlos, dice:

El Testamento...

"Cuando oigo las quejas de mis amigos de Wall Street, cuyas rentas se han reducido por la depresión, a menudo me pregunto qué harían ellos con sus mujeres e hijos, si de pronto cambiaran las cosas y se les dijera que tenían que abandonar su país. ¿Se sentirían lo suficientemente preparados para hallar empleo en país extranjero, aprender su idioma, desoir las burlas y la humillación y comenzar una nueva existencia? La pregunta parecerá impertinente, pero de ninguna otra forma se podría ejemplarizar la actuación de los refugiados rusos. En este caso, un banquero neoyorquino, despojado de su dinero y lanzado a las costas de Rodesia, tendría mejor oportunidades

(Continuación de la Pág. 22)

de triunfar que un colega ruso emigrado a América, pues los africanos poseen cierto grado de respeto innato hacia todos los hombres blancos".

Su viejo amigo, Myron T. Herrick, asistió a la preparación de su primera conferencia en Norteamérica. Era un viejo amigo y un crítico afectuoso. "No trate para nada de su religión", le advirtió al gran duque. "En su lugar hable de las joyas de la zarina y de los palacios del zar". Pero Alejandro no le hizo caso y habló de lo que quiso hablar. Faltó poco para que hiciera el ridículo, cosa que no le afectaba mucho, pues de viejo lo conocía: en 1902, cuando pensó que la guerra con el Japón se acercaba y que debía

construirse una segunda línea en el Transiberiano; en 1904, cuando "pensé que los Romanoffs debían abdicar o desafiar la revolución en una batalla decisiva; en 1916, cuando aconsejé al zar que expulsara de Rusia al embajador inglés y reemplazara la desmoralizada guarnición de San Petersburgo con tropas escogidas de la guardia imperial y de la división Salvaje; en 1919, cuando aposté con los miembros de la delegación americana en París, a que dentro de los próximos veinte años no quedaría nada del Tratado de Versalles y que los soviets continuarían en Rusia, y en 1923, cuando escribí en un periódico francés que la última palabra de los Hohenzollerns no había sido oída".

Se sintió satisfecho, más que de ninguna otra cosa, de haber sido "considerado ridículo por la generación que produjo a los autores del Tratado de la Paz Eterna de Washington y los defensores de los derechos de China en quiebra".

Sus últimas palabras fueron escritas en ¡Montecarlo!, donde todos los grandes duques debían escribir sus últimas palabras: "Me voy a casa. Tengo una, por primera vez, en setenta y siete años. No es muy amplia, pero si lo suficientemente grande para mí y mi futuro".

LICOR BALSAMICO
DE BREA VEGETAL del Dr. González

EFICACISIMO PARA CATARROS, BRONQUITIS, &

LINDY



Por

Ramón

Fernández

MODERATO

8va

PIANO

TPO. DE SON

rias quedaban sin el resultado que yo esperaba... Portas, entró y me dijo: "Ollé, creíamos que tú eras uno de los principales autores, y como esto no es verdad, te haré subir a uno de los pabellones, con Gana. Cuando estés en libertad, no digas nada de lo que te han hecho, porque nada ganarás con

VÍCTIMAS...

(Continuación de la Pág. 53).

tendido en el suelo, Mayans me puso la mordaza, dándome puñetazos en la cara para poderme abrir la boca, la cual me la puso mucho más ancha, ensanchándome-la por ambas partes; yo, venga a dar golpes contra los adosquines, hasta que al fin me produjo ocho golpes con fuentes de sangre. Me levantaron y me hacían andar, pero como no podía, entonces Parrilla me dió unos palos y me lavó la cabeza, pero como el cabo Botas vió que yo me bebía la sangre y el agua, me dió dos puñetazos en las barras, que me quedé sin sentido. Entre once y una me dejaron el día 8 palo tras palo; el día 9 me puso a las seis de la mañana Mayans (¿qué-rá decir la mordaza?) la cual la llevé puesta hasta las doce de la noche del día 13. Parrilla me dió tan fuerte paliza, que me caí como muerto. El día 14 no me pegaron y el día 15 me trasladaron ante el teniente Portas y Mayans con el palo y Astorqui sin él, me dijo: "Vas a firmar un atestado si quieres concluir los padecimientos y quieres tomar alimentos". Entonces él redactaba y yo no estaba conforme, y protestaba, pero la firmé con la condición que cuando vendría el juez decirle lo que había pasado y fir-

mé el día 19. Vino el juez y me dijo si tenía que añadir en dicho atestado y le contesté que *todo era mentira lo que yo había firmado*, y entonces Portas ordenó otra vez los tormentos; lo puedo casi afirmar que sufriría los del fuego, de modo que tuve que pasar nueve días y nueve noches sin comer y sin beber nada, siempre andando y sin dormir, desangrentado, diez heridas en la cabeza y el cuerpo negro de palos... Respecto a los sufrimientos morales, debo decir que nunca en mi vida había sufrido tanto, porque las palabras más buenas eran las de granuja y asesino; los guardias que más han martirizado son Mayans, que tiene 45 años, que tiene una cruz igualmente que Astorqui, de 30 reales mensuales, por los martirios prestados cuando los sucesos del Liceo; los otros dos son Parrilla y Carrera, que ahora es de la policía especial, de unos 29 años poco más o menos.—José Molas".

Siguen otras cartas todavía más interesantes, las cuales daremos a conocer en próximo trabajo, sobre el movimiento obrero español.

Estas cartas son tomadas directamente del libro "Mi Vida", de Federico Urales, el cual las ha recopilado como un legado impor-

tantísimo para la historia. De Federico Urales son las siguientes palabras comentarios: "Decir tormento se dice pronto; se puede decir sin comprender el valor trágico de la palabra. *Sufrir tormento* es otra cosa. Pocos, muy pocos hombres preferirían morir en el tormento, empeñados en no declarar lo que ignoran, a morir fusilados por haberse declarado autores de un crimen que no habían cometido. Este era el caso de los que entonces fueron condenados a muerte. Estaban convictos y confesos, pero ni la "gran Prensa" ni el Tribunal se cuidó de averiguar cómo se habían confesado culpables de un crimen que otros cometieron. "Basta, basta—decían moribundos—firmaré lo que quieran". Y firmaban sin saber qué. Hasta hubo uno, Callis, que firmó en blanco, porque en aquel momento los verdugos habían concluido las declaraciones que Portas les entregaba de antemano. La muerte antes que continuar sufriendo el martirio de las cuerdas de guitarra que oprimían los testículos hasta reventarlos; la muerte antes que continuar sufriendo el martirio del hierro candente aplicado a las nalgas y en las plantas de los pies; la muerte antes que continuar sufriendo el tormento de las cuñas entre carne y uña, del trotar continuo, dentro de un calabozo de cinco por tres. Y palo si te paras y bacalao seco si tienes hambre, y si tienes sed el botijo te enseñaban para que lo vieras, pero no para que bebieras en él. Esto es verdad, lector, y si hallas alguien en el camino de tu vida que lo niegue, dile que lo afirma un hombre que jamás mintió y que no iba a mentir por vez primera en estas sus confesiones".



Más Baratas y Mejores
\$8.00
CON CRISTALES FINOS
"El Almendares"
Obispo, 54 y O'Reilly, 39,
entre Habana y Compostela

ello". Le respondí que estaba por encima de todo lo que me habían supuesto, a lo que contestó: "Sí, pero tú comprabas periódicos anarquistas. ¿Y por qué no católicos? ¿Acaso no te gustaban?"

Todo esto es indigno y salvaje, pero el modo con que me han juzgado, no lo ha sido menos. Fui acusado por la víctima Nogués, individuo que sólo conocía de vista, de que yo hacía suscripciones para la compra de explosivos y que una vez, una noche, prevení a los asistentes a las reuniones que se celebraban en el Centro de los Carreteros; que el dinero que se recogía sería para esto y no para lo que había dicho Luis Mas. Respondí que esto era falso y el juez ni siquiera se tomó la molestia de comprobar el hecho citado por el acusador, entre Mas y yo, sin duda, porque le molestaria demasiado saber la verdad.—J. B. Ollé y Sole.

CARTA DE JOSE MOLAS.—"Relación de mis martirios.—El día 6 del pasado mes de agosto, a las nueve y cuarenta y cinco de la mañana, el guardia de primera Mayans, púsome las esposas, en las muñecas, y me dijo que tenía que andar a paso vivo, y así lo hice, hasta el día 7 a las cuatro de la tarde, bajo centinela de vista, pero llegando a dicha hora, no podía andar y entonces entró el guardia Parrilla, acompañado de un látigo; por la punta me dió veinte palos en todas partes del cuerpo. A las nueve de la noche, entró Carreras y me hizo lo mismo, con más cantidad; entonces yo intenté matarme, dando de cabezazos contra la piedra picada de la ventana, quedando tendido en el suelo, dentro de un charco de sangre y gritando: ¡asesinos! Entonces vino el teniente Portas, junto con ocho guardias y me preguntó dicho oficial:—¿Qué son esos gritos? A lo que contesté:—¿Todavía me lo preguntas? Pues toma aquí lo tienes.—Mientras tanto, le di yo un puñetazo con las dos manos que hacían más volumen que la cabeza, por no tener circulación ni sangre. Entonces me ataron de codos y descargaron más de cien palos, sin mirar a qué punto de mi persona y me dejé caer por la parte de atrás. Cuando estaba



CREMA BALSÁMICA
MENNEN
PARA EL CUTIS

Use a diario la Crema Balsámica Mennen, para proteger su cutis de la intemperie, y como base para el polvo. También para corregir barros y espinillas. La Crema Balsámica Mennen no contiene grasa; es fácilmente absorbible; es antiséptica, fragante y suavizadora.

Recuerde que
"Usar MENNEN es usar lo mejor"
¡y comprúbelo!

Televisión

(Continuación de la Pág. 52)

—Exactamente. Lo que se necesita es movimiento, vida, para no ser atacado de parálisis.

—¿Hacia qué sitio iríamos?
—A Maine. Es un gran lugar. Conozco también a Louisiana y a Dakota del Norte, pero prefiero ir a Maine. Está más cerca. Y lo conozco mejor.

—¡Pero esas son regiones bárbaras!

—¡Oh, calumnias de la Corporación! Son felices allí. La felicidad puede lograrse en todas partes.

Shelby lo miró con admiración. Era fuerte, inteligente, audaz. Tenía la sonrisa viva y los ojos alegres. Inspiraba fe, confianza... amor.

—No quiere decir que nos vamos a casar el hecho de fugarnos juntos. Tú decidirás, luego libremente... Yo esperaré. Sólo—añadió solemne—te digo que te querré cada día más.

La fuga en el giroplano del mecánico se realizó felizmente. Enfilaron hacia el norte, y luego hacia el este, hasta que tuvieron bajo de sí la costa del Atlántico. Redujo Connell la altitud, y divisaron campos de atractivo verdor, arboledas, y de cuando en cuando estrechas cintas blanquecinas.

—¿Qué pueden ser esas fajas blancas sobre las que se mueven pequeños puntos oscuros—preguntó Shelby interesada.

—Caminos—informó Connell sonriente.—Ellos usan todavía vehículos rodados.

—¡Qué anacrónico suena todo eso!

—Sí. (Continúa en la Pág. 66).

Na-da en el mun-do hay i gual en

ca-li-dad y sa-bro-su-ra del "Son" tie ne la dul-

zu-ra y de sea-ro mi ta loi-de al

al

MONTUÑO

mar un ta-ba-qui-lo es lo mas de li-cio-so por que nun-ca sea-pa-gan y-

- son los mas sa-bro-sos-

son los mas sa bro sos

Repite varias veces y salta de # a FIN

—Debe ser divertido circular en contacto con la tierra.

Connell escogió hábilmente sitio para aterrizar. Tan pronto como estuvo sobre tierra, tres hombres, —tres salvajes, se dijo Shelby— se les acercaron con rifles empuñados.

—No queremos turistas—informó uno de ellos, sin preámbulo alguno.

—No somos turistas—explicó el mecánico.—Yo he estado aquí antes.

—¡Oh! ¿Espía, entonces?
—No —dijo persuasivamente Connell.

—No queremos que nos traigan el germen de la parálisis—siguió el jefe de los “bárbaros” en mala forma.

—No lo traemos—exclamó risueño el mecánico.—Venimos para quedarnos con ustedes. Estamos

TELEVISIÓN

hasta dos de supercivilización, ¿comprenden?

—¿Desertores? — se suavizó el hombre.

—Un poco.
—Síganme—ordenó.

Poco después, y mientras a buen paso andaban, el “bárbaro” que había llevado la voz cantante, dijo:

—Parece que la humanidad vuelve a la cordura. En estos días han llegado hasta aquí más de doscientos de los de ustedes.

Pronto Shelby se sintió terriblemente cansada. Se avergonzó. Connell quiso ayudarla:

—Yo quiero ser fuerte—se lamentó ella.—Yo quiero aprender a caminar...

(Continuación de la Pág. 64)

De cuando en cuando la joven ante las bellezas del paisaje se detenía, en sincero éxtasis.

—¡Qué maravilla!—exclamaba.
—Aprenderá muchas cosas aquí —le decía el “bárbaro”.—Entre ellas que el cuerpo humano es un presente de los dioses, y no estómago, ojos y oídos, como enseñan en la supercivilización. Que hay placer en ser vigoroso, en correr, en respirar aire libre, en subir a las montañas, en bañarse en el río... Hay entre nosotros muchos de ustedes que conspiran contra el régimen de la televisión y sueñan hacer pronto la revolución. Acaso...

Llegaron frente a una casa de campo que asombró a Shelby. Te-

nía el tejado inclinado; tenía ventanas. Manifestó su asombro.

—Desde el interior puede usted contemplar la lluvia, la nieve, la puesta del sol... el amanecer... el cielo azul o gris. Cosas bellísimas.

—Creo—dijo ella a su compañero—que me quedaré aquí toda la vida.

—Entren—les pidió Connell a los “bárbaros”.—Nosotros les seguiremos, en seguida... Y no miren hacia atrás.

Los hombres marcharon hacia la casa, sonrientes. Shelby aceptó el brazo de Connell.

—Quiero que me enseñes a usar propiamente brazos y piernas.
—Te enseñaré.

—¿Por qué,—le interrogó ella de pronto—dijiste a los hombres esos que no miraran hacia atrás?

—Por esto—rió él, tomándola en sus brazos.

pequeñas estaban sujetas durante todo el día a un estricto régimen. Le había copiado la lista de actividades, con su horario.

De súbito pensó que acaso aquel fuera un peligroso medio de darle una lección. Pero ya era tarde para retroceder. El tren entraba en la estación. Tan pronto estuvo en la ciudad, llamó al hogar. No logró respuesta. Eran las siete y media: se sentía fatigada y hambrienta. Desayunó en un restaurante. Volvió a sentirse fuerte: con aquel día al lado de las niñas Juan sentiría nacer hacia ella un nuevo sentido del respeto. Llamó de nuevo al hogar. Tampoco obtuvo respuesta. Pensó que Juan deliberadamente no atendía la llamada suponiendo que era de ella.

Poco después de las nueve entraba en la oficina de Chester. El editor se levantó con rapidez, gritando alegremente:

—¡Jamás me ha puesto tan contento ver a alguien, Laura! Déjame creer que vas a regresar. No me digas que no. ¡Tú vienes a trabajar conmigo de nuevo!

Laura se sintió como embriagada. El sonido de las maquinillas de escribir, los timbrazos telefónicos, el ambiente todo de la oficina la subyugó. Chester cerró la puerta y se sentó frente a ella.

—Hablemos, Laura. ¿Aceptas o no?

—Quisiera aceptar, pero no veo el modo de poder hacerlo. Mi esposo...

—¡Ah! Recuerdo ahora que telefoné preguntando por ti no hace aún diez minutos.

—¿Telefoné?
—Sí. Te dejó un mensaje. Tocó un timbre y apareció miss

Las MELLIZAS

Herrick, que saludó a su antigua compañera de labor cordialmente:

—¡Oh, señora Travers, cuanto gusto me da verla! ¿Trabajarán nuevamente con nosotros?

Laura quiso sonreír, pero no pudo.

—Sí... no... no sé todavía. ¿Mi esposo telefonó, miss Herrick?

—Sí... Me pidió que le dijera que estaba en la ciudad, y que lo encontrara en el “Durkey’s Chop House” a la una.

—¡Así era como él cumplía con su deber para con las niñas! ¿Qué explicación le daría de su incomprensible proceder?

—Pero yo pensé—se lamentó Chester—que tú querías almorzar conmigo.

—No puedo,—repuso Laura.— Necesito ver a Juan, y regresar a casa en seguida.

—No hemos hablado, todavía una palabra, Laura.

Lo oyó, pero no pudo contestarle al instante. Pensaba que como un sarcasmo cruel, Juan había escogido para reunirse con ella nada menos que el “Durkey’s Chop House”, precisamente el sitio que visitaban durante el período idílico de su matrimonio. Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Tengo que irme, Chester.
—Pero ¡por Dios! si acabas de llegar.

—Lo sé; pero necesito irme.
—Bueno, Laura... Recuerda que si cambias de pensamiento, tienes aquí tu puesto.

—Gracias, Chester.
Mucho antes de la una ya estaba Laura en el restaurante. Po-

(Continuación de la Pág. 62)

cos minutos después de la hora de la cita llegó Juan. Lo vio entrar con una sonrisa en los labios.

—¡Hola, Laura! Volvemos a los viejos tiempos, ¿eh?

—Hablador de eso cuando su corazón estaba embargado por la ansiedad mayor del mundo! Se apresuró a interrogar:

—¿Por qué las abandonaste? Se detuvo un momento para tomar aliento y siguió:

—No quiero almorzar, regresaré en el primer tren. Pero quiero decirte ahora, Juan Travers, que eres un... desertor.

Inició un gesto de retirada, pero él la detuvo sujetándola por un brazo.

—Espera... Los niños están perfectamente bien. Me fijé en eso antes de dejarlos.

—¿Perfectamente bien?—dijo ella excitada.—¿Bien, cuidándolos Edda? ¿Vigilándolos una mujer idiota, estúpida, ignorante?...
—¿Edda? No; Edda no los está cuidando. Por supuesto que no los iba a dejar con ella. Tan pronto como lei tu nota llamé a la señora Emory.

—¿La señora Emory?
—Seguro. ¿No recuerdas qué maravillosamente bien las cuidó cuando tú te torciste el tobillo? ¿No recuerdas cuánto cariño les tomó? Me pareció muy competente para cuidarlas, y ella accedió.

—Pero eso cuesta mucho...
—Seguro que sí. Pero, ¿qué importa? Lo vale. Yo trabajo y gano, y no voy a escoger a una niñera mala por peso más o menos.

Laura se sentó en una de las altas sillas.

—Juan, si yo saliera todos los días ¿contratarías a la señora Emory para el cuidado de los niños?

—Sí. Trabajaría muy duro, para poder pagarle.

—Juan... eres admirable.
—¿Admirable? ¿Yo? Lo que soy es un tonto.

—Durante varios meses quise encontrar un arreglo, y no lo logré. A ti, a los cinco minutos, se te ocurrió dejar los niños al cuidado de la mejor niñera del mundo.

—Te lo hubiera propuesto hace tiempo—dijo él sonriendo.— Pero ¡estabas como loca por el cuidado de los niños!

—Timidamente ella insinuó:
—¿Crees que podría volver a mi trabajo? ¿Qué podríamos vivir como antes?

Le tomó él las manos.
—¿Cuánto ansiaba oír decir eso!... Durante un año te he tenido perdida; ahora, en unos minutos, te recupero.

—¿Estás seguro de que no hay otra mujer, Juan?

—No hay en el mundo más mujer que tú, para mí.

—Entonces... almorzaremos juntos...
—Aquí.

—Comeremos en el “Green Bay Tree”.

—Iremos al teatro.
—Regresaremos a la casa a la medianoche...
—Bajo la luz de la luna...
—Besaremos juntos a las niñas diciéndoles “buenas noches”.

—¡Te adoro!
El mozo se les acercó, sonriendo respetuosamente.

—Allí, en aquel rincón, tengo preparada una mesa para dos.

Las mejores flores

Milagros
FLORES
PRADO Y COLÓN

y los mejores precios.

Cuide su Salud

La cal y magnesia que ingiere Ud. con el agua de Vento son el peor enemigo de sus riñones y arterias.

El agua de la
Fuente Blanca

Compíte en su análisis con las más puras del extranjero.

Teléfonos: X0-1500
X0-1555



DR. FILIBERTO RIVERO

Especialidad:
PULMONES.
RAYOS X.
FISIOTERAPIA.
RADIUM.

De 10 a. m. a 4 p. m. Reina 127. Habana.
 Telfs. A-2553 M-9402.

SERVICIOS A DOMICILIO

ALIMENTO COMPUESTO

MARCA REGISTRADA FABRICACIÓN NACIONAL

OVOCACAO

RECOMENDADO
 A LOS ANÉMICOS, CONVALECIENTES
 DISPÉPTICOS, NIÑOS Y ANCIANOS.

LABORATORIOS BLUHME - RAMOS
 HABANA

"CASA KUZMA"



Ex-modista de las principales casas de París y Viena

Creaciones en Sombreros Finos

Manrique 76 (bajos) Se arreglan sombreros por módicos precios

Adquiera
 un buen
 retrato
A. Martínez
 Neptuno, 90

RADIOEMISORA C. M. H. L.

EN EL ROOF GARDEN DEL GRAN
 "HOTEL SAN CARLOS", CIENFUEGOS

"TRASMISIONES":

- Diario del Aire de 10 a 11 a.m.
- Crónica Social " 11 a 12 a.m.
- Hora "Carteles" " 6 a 7 p.m. (Los Jueves)
- Hora Escolar " 6 a 7 p.m. (" Viernes)
- Hora Cultural " 10 a 11 p.m. (" Domingos)
- Hora Evangélica " 12 a 1 p.m. (" ")

LOS DEMÁS DÍAS, PROGRAMAS COMERCIALES
 "La Correspondencia", El Mejor Diario Cienfueguero.

"Dime lo que lees, y te diré
 quién eres."



Para el hombre hay muchos
 periódicos;
 PARA LA MUJER, sólo
"EL HOGAR"

Revista ilustrada de sólido prestigio, que contiene lecturas interesantes, novelas sensacionales de actualidad, música, cocina, consejos domésticos, pequeñas industrias, páginas para los muchachos y las niñas, LABORES FEMENILES variadas y novedosas con descripciones detalladas e ilustraciones perfectas, más un suplemento de dibujos para ejecutarlos.

ENVÍE VEINTE CENTAVOS EN SELLOS CUBANOS
 Y RECIBIRÁ EL ÚLTIMO EJEMPLAR PUBLICADO

Bruzón, 9 (bajos) Habana
 (Fuera de la Isla, dirijase usted a "EL HOGAR" Apartado No. 1814 MÉXICO, D. F.).

HEMEROTECA
 RESERVA

Bulgacidol

SIMBIOSIS DE BACILOS
 BÚLGAROS Y ACIDÓFILOS

ANTISÉPTICO INTESTINAL PODEROSO

LABORATORIOS BLUHME-RAMOS

HABANA, CUBA

SALON DE BELLEZA



GRAN REBAJA
 DE PRECIOS
 DE LUNES A VIERNES
3 SERVICIOS
60 cts.

CORTE, ONDULACION
 Y MANICURE O CORTE,
 MANICURE Y CEJAS

Ondulación Permanente
Desde \$2.00

GALIANO 54. TELF. A-5451

APARATOS FRANCESES
 Y AMERICANOS

El membrete de su carta

dice más que
la carta
en sí

Jencho

**Sindicato
de Artes
Gráficas
de la
Habana, S. A.**

(Departamento Comercial)

Infanta y Peñalver

Telfs. U-8121
U-1651

EL MEMBRETE de su carta es el más fiel exponente de su preparación, de su buen gusto y de su solvencia económica. Representa el portador de sus ideas, de sus mensajes, es el embajador a quien Ud. confía su más preciado blasón: su **firma y rúbrica...** Una carta con "grabado litográfico" no es suficiente. Es preciso adaptar la letra del membrete y el estilo de la composición al carácter especial de su negocio, y debe llevar tras sí el sello de su propia individualidad.

El hecho de que las principales industrias, comercios y empresas particulares figuren en la nutrida lista de nuestros clientes, es altamente significativo de la atención que brindamos a cada caso en particular.

Contando con el mejor cuerpo de artistas litógrafos y equipos modernísimos, podemos ofrecer a Ud. lo más artístico y adecuado en trabajos comerciales a precios generalmente más reducidos que los que normalmente paga usted por trabajos inferiores.

**Una llamada
telefónica será
atendida por uno
de nuestros represen-
tantes, sin que por ello con-
traiga Ud. compromiso de compra.**